

HELIOS

❖ ❖ CARLOS NAVARRO
LAMARCA ❖ SHAKES-
PEARE ❖ «RICARDO II»

AL ILUSTRE ARTISTA EMILIO SALA,
GRAN ADMIRADOR DE SHAKESPEARE

I

EL año mismo que vió morir á Miguel Angel en Roma, vió nacer á Shakespeare en Stratford-on-Avon.

Al supremo artista del renacimiento italiano, al pintor de la Capilla Sixtina, substituyó en la tierra el creador del Rey Lear, el coloso intelectual del renacimiento británico.

Shakespeare murió en Inglaterra el mismo día que Cervantes en nuestra patria. Los dos genios sublimes que legaron al mundo Don Quijote y Hamlet, Falstaff y Sancho Panza, desaparecieron juntos del escenario de la vida.

Miguel Angel ha pintado semidioses que sufren con dolorosa grandeza. Ningún italiano, salvo Dante, puede alcanzar su sombrío lirismo. Cervantes, fórjasenos insuperable en su satírico ingenio. Y sin embargo, Shakespeare rivaliza con Miguel Angel en sublimidad trágica, y con Cervantes en delicioso humorismo. Es el *héroe poeta* de Carlyle, el hombre completo de Emerson, que gusta de expresarse en pensamientos hondos y deslumbradoras imágenes, el intelecto más grande que ha iluminado el mundo.

Sus creaciones, como escribía Goethe, parecen obra de un genio benéfico que se acerca á los hombres para enseñarles la manera más dulce de conocerse á sí mismos; al leerlas parécenos estar ante los abiertos libros del destino, sacudidos por borrascoso soplo y agitados por las terribles tempestades de la vida, que sin cesar revuelven sus hojas.

Nada tan armónicamente complejo como el genio del dramaturgo inmortal. Al trágico dolor del Rey Lear, acompaña la cómica fisonomía de su bufón; á la salvaje y abierta pasión de Otelo, la refinada y traidora astucia de Yago; á la delicadeza espiritual de Viola, la ingeniosa grosería de Sir Toby; á la sórdida y judaica avaricia de Shilock, la generosidad de Antonio; al orgulloso poderío de César, el puñal de Bruto, y, por fin, á la enamorada sencillez de Ofelia, la complicada espiritualidad de Hamlet, símbolo profético del espíritu moderno, luchador perenne entre lo ideal y lo real, hermano, como Fausto, de los que sufren y piensan.

Sus dramas históricos son, como afirma Schlegel, espejos de reyes, y como tales reflejan lo grande y lo pequeño, lo abyecto y lo sublime. Manuales son de príncipes donde aprender pueden la dignidad de su vocación hereditaria, las amargas tribulaciones inherentes á su jerarquía altísima, los peligros de la usurpación, el trágico destino de las tiranías y las consecuencias nefastas de las debilidades, los errores y los crímenes de los reyes para con su estirpe, su nación y sus súbditos.

Son maravillosamente reales. No hizo en ellos el dramaturgo uso arbitrario de los hechos, ni adulteró su esencia. Trazó bosquejo fiel y firmísimo de las transformaciones de la humanidad, en claras representaciones artísticas de la *idea histórica*, del principio vital que informa los humanos acontecimientos y que, al determinar su existencia, determina también su verdadera naturaleza y su profunda filosofía moral.

Y tal es el verdadero y único objeto de semejantes producciones dramáticas; porque la idea histórica no es sólo

ética, es también *poética*, es el principio de la idealidad progresiva del entendimiento, eslabón de vidas, etapa del proceso real de la humana existencia, en el que se desenvuelve su verdadero carácter y se realiza su providencial objeto.

Cuando el dramaturgo puede descubrir la *idea histórica* en su carácter poético, en una serie de hechos, y basar en ella su obra, tal idea y el drama que de ella surja, aparecerán en forma artística, se revestirán de hermosos ropajes; habrá *drama histórico*. Si, por el contrario, el artista no descubre tal principio latente, ó no consigue representarlo bajo su faz poética, ni tiene derecho á llamar *históricas* sus creaciones trágicas, ni á considerarlas jamás como verdaderas obras artísticas.

En la tragedia histórica se obscurece un tanto el elemento subjetivo, la importancia de los caracteres dramáticos, y prepondera el epos, el nexo épico que se extiende más allá de sí mismo, uniéndose con un segundo y tercer drama, miembros palpitantes del todo humano, eslabones de la interminable cadena de los intelectuales progresos, peldaños de la escala infinita que conduce al hombre á la realización de su finalidad espiritual, al solio de la divinal hermosura, al piélago inmenso de la bondadosa esencia creadora.

Todo drama histórico, verdaderamente tal, se enlaza, pues, con los subsiguientes, en hondas relaciones ideales, formándose así vastos *ciclos*, que nos hacen penetrar en el carácter y espíritu de las naciones y las edades por los sentimientos y acciones de determinados individuos, cuyos hechos y personal influencia adquieren altísima importancia, pues alcanzan en sus efectos más allá de su vida, sobrecogiéndonos al pensar en las terribles consecuencias históricas que pueden surgir de un hecho acaso insignificante é impensado.

La historia en sí, no es trágica ni cómica. Toma uno ú otro aspecto según relacione nuestro espíritu sus momentos progresivos. El drama cíclico, combina ambos elementos. Ni la muerte trágica del individuo ni sus debilidades

cómicas, importan á la *idea histórica* si influir no pueden en la marcha ascendente de la humanidad á través de los siglos. Todo debe perecer para resucitar. Mezcla es la vida de alegría y dolor; marcha la humanidad á su fin entre risas y lágrimas. Lo trágico y lo cómico se pierden en el todo humano, como la gota de agua en el mar.

Por eso los verdaderos dramas históricos no son tragedias ni comedias; los acontecimientos surgen en ellos de la libre voluntad de los personajes, y determinan su destino; pero al mismo tiempo, al ultrapasar la vida y la intención de los individuos, cambian y acaso producen resultados absolutamente distintos de los que soñar pudieron sus inspiradores. ¿Acaso pudo adivinar Antonio, al entregarse en brazos de Cleopatra, que los voluptuosos anillos de la hermosísima serpiente del Nilo habían de estrecharle y aniquilar su poderío, cambiando la suerte del mundo?... ¿Acaso pensó Ricardo II, al suspender inopinadamente caballeresco torneo, que su debilidad había de arrojarle del trono y sepultarle, para morir en el lúgubre y sangriento calabozo de Pomfret?...

Difícil sería determinar si el *Enrique IV*, el *Enrique V* y el *Enrique VIII* son tragedias ó comedias. Poco importa saberlo. Por el contrario, siendo tales dramas en su esencia simples miembros del gran todo cíclico, etapas de la *idea histórica*, deben producir un efecto distinto: el *poético-histórico*, que eleva á la humanidad muy por encima de la faz trágica ó cómica de las vidas individuales.

Shakespeare fué el verdadero creador de este género histórico-dramático, el que concibió con mayor perfección la idea fundamental de la forma trilogica de la tragedia griega, el que la desarrolló con mayor brillantez poética, el primero que penetró en la verdadera naturaleza de los ciclos dramáticos.

Por ello, acaso inconscientemente, al seguir el sublime bardo la historia antigua y moderna en sus asombrosas creaciones histórico-dramáticas, agrupólas en dos grandes ciclos claramente definidos.

El primero, el de los *dramas romanos*, nos manifiesta la

vida política y los progresos del pueblo romano, base de la vida política moderna en sus principales momentos. *Coriolanus* nos presenta la lucha entre los plebeyos y los patricios, y el desenvolvimiento progresivo de la república, *Julio César*, las últimas é inútiles luchas de la república moribunda con la nueva forma de gobierno monárquico; *Antonio y Cleopatra*, la ruina de la oligarquía y la naturaleza del imperio, y *Titus Andronicus*, la inevitable caída de este imperio y del corrompido mundo romano, destruído por las hordas germánicas, y el principio nuevo del medioeval individualismo, introducido por esta raza en la historia europea. Domina el ciclo entero el valor incontrastable y la inmensa fuerza histórica del poderoso imperio romano, y su rápido y luctuoso aniquilamiento.

No causa en este ciclo la Nemesis trágica su definitivo desenlace. Así como en cada una de las tragedias que lo forman, la muerte de sus héroes es compensada por la nueva vida que de ella surge para la nación, así en el ciclo entero, el espíritu de la Edad Media surge de las ruinas del paganismo, y parece señalar á la humanidad el principio nuevo, la nueva vida, el individualismo cristiano, que iba á desarrollarse en las familias germánicas.

En el segundo y más amplio ciclo dramático shakesperiano, que abraza los diez dramas históricos ingleses, asistimos á las luchas entre las fuerzas y aspiraciones encontradas de la Edad Media. Desde el importante reinado de Juan Sin Tierra y la introducción de la Carta Magna, nos conduce el poeta hasta el reinado de Enrique VIII, en el que nace el espíritu de la política moderna. Refléjanse, pues, en este magno ciclo, como en el romano, los momentos culminantes de la historia inglesa hasta la época shakesperiana. En el *Rey Juan* estamos aún en plena Edad Media. El feudalismo y sus principales rasgos aparecen prominentes. Caballeros, barones, guerreros y nobles oponen su individualismo y sus derechos á la autoridad del soberano; la vida política aspira á su for-

ma definitiva; la guerra es un torneo que depende tan sólo del valor personal de sus campeones; la prudencia política desaparece ante las pasiones del momento; la caballería y el poder eclesiástico informan el espíritu de los tiempos. Así, y como hace notar Schlegel, es el *Rey Juan* á manera de prólogo de los ocho dramas subsiguientes, en que se pintan las grandes luchas feudales que desde el destronamiento de Ricardo II hasta la muerte de Ricardo III, destrozaron el suelo inglés al par que fortalecieron su espíritu y prepararon su imperial poderío.

Todas estas guerras, que durante más de un siglo asolaron á Inglaterra, arrancan del indigno y desastroso reinado del joven *Ricardo II* y su destronamiento por *Enrique IV*, que á su vez se vió obligado á defender su usurpado cetro contra los barones rebeldes. *Enrique V*, el rey favorito de Shakespeare, el amado Hal, es el verdadero héroe nacional, el tipo esencialmente inglés. Pasa su borrascosa juventud en las tabernas; le acompaña Falstaff, cuya cómica y genial espiritualidad llena por completo la primera parte de su vida, que tanto amarga los últimos instantes del desgraciado Enrique II. Va desapareciendo la antigua idea caballerescas; Falstaff es su viviente y grosera caricatura; tiene facciones de bestia é imaginación vivísima, panza enorme, piernas temblorosas; duerme en las tabernas, es cínico, audaz y mentiroso, pero se hace querer, es capaz de interesar á un príncipe y arrastrarle en sus desórdenes. Es más inmoral que Sancho Panza, menos malvado que Panurgo. «Adán cayó, dice, porque la carne es débil, ¿qué puede hacer Falstaff en este siglo perverso? Tengo más carne que los demás, luego soy más frágil.» Jura, maldice, miente siempre, pero con ingenio. «Dios, Patria y mi dama», decían los caballerescos paladines medioevales. «Mi dios, dice Falstaff, es la botella; mi patria, el campo de saqueo, y mi dama... mi dama, una mujerzuela tan pública como el camino de St. Alban á Londres.» Cuando el prototipo del guerrero medioeval, el fogoso y sanguinario Hotspur cae en la batalla, Falstaff, que se fingía muerto para huir el peligro, lo palpa,

se convence de que su corazón no late, saca su puñal, se lo hunde por si acaso en el pecho, y arrastrando por un pie el cadáver, se presenta ante el vencedor Enrique. ¡Sarcasmo sublime!... La caballería ha perecido. ¡La Edad Media está á punto de morir!... ¡Falstaff, el ventrudo y ridículo Falstaff, arrastra con cobarde y pedante cinismo el cadáver del último de sus guerreros! Sube *Enrique V* al trono y opérase en él transformación completa; destierra al Falstaff y sus compañeros de crápula, y trata de borrar las manchas del usurpado título de su progenitor, por la brillantez de sus patrióticas empresas. Indúcele su valor y heroísmo á declarar la guerra á Francia, pelea con denuedo y obtiene en Atzincourt uno de los más brillantes triunfos de las británicas armas, pero el hambre y el malestar económico invaden á Inglaterra: la guerra con Francia mina el bienestar de ambos reinos.

Del reinado de Enrique VI, tan largo como desastroso, hizo Shakespeare una gran trilogía dramática. El triste fin de este rey piadoso, bueno, bien intencionado, pero extremadamente débil, es consecuencia del crimen de su abuelo contra Ricardo II. Aunque el carácter de Enrique VI es tan indigno de un monarca, que, al considerarlo bajo esta faz, apenas podemos reprimir nuestra indignación, sin embargo, los motivos que á obrar le determinan son tan puros y abnegados, que le compadecemos con simpatía honda.

Su personalidad, afectuosa y pacífica, aparece rodeada de todos los horrores que el odio, la discordia y las malas pasiones pueden amontonar alrededor de su trono. Apto para un monasterio es el espíritu del monarca. Es más bien monje que rey. La historia le designa para conducir la nave del estado á través de tempestuosas épocas, para gobernar un pueblo aniquilado por las disensiones y las guerras. Algo se asemeja al Hamlet: «The time is out of joint: O cursed spite that ever. I was born to set it right». Es un alma á la que se impone un deber, que es incapaz de cumplir. Enrique IV gime oprimido por penosa carga; las sangrientas guerras de las Dos Rosas, que fué impo-

tente para concluir, quebrantaron el poder de sus más poderosos vasallos y aniquilaron el sistema feudal de la Edad Media, para dar lugar á una nueva forma de gobierno, diferente á la anterior en su naturaleza y esencia.

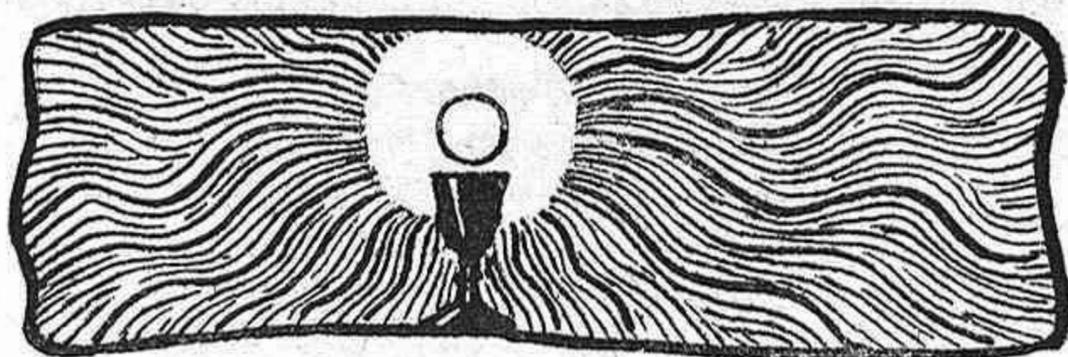
En el *Ricardo III* termina el gran ciclo trágico en que se desenvuelven los ocho dramas anteriores.

Los crímenes antiguos y los nuevos son espiados por los horribles y sangrientos hechos de Ricardo III, prototipo de monstruosa maldad, que á su vez es alcanzado y herido de muerte por la Nemesis implacable.

Ricardo es el verdugo sediento de sangre que hiere á todos, para ahogarse luego en la de sus víctimas. El país suspira por el descanso y la paz; los grandes barones han agotado sus recursos en la prolongada lucha, y es, por tanto, fácil para Enrique VII, en su largo y pacífico reinado, el allanar el camino para el nacimiento de la nueva era histórica moderna, que se establece y confirma definitivamente en el reinado de *Enrique VIII*. Epílogo, como dice Schelegel, de la gran tragedia cíclica de la historia inglesa.

Así los dos ciclos shakesperianos, en sí mismos, forman dos grandes obras de arte dramático, en las cuales cada uno de los dramas que las componen tiene su posición definida, como parte del todo cíclico.

Ahora bien; todos ellos, considerados aisladamente, son obras de arte perfectas é independientes, y tienen su unidad dramática genuina y peculiarísima. Señalar esta unidad individual en el *Ricardo II*, dentro del todo cíclico de la idea histórica shakesperiana, es mi principal objeto, y á él me limitaré en este bosquejo.



MOSEN JACINTO VERDA-
GUER ❖ FRAGMENTOS
DE LA ÓPERA INÉDITA
«CANIGÓ» ❖ ❖ ❖ ❖ ❖

PRELUDIO

CHORO DE PA. *De bon matí*
GESOS. *pujem á Sant Martí*
la esquella nos hi crida
pujem á veure l'sant
la costa n'es florida
pujem hi tot cantant.

DE MADUXERES *D'ayre gerderes*
y maduxeres
cuytem, cuytem
y pregarem
al sant que'us umpte
los cistellons
de ses meduxes
y sos gerdons.

DE SEGADORS *Ab la fals en bandolera*
cap á la hermita
pujem, pujem,

*puig es bona la cullita
sota les cuves
com dansarem!
De bon mati
pujem á Sant Martí.*

D'ESPIGOLERES *Li portem les dauradelles
y roselles
á faldades.
Y dels camps y les garrigues
les espigues
mes daurades.*

DE LLENYA— *—¿Hon van los llenyatayres,
TERS hon van ab la destral?
—A fer nostres canturies
al sant de les boscuries
que'us guarda de tot mal.
De bon mati
pujem á Sant Martí*

DUO

PASTORET *Griselda, que Deu te quart*

GRISELDA *Pastor, Ell te do bon dia
—¿Com vas sense res al front
en exa terra fresquívola?
—Es que porto un níu d'aucells
á dintre la barretina.
—Veyam quins aucells hi dus
¿son estornells ó cardines?
—Ni cardines ni estornells,
veyam si es conexerias.
—Per lo pit roig los conech
son reyetons de verdissa
que al hivern cercan la va l
y en primavera la cima.
¡Oh quins aucells tan bonichs!
¡Quina nidada tan rica!
cada un sembla un clavell*

*tots junts una clavellina.
¡Si me es volguesses donar
je com los recaptaria!
— ¿Donchs ahon te es posare?
— En ma falda de pellissa.
Veniu, aucellets, veniu
dels pastorets companya.
— Griselda, vetels aquí
hi aboca la barretina:*

GRISELDA (dexantlos volar).

*— Volau, reyetons, volau
jo vull servos bona amiga
cantadors del mes de Maig,
mal haya qui us engabia.
(En pastsr se'n va.)*

GRISELDA (sola).

*— Que canten y refilen
pobres aucells,
també jo cantaría
si'n sapigues com ells.
A dintre de la hermita
he vist al meu Gentil
que bonico y estava
era una flor d'avril.
Per reposar y beure
m'acostaré á la font
potser entre los arbonos
veire de lluny son front.*

S. Y J. ALVAREZ QUINTERO

LA ZAHORÍ ∞ ENTREMÉS

.. .. PERSONAJES

MICAELA

JUANICO

VARIOS MOZOS

Covacha en donde vive Micaela. A la derecha del actor una puertecilla, cerrada con cerrojo y tranca, á pesar de ser el único hueco por donde entran el aire y la luz. A la izquierda del foro un agujero grande que comunica con otra habitación de la covacha. No hay más muebles que una mesa pequeña y dos ó tres sillas, muy viejas. Colgadas junto á la puerta dos herraduras rotas. En la pared una ristra de ajos.

Es de noche.

(Al levantarse el telón está la escena sola. Un momento después se oyen dos golpes fuertes en la puerta. A poco se repiten, y entonces sale por el agujero del foro Micaela, con un candil en la mano. Es una gitana como de unos cincuenta años de edad, desgredada y rota.)

MICAELA.—¿Quién será, que tanta priesa trae? *(Llégase á la puerta y pregunta:)* ¿Quién es?

JUANICO.—*(Dentro, gritando, y muy á lo paleta.)* ¡A la paz e Dios!

MICAELA.—¡Bendito sea, y no nos esampare nunca! ¿Quién es?

JUANICO.—Gente e paz.

MICAELA.—¿Qué gente?

JUANICO.—Un hombre.

MICAELA.—¿Na más?

JUANICO.—¿Le paece á usted poco?

MICAELA.—S'ha menesté da más señales pa entrá en mi cueva.

JUANICO.—¿No basta zé perzona e bien?

MICAELA.—No basta. ¿Eza persona viene sola?

JUANICO.—Con una pezaumbre.

MICAELA.—¿Y qué quiere?

JUANICO.—Remedio pa eya.

MICAELA.—¿Y quién la guía á este sitio?

JUANICO.—El anzia de zortarla pronto

MICAELA.—(*Va á abrir y se detiene.*) ¿Traes dineros?

JUANICO.—No zoy la Caza e la Monea, pero argunos traigo.

MICAELA.—(*Franqueándole la puerta á Juanico.*) Pasa.

JUANICO.—Dios guarde á usted.

MICAELA.—(*Cerrando la puerta.*) Er te guíe.

(*Juanico es un mozo trabajador del campo andaluz. Viene de sombrero ancho, zamarra al hombro, faja y zahones. Su hablar es torpe, oscuro y despacioso.*)

JUANICO.—Comadre, ¿zabe usted que pregunta usted más que er padrón de los perros?

MICAELA.—¿Eres perrero tú?

JUANICO.—No; pero esta tarde ze lo he visto yená á mi zeñorito.

MICAELA.—¿Quién es tu señorito?

JUANICO.—Don Pedro Molina. El amo de Mazarquiví, er cortijo más zono der pueblo.

MICAELA.—¡Ah, ya... Molinal... De los Molinas de Morón. ¡Ese sí que tiene *parné!*... ¡Mardesío! En su casa se esayunan con onsas e oro...

JUANICO.—¿Quién le ha dicho á usted ezo?

MICAELA.—¡Yo que lo sé!... ¡Condenao! Unos tanto y otros tan poco... Mia tú yo, que pa que se junten en mi oya más e tres garbansos... tengo que tocá un pito... Y si echo carne arguna vé, se asusta la oya...

JUANICO.—Azina ez este mundo. Lo mesmo paza con los pezares. Hay quien vive riyéndoze desde que dispier-ta... y hay quien no ze ríe ni aunque ze vaya á retratá.

MICAELA.—Jerío vienes.

JUANICO.—Jerío.

MICAELA.—¿De qué?

JUANICO.—De mar de amores.

MICAELA.—¿Qué eres tú?

JUANICO.—Yegüerizo de Mazarquiví. Usté pué que conociera á mi padre. Zeñó Cristóba er de la Fuente.

MICAELA.—Sí que lo conosí; bien dises... Dios lo tenga en su gloria. ¡Qué hombre aqué tan cabá y tan esentel De güeno que era, en er pueblo le yamaban *Azuca*.

JUANICO.—*Asuca...* ezo es...

MICAELA.—Ea, pos siéntate ya, *Terrón*.

JUANICO.—(*Dejándose caer con abatimiento en una silla, y suspirando*). ¡Ay!

MICAELA.—No suspires; que ninguna mujé vale er suspiro de un hombre honrao. Te lo digo yo... que he sío mujé ya jase tiempo. Dame la mano.

JUANICO.—¿La mano?

MICAELA.—Sí, Pero esa no; la otra.

JUANICO.—¿Tiene que zé la izquierda?

MICAELA.—La izquierda. (*Toma la mano de Juanico y la contempla atentamente por la palma. Juanico muestra asombro y miedo*). ¡Ay, creatural... ¡Qué de cosas te van á pasar en este mundo... si no te mueres antes!

JUANICO.—¿Malas ó güenas?

MICAELA.—Hay de to. Déjame que te mire á loz ojos.

JUANICO.—¿A los ojos? ¿Pa qué?

MICAELA.—Eso es cuenta mía.

JUANICO.—Yeva usté razón.

MICAELA.—(¡Probesito! Es más infelí que una estera.) Ea, anda ya; esahoga tu pecho tribulao. Hate cuenta que estás elante er cura.

JUANICO.—Mejó zera que me jaga otra cuenta; porque ar cura, zi á mano viene... ya ze zabe que lo tiene uno que engañá... Argunas cozas no ze les puen decí á los curas...

MICAELA.—¿Por qué?

JUANICO.—¡Porque no zaben de ezo!

MICAELA.—¿No, verdá? Pos descansa en mí; que yo sé de eso. De eso y de to, pero de eso mi sensia es un poso. Echa fuera to lo que te jiere, que no te fartará la melesina. Toito er que viene aquí se va consolao... Jasta conde-

ses y marqueses han pasao esa puerta... Y una señora mu señora estuvo anoche, enselá der marío, y yo le jise vé en un vaso de agua que er señorito no estaba donde eya se creía, sino en otro sitio peó.

JUANICO.—¿Peó pa eya?

MICAELA.—Peó pa é. Estaba en er Casino, ¿sabes? (*Imitando la acción de jugar al monte.*) Pero como la señora no traía más aqué que la mordeura de los selos, se fué esponjá de orguyo.

JUANICO.—Escuche usté, gitana...

MICAELA.—Micaela me yamo. La Sajorí por otro nombre.

JUANICO.—Pos escuche usté, Zajorí; yo quieo vé lo que está jaciendo á estaz horas mi Mercedes.

MICAELA.—(*Muy asombrada.*) ¡Chiquiyo!

JUANICO.—¿Qué?

MICAELA.—(*Con malicia.*) ¿Tú sabes lo que pías?...

JUANICO.—Yo...

MICAELA.—Vamos á vé, ¿quién es tu Mercedes?

JUANICO.—La que me ha puesto azina; que me vi á gorvé *tábiro*.

MICAELA.—Es verdá; que tien es coló de serote. Si te ve un sapatero, te roba.

JUANICO.—Como que no zoy conocío. Ar pilon der cortijo me miré la cara esta mañana, y penzé que era otro. Gracias á que pazó el aperaó y me dijo: «Juanico, güenos días», me dí cuenta de que era yo er que pintaba el agua. (*Afligiéndose y haciendo pucher os.*) Yo he perdío la alegría de mi genio; yo no como bocaó á gusto; yo er vino no lo cato; yo no jago na de lo que jacen tos loz hombres; jasta er tabaco me zabe malamente...

MICAELA.—¿Pero qué es eso? ¿Vas á yorá como una creatura? Jate fuerte, hombre, que to se arregla en esta vía. Echa tabaco.

JUANICO.—No tengo gana e fumá.

MICAELA.—Si es pa mí.

JUANICO.—Ezo ez otra coza. Tome usté. (*Le da una petaca que lleva en la faja. Micaela hace un cigarrillo á es-*

tilo campesino, lo enciende en el candil y fuma, oprimiéndolo y arqueándolo mucho.)

MICAELA.—Cuéntame; esa mujé, ¿es bonita?

JUANICO.—Bonita no es ná; pintores no la pintaran... ¿Ha visto usté alguna vé la primera amapola que zale entre er trigo? Poz eza. (*Señalando con el dedo pulgar de una mano la yema del índice.*) La carita ez azina... la cintura ez azina... las manos zon azina... azina zon los pies...

MICAELA.—¡Ay, várgame Dios! Te has enamoraó de una cuña.

JUANICO.—¿Una cuña? Pos zeis arrobás peza; pa que ze vaya usté enterando.

MICAELA.—¿Quién había e desirlo?... ¡Miá la gachi!... Ya sé yo donde yeva las carnes...

JUANICO.—(*Metiendo mano á un bolsillo de la zamarra.*) Aguarde usté: va usté á verla ahora mesmo.

MICAELA.—¿La traes ahí?

JUANICO.—Traigo una pintura que me ha jecho er chiquichanca der cortijo, que tiene mucha idea. (*Saca del bolsillo un papelito doblado en cuatro partes y se lo enseña á Micaela.*) Místela.

MICAELA.—(*Cogiendo el papel y mirándolo.*) ¡Ay, qué presiosa!... ¡Qué presiosa!...

JUANICO.—Zi la está usté viendo ar revés...

MICAELA.—Es verdá, hijo mío... (*Después de volver el papel.*) ¡Ay, qué presiosísima!...

JUANICO.—(*Señalando un punto en el dibujo.*) Este ez el ojo.

MICAELA.—(¡No va pa Moriyo er chiquichanca; mar tiro le den!) Ten ahí. (*Le devuelve el papel.*) Bien merese la niña que penes por eya.

JUANICO.—Y bien que peno...

MICAELA.—Ya lo sé... ¿qué vas á contarme?... ya lo sé... ¡Como que quiere á otro!

JUANICO.—A otro quiere. ¿A usté quién ze lo ha dicho?

MICAELA.—Naide. Yo sé toas las cosas, por sajorí que soy. Y mia tú que pa fijarse en quien se ha fijao, no valía la pena de jaserte á ti esta esaborisión.

JUANICO.—Ezo es lo que yo digo... Toavía zi me dejara por un mozo cabá... ¡pero miste que dejarme por *Patas cortas!* ¡Un hombre que zentao tiene más estatura que de piel!...

MICAELA.—A naide curpes más que á ti. Castigo der sielo es to lo que te pasa. ¿Por qué plantaste tú á la otra, jaspera e molino?

JUANICO.—(*Lleno de perplejidad.*) ¿A quién? ¿A María Pepa?

MICAELA.—A María Pepa, sí...

JUANICO.—Pero ¿también lo zabe usted?

MICAELA.—¿Por qué la plantaste, velioso?

JUANICO.—Pa er queré no hay leyes... Viene y ze va zin pedí permizo... como er zó...

MICAELA.—Si hubieras acudío á mí desde er prensipio, yo te hubiera ajorrao pesaumbres. Pero es tiempo entoavía... siempre que jagas to lo que yo te mande.

JUANICO.—To lo jaré. ¿Me quedrá Mercedes?

MICAELA.—Te quedrá.

JUANICO.—¿Pero dejará á *Patas cortas?*

MICAELA.—Y á *Patas largas.*

JUANICO.—(*Con explosión de alegría infantil.*) ¡Ay, Jozú! ¡Jozú! ¿qué me está usted diciendo? ¡Zi no ha de zalí, vale más que me ezengañe usted de un gorpel!

MICAELA.—En tu sino está escrito: te quedrá Mercedes; piedras ha de tirá por ti; sus casaréis un domingo e Mayo, y tendréis dos hijos, después de esperarlos seis años y tres días: el uno te jará felí cantando misa; el otro te acarreará muchos sinsabores porque quedrá meterse á verdugo.

JUANICO.—(*Con espanto.*) ¡Zeñora!

MICAELA.—¡A verdugo! Yo no invento na. A *Patas cortas*, er día de tu casamiento lo cogerá er carro e la carne por las roiyas...

JUANICO.—(*Riéndose brutalmente.*) ¡Ju, ju, ju!

MICAELA.—Y las manchas e sangre se quearán en las piedras, sin que na baste pa borrarlas, jasta que nazca er primero de tus *chorreles*.

JUANICO.—(*Asombrado.*) ¿Zi?

MICAELA.—Como lo oyes.

JUANICO.—Me deja usté parao.

MICAELA.—Dame una peseta.

JUANICO.—¿Una pezeta? Tome usté.

MICAELA.—Te pio dinero tuyo, porque er mío no vale. Con esta monea ví yo á comprá unguento de firmesa, porvos de ensueño, fló de ternura y simiente de güena dicha; con to rebujao y jervío en un dedá de agua salobre, vi á jasé un caramelo; te lo ví á dá á ti, y er día que tú consigas que eya na más se lo yeve á los labios, por la noche bajará á la ventana.

JUANICO.—¿Zi?

MICAELA.—Sí. Pero tú haz de jurarme pasá de lárigo sin mirarla siquiera.

JUANICO.—¿Por qué?

MICAELA.—Porque si la miras, ya pues contá que la has perdío pa siempre.

JUANICO.—(*Aterrado.*) ¡Jozú!

MICAELA.—Escucha otra cosa.

JUANICO.—Usté dirá.

MICAELA.—(*Dándole un clavo que saca del bolsillo.*) Toma este clavo. Esta noche, ar tiempo de acostarte jases una cruz con é á la cabesera e tu cama; lo clavas en medio e la cruz, y das tres martiyasos seguíos, disiendo: ¡Mersedes!... ¡Mersedes!... ¡Mersedes!... A la tersera vez, er clavo te responderá mu lastimero: «¿Qué te he jecho yo pa que asín me martrates?» Entonses tú te acuestas sin cuidao, y te duermes tranquilo.

JUANICO.—¡En zeguía! ¡Como diga ezo er clavo, no pego yo un ojo en toa la noche!

MICAELA.—Aguarda, y déjame acabá. Si er clavo no contesta...

JUANICO.—¿Le cuergo er zombrero?...

MICAELA.—¡No! Te sales á la caye...

JUANICO.—¡Ah!...

MICAELA.—Te vas á casa de Mercedes...

JUANICO.—¡Ah!...

MICAELA.—Y en er mismo poyete de su puerta, jases otra cruz con saliva.

JUANICO.—¿Otra cruz?

MICAELA.—Sí.

JUANICO.—¿Y me va usté á dá también otro clavo?

MICAELA.—Sí.

JUANICO.—¿Pa que lo clave en er poyete?

MICAELA.—Sí.

JUANICO.—(*Cambiando repentinamente de voz, de acento, de pronunciación y de ademanes.*) Pero, vamos á vé, señora: ¿tengo yo cara de sé tan bruto?

MICAELA.—(*Desconcertada.*) ¿Eh?

(*Oyense dentro, hacia la puerta, risas escandalosas de varios mozos que se supone que acompañaban á Juanico.*)

JUANICO.—Que si tengo yo cara de sé tan bruto.

MICAELA.—¡Ah, ladrón! Te has estao burlando de esta probe mujé ¿no es verdá? ¿Y vienes con pandiya, cacho e valiente? (*Nuevas risas dentro.*) ¡Mía como se ríen de la gracia!

JUANICO.—¡Señora, como que trae usté infernao á to er pueblo con sus embustes, y ha güerto usté tonto ar chiquiyo del aperaó! ¡No hay un vesino que no ande ya jasiendo cruses por toas partes!

MICAELA.—¡Asín te jagan una en la barriga con una navaja de afeitá, condena! ¡Vete ya e mi casa, malas ideas!

JUANICO.—¡Si venimos á corgarla á usté! (*Abre la puerta y aparecen algunos mozos, riéndose. Uno de ellos, el mozo 1.º, encanijado y chiquitín.*)

MICAELA.—¿A mí?

MOZO 1.º.—¡Por bruja!

MICAELA.—Mía el otro, que paese que lo han echao ar mundo por compromiso! (*Se ríen todos.*) ¡Largarse ya, cuadriya e bandoleros, si no queréis que sus jaga yo mar de ojo!

JUANICO.—¿Sí, eh? ¡Pos degüérvame usté mi peseta!

MICAELA.—¡No te jará daño, creminá! ¡Antes me sacas la edá que tengo! (*Nuevas risas.*)

JUANICO.—Pero, infelí, ¿te iba yo á dá una peseta güena? ¡Si esa no la toman ni con un duro ensima!

MICAELA.—¡Ah, *pajolero!* ¿Con que es farsa?

Mozo 1.º.—¡Más que tú!

MICAELA.—¡Cáyate ya, pitraco; que un gato que te vea te va á tomá por revortiyó! ¡Cáyate y no hables más! ¡Fuera, fuera e mi casa tos, que la eshonráis!

JUANICO.—¡Anda y que te afusilen, y aprende otra vez á tené más vista!

MICAELA.—¡Grandísimo Júas, si eres un cómico; si se la das á tu misma mare!

JUANICO.—¡Vámonos! ¡vámonos! (*Se marchan todos y se alejan riéndose á más y mejor de la gitana.*)

MICAELA.—¡Ca uno se gana la vía como puede! ¿Cómo se la ganaba tu padre, cacho e ladrón, que farsificaba hasta el agua?

JUANICO.—(*Desde dentro ya.*) ¡Pero si tampoco soy yo hijo der señó Cristóbal!

MICAELA.—¡Ni de naide! ¡Si tú eres del Hespisio, arrastraol! ¡Vete ya, cunero!... ¡Viruelas te sargan jasta en er blanco de los ojos! ¡Vete ya!... ¡armenaque antiguo!... ¡Coliya e probe!... ¡tacón sin botal!... ¡En manos e la justisia te veas... y te toque un fiscá ponderativo!... (*Cierra la puerta y se dirige al público.*)

No vos sirva de irrisión
esto que me ha susedío:
tomarlo como lersión,
y er que tenga er corasón
laserao y dolorío,
se yegue y me busque á mí,
que lo sanaré ar momento;
porque yo soy sajorí,
y calo en er pensamiento
y leo en lo porvení.



SANTIAGO RUSIÑOL ❖ ❖

❖ ❖ EL MAL DE PUEBLO

No sabía lo que me pasaba. Hacía ya tiempo que estaba en el pueblo, y á medida que en él iba estando, se apoderaban de mí unos síntomas de enfermedad que no podía comprender.

Al principio, fueron como meditaciones, un estado de meditación continua que no me parecía natural, un estado fijo de pensar en las cosas más pequeñas y darles importancia de problemas; después, una vaguedad de pensamiento, una indecisión interior, un vacío, una *desbrújula* de la voluntad, una falta de dirección en los movimientos de las piernas, y, sobre todo, tal tirantez en la espalda, que me hubiera pasado todo el día sentado.

No había manera de hacer nada. El escaparate de la botica con aquella bola, no me distraía; el sol de la plaza, no me probaba; ver jugar á la

brisca, aún me excitaba más el mal; me dormía, los ojos se me cerraban solos, y una vez cerrados, me costaba mucho abrirlos; me nacían dos conchas, una en el pecho y otra en la espalda, y me iba volviendo tortuga.

Jamás, sin soñar nada, he soñado tanto como entonces. Era un vivir de sonámbulo casero, de fakir de regadío, un vivir sin pena ni gloria, un estado civil de difunto que no paga puertas para serlo. La vida se me marchaba á paseo de cuando en cuando, y yo la sentía marchar tranquilamente, sin darle prisa para que volviese, y me quedaba como el que ha tomado una *cafetera* de opio; me faltaba cuerda en la máquina y acababa por pararme.

Aqueste estado de *paramiento* ya se me había hecho crónico. En estado de beatitud, de modorra espiritual, soñábame moro, sin renunciar al bautismo, soñaba que ya no comía más que dátiles y chuletitas de gacela; que tocaba la flauta mágica y hacía bailar serpientes domesticadas; que me encantaba contemplándome el vientre, y veía las cinco partes del mundo como cinco *somiers* inmensos, todo cama de punta á punta de la tierra, una cama planetaria donde se durmiese sin sueño, donde se estuviese despierto sin estarlo, un mundo como aquél pueblo en grande, donde pasasen los años sin lluvias y sin puestas de sol, y sin haber de levantarse, ni de comer, ni siquiera de morir.

¿Qué tendría yo, Dios mío? ¿Qué mal sería este mal que me hacía estar malo sin mal? Aquello no podía ser bueno. Yo no tenía «lesión espontánea, ni enfermedad libre»; me lo había dicho el boticario, que jamás falló diagnóstico terapéutico.

Aquello debía ser una *malaria*, un desfallecimiento, un aflojamiento de ciertos nervios que aún no deben haber puesto en el mapa los sabios exploradores de los caminos sensibles del hombre; una huelga de los cordelillos conductores de voluntad, que pretendían más jornal, ya que menos horas de trabajo no podían pedirme; en fin, un *paro* de sensaciones en la cajita de música que todos llevamos dentro; un vagar que necesitaba cuerda y bullicio, y masaje psicológico.

Por *suerte* entrábamos en Semana Santa, la semana más animada del pueblo, porque era la única en que, triste ó no triste, negra ó blanca, se veía gente por las calles. Así como en todas partes cuando llega el Jueves todo el mundo se esconde, allí todo el mundo se echa á la calle; así como en otras partes detienen todos el movimiento, allí empiezan á andar. Es claro que las gentes que por las calles se veían, iban todas de duelo y poco á poco, y á paso de entierro, y con cara de adormidera; pero peores eran los demás días en que no se los veía de ningún modo. Al menos se notaba movimiento en el pueblo, y ya hacían har- to con moverse. Iban á las iglesias, salían, torna- ban á entrar, y en cuadrillas silenciosas daban vida, calor, alma, bullicio espiritual á aquel desierto de casas.

La calle Mayor parecía una rambla cuando va á pasar un entierro de lujo; en la plaza había más de veinte personas, que hasta iban y venían; «los doce del café», como le habían cerrado, también estaban fuera haciendo bulto y multitud; no había quedado ni una vieja al amor de la lumbre; todas iban y venían manchando las calles de negro, con animación legendaria, y los hombres es-

taban en la iglesia con los pasos y los pendones, y los curas, para salir con la procesión.

Y cuando salió la procesión, aun había más gente. Salían poco á poco, á paso de procesión de pueblo; salían primero unos timbaleros con tono de timbal *menor*—y tan *menor*,—y tocaban con tanta calma, que parecían llevar el compás de aquella quietud del pueblo y de todos los que iban en pos de ellos. Que eran el estamento de encaperuzados en ringleras, con la cara tapada, tétricos como retablos socarrados por un incendio, y todos de negro, negro verde, negro desteñido, negro de momia, negro negro, todas las variantes del negro conductoras de frialdad y de tristezas.

Detrás venían más penitentes; después alguno que iba con los pies descalzos ó mostrando un plato de ceniza, y en medio de aquella negrura un ángel, un amor de criatura, un chiquillo de cuatro años, rubio como el trigo, fresco como una gota de rocío, y también vestido de tristeza y disfrazado como una flor que llevasen á enterrar, y repartiendo alegría y luz de noche estrellada, y juventud de amanecer, entre aquella sombra.

Detrás, ya venía un *paso* que hacía doblar las rodillas todo lo largo de la calle; después hombres del pueblo atezados por «el Protagonista»; un Santo Cristo inmenso, tambaleándose sobre los hombres; los del *Pensil*, el asistente del carabnero de servicio, *la pareja*, otra *pareja*, el cabildo, los curas en peso, el guardia rural, el del fielato, y, por fin, una gran bandera, tan feroz, tan macabra, tan de cementerio, tan de ajusticiado, tan de congregación de sangre coagulada por

el tiempo y por el Santo Oficio, que siempre la recuerdo. Era de un tono indefinido, de un color violeta desteñida, con cambiantes de hoja seca; de un polvoriento de herrumbre, de una humedad de subterráneo, de un azulear de reliquia, de un desteñido de traje de vitrina, de un sudor de enfermedad, y toda ella mate como una sombra gris, y seguida por las viejas, como si las guiase á la muerte, á una muerte segura, sin vistas á ninguna parte.

Aqueste estallido de animación dejaba derrenegado al pueblo, y aplastados se quedaban todos, cual si mi mismo mal padeciesen. Nadie se movía de las puertas, como si hubiese de pasar la procesión cada media hora: todos callaban más que nunca; hombres y mujeres y chiquillos se quedaban encantados como figuras de ceniza, en la misma posición en que les sorprendió la lava, y mi mal con aquel encantamento íbase volviendo más crónico. Ya no podía yo mover las piernas; ya la cabeza se me caía; ya había triturado toda la hierba de aquella escasa margen del torrente, de tanto tumbarme en ella á todas horas; ya sólo respondía por señas, y aun por señas cortas y bien fáciles de signar; ya oía hablar de política y no me marchaba; ya, por último, llegué á hacer solitarios, á mirar cómo jugaban al *arrastro* horas y horas, sin saber jugar, á sacar una silla al sol y dejarme comer de las moscas, á bostezar, casi á hacer media, á echar la siesta antes de almorzar y después de haber merendado, y, sobre todo, á dormirme en todas partes, al sermón en misa, en la mesa, en todas las mesas, sobre las teclas del piano, y hasta en la cama, que era dormir sobre pedruscos, con tantos colchones de

grava como en ella había acumulado «el Beco» para consuelo de la difunta. Nada, que aquello no podía durar. Un día tomé una resolución: díme empuje á mí mismo y fuíme á buscar al médico.

—Escuche, señor doctor, me pasa esto y esto.

Y se lo explico con todo el aliento que me resta.

—No se canse usted, no se canse, y no hable tan deprisa.

—No tengo gana de nada: ni de comer, ni de beber, ni de nada.

—Muy bien: Ya sé que no es usted del pueblo —me dijo.—Aquí nos conocemos en seguida.

—Sí, señor.

—Y también sé que hace ya tiempo que vive usted en el pueblo.

—Es verdad.

—Entonces, no se explique usted, y no malgaste palabras. Ya sé lo que tiene, y que lo tiene bien agarrado.

—¿Qué tengo, señor doctor?

El mal de pueblo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Pereza.

—¿Pereza?

—¡Pereza, pe-re-za!

—Ya estaba temiéndomelo, señor doctor.

—Y hacía usted como un santo, temiéndoselo. Mire usted, yo—me dijo con una calma encantadora—hace ya veinte años que vivo aquí, y ya hace diez y ocho que padezco este mal. Gracias á mi carrera pude resistir dos años, pero al tercero no hubo escape. Todos los forasteros caen, y si no caen los del pueblo, es que ya están aclimatados y les viene de casta. Cuando llegué había

acabado la carrera y venía aquí interinamente. «No estarás más de un año—me dije.—Más tiempo no podrías vivir aquí. El boticario es demasiado abierto; el cura es demasiado cerrado; el alcalde tan pronto se abre como se cierra; el maestro harta miseria tiene, y los demás hartos de trabajo con las tierras y la recolección.» Pero hijo mío—continuó tomando aliento,—al cabo de un año ya el boticario me parecía *campechano*; el cura, hombre expansivo; el alcalde, amante del pueblo; el maestro, un buen camarada, y los demás, humildes y bucólicos. Ya iba entrando, ya me iba volviendo como ellos.

—Sí que lo creo—le dije.

—No se duerma usted y escuche, que le conviene. Al cabo de un año, un día, sin haberme enamorado, sin ganas, sin aliento para andar por el camino del matrimonio, por pereza de decir que no, me casaron para toda una eternidad.

—¡Caramba!

—Sí, señor, para toda—respondióme bostezando.—Desde aquel día me cogió la enfermedad. Comía, me tumbaba, dormía, jugaba, y, de cuando en cuando, con toda calma, iba á ver á algún enfermo.

—¿Y si el enfermo llevaba prisa?

—¡Ay! Tampoco llevan prisa. Están tan malos como nosotros.

—Y entonces, ¿qué tengo que hacer, señor doctor?

—Pereza me da decírselo. Si aún tiene alientos para ello, váyase, huya. Aquí el hombre ha de trabajar la tierra, si no la tierra le trabaja á él.

—¿Cuánto le debo?

—Déjeme dormir, y déjelo correr.



∞ EDMUNDO GONZÁLEZ
BLANCO ∞ FILOSOFIA
DEL JUEGO ∞ (ENSAYO
DE SÁTIRA SOCIAL) ∞ ∞

Yo no soy más que un pobre hombre que tiene necesidad de desahogarse, defendiendo un vicio condenado por la civilización moderna. Bien quisiera ser un Gautier para que mi apología de la más abyecta de las manifestaciones de la inmoralidad humana, resultase fundada, si no científica, al menos artísticamente. Pero Dios no me ha llamado por este último camino, y, además mis pretensiones son mucho más modestas. Se trata de una opinión que no quiere disputar el terreno á otra alguna y que sólo desea conservar su puesto. Y como para este efecto basta un ligero bosquejo trazado á grandes rasgos y sin alardes de finalidad reformista, adoptaré tal método, pues ni con la más leve apariencia de responsabilidad *sociológica* quisiera cargar.

Sea cualquiera la repulsión que nos inspiren los abusos de las pasiones humanas, nadie ha negado ni niega la legitimidad de sus naturales expansiones. El *panem et circenses*, de Juvenal, ó el «pan y toros», de Jovellanos, serán siempre para la vida práctica principios, sino de mayor conveniencia, más generalmente seguidos y adoptados que el «pan y catecismo», de Monescillo. Ridiculícese cuanto se quiera esta aserción: los juegos no dejarán

de ser por eso para 1.500 millones de seres humanos los condimentos de la felicidad, los mandamientos del mundo, indispensables para restringir en el hombre la influencia demasiado prosáica y demasiado mecánica de una existencia absorbida por el trabajo diario. Los pueblos primitivos jugaron y los pueblos modernos juegan, y conservan de este modo su humor y sus alegrías. Gracias á los juegos y á los instintos jugadores, sentimos el amor y cuantas emociones nos apegan al medio en que nos desarrollamos; gracias á tan benditas tendencias, no ha llegado á humanizarse la doctrina atrabiliaria del pesimismo teórico, y lo que sería peor, la ola invasora del pesimismo práctico. Todo esto lo debemos al furor por jugar. Si los socialistas consiguieran apagarlo, volveríamos á yacer en la fría quietud del misticismo.

Pero entre los juegos inventados por la humanidad para hacer llevadera su estancia sobre este pequeño montón de polvo que apellidamos globo de la tierra, hay un juego, un pícaro juego llamado de baraja, que trae á mal traer á los personajes políticos, seriamente preocupados por los intereses morales de la sociedad contemporánea. El individualismo ha probado que no hay derecho contra los actos en que media contrato; que es menester *dejar hacer* al hombre de su capa un sayo, *dejar paso* al libre albedrío: que precisa dar al ciudadano toda latitud para arruinarse si quiere, ó enriquecerse sin trabajar á la vez que sin robar, si lo juzga oportuno; que hay que proclamar muy alto la libertad de costumbres ante las leyes. Pero el Estado se *defiende*; la necesidad de respetar en el individuo el vasto campo de los caprichos, parece oponerse al carácter moralizador de su misión, y á cada grito de la autonomía personal presenta un nuevo obstáculo, sin poder deshacerse de sus viejas envolturas, sino por una especie de descamación inquisitorial.

Revolviéndose el P. Coloma contra el argumento con que los individualistas vulgares han intentado demostrar la *inofensividad* jurídica del juego de cartas, su ningún carácter de ataque á la sociedad y su grandeza relativa más

próxima á la del suicidio y el duelo que á la del homicidio y el robo, dice: «En las ganancias del juego hay siempre algo parecido al robo, porque con razón cabe afirmar que se toma lo ajeno contra la voluntad de su dueño; y si bien es cierto que se gana este dinero exponiendo el propio, también lo es que los ladrones en cuadrilla exponen sus vidas en las encrucijadas de los caminos; y la vida, aunque sea de un facineroso, vale más que el dinero.» ¡Y eso escribió con la satisfacción de la sagacidad un autor de ordinario tan ingenioso!

Desde luego, es falso que en el juego se tome lo ajeno contra la voluntad de su dueño. No hay, por el contrario, cosa tan voluntaria, tan libérrima, tan dependiente del arbitrio de las dos partes contratantes. El pensador discreto no suele afirmar que es positivamente forzosa una relación si no encuentra en ella promiscuidades violentas. Mas ¿dónde está la violencia aquí?

En segundo lugar, no procede siquiera lo de comparar el jugador que expone su fortuna en el tapete verde, con el ladrón que expone su existencia en la encrucijada de un camino. El jugador no fuerza al adversario ni aun cuando le gana, y el bandido comete una tropelía y ataca la voluntad de una persona, ya robe simplemente, ya tenga que matar, ya le toque morir. Pero lo más curioso es la consecuencia que el P. Coloma saca por escotillón al afirmar, con la seguridad que da el «sentido común» que «la vida, aunque sea de un facineroso, vale más que el dinero.» ¿Quién ha dicho que vale más? ¿Cómo se demuestra ese valor? ¿Acaso la experiencia contradice la posposición de la vida al dinero? Al contrario, concuerda muy bien con esta idea, pues, cuando menos, desde el punto de vista de los hechos, es indudable que la generalidad de los hombres ama más el dinero que la vida. Hay obstáculos inmensos, imposibilidades á veces de conseguir del mejor de nuestros camaradas una parte de su caudal para salir de un apuro; no hay ninguno para esperar del más furibundo de nuestros adversarios la exposición de su existencia en un trance de muerte. ¡Cuántos hom-

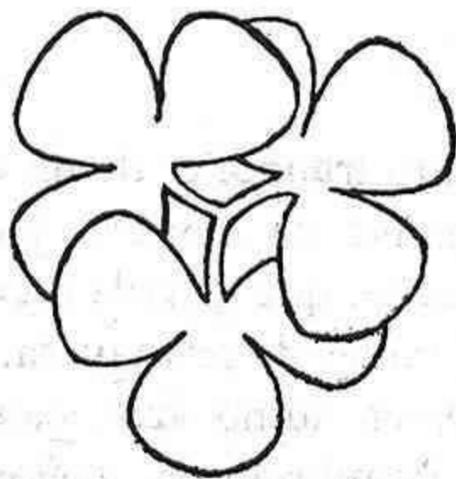
bres sufren un desafío por vindicar el honor de un compañero! ¡Qué pocos, sin embargo, sacrificarían en obsequio del mismo su capital! A las olas y á las llamas se arrojan con frecuencia por salvar á un semejante suyo individuos que, á sangre fría, carecerían de coraje para dar de una vez una peseta á un pobre. Lo mismo sucede respecto á los en que estas liberalidades recaen; se aprecia más el préstamo oportuno de una cantidad que nos libra de la vergüenza ó de la deshonra, que la intervención de un valiente que arriesga su pellejo por salvar el nuestro. ¿Ni cómo podía ser de otro modo? ¿Por ventura no es el dinero la condición esencial de la subsistencia de la vida? ¿Qué vale esta última sin la posibilidad de conservarse? Por otra parte, para ofrecer á otro la vida, basta querer ¡y esto es cosa tan fácil!, mientras que para ofrecerle dinero hay que tenerlo, y esto es ventaja de que no disfrutan todos. El acróbata, el domador de fieras, el obrero encaramado en la estrecha tabla de un andamiaje, el intrépido minero que penetra en las entrañas de la tierra, comprometen á *perpetuitate* su vida por un miserable puñado de dinero. Los espíritus superficiales, como recuerda Valera, admiran el temple de alma de un Edgardo matándose por Lucía de Lammermoor, ó un Don Suro de Quiñones sacrificándose por la señora de sus pensamientos; pero la verdad es que todo ese sacrificio es una cosa trivial, que sin ostentación ni aparato hace el último perdido por ganar unas cuantas pesetas.

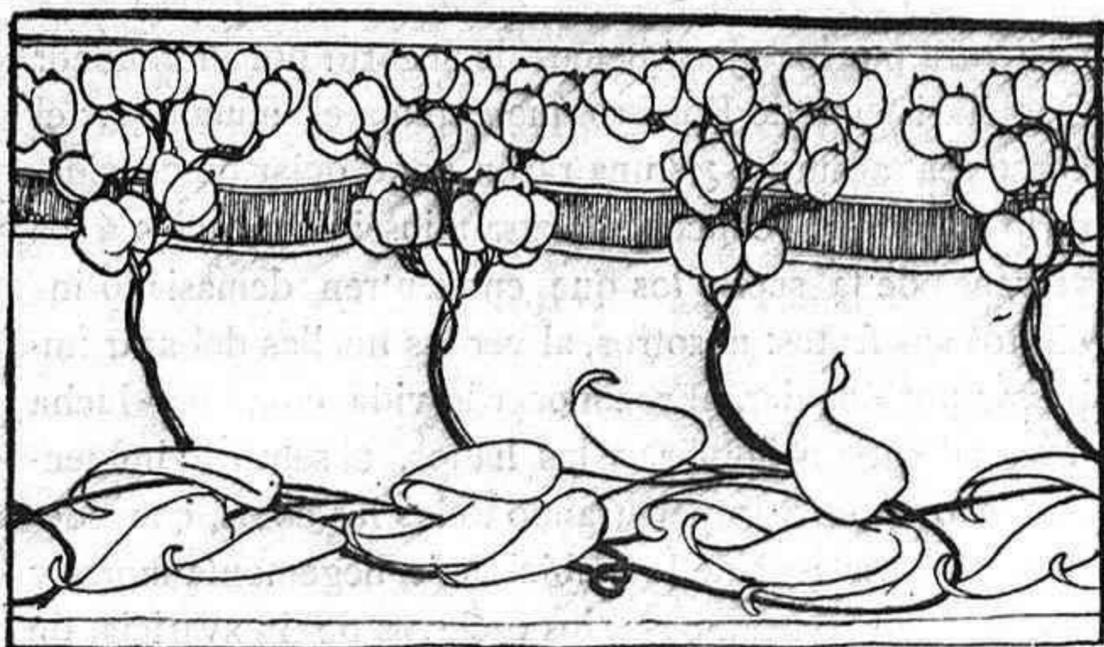
En presencia de tales hechos, no tenemos razón alguna para seguir considerando el juego como patrimonio de almas ruines y bajas. El jugador es grande, de una grandeza suprema, porque entre las generaciones positivistas y utilitarias es la única excepción honrosa que sacrifica y arriesga lo que vale más que la vida, lo que es la palanca más poderosa de ella, el dinero. Se replica que lo hace por ambición; pero ¿hay, después de la necesidad de saber, alguna pasión que haya hecho tanto bien á la humanidad como la ambición, como la sed de riquezas y el amor culpable al oro? ¡Y qué diferencia entre el desin-

terés de quien lo juega y la mezquindad de quien lo acapara! Que ningún jugador se ha enriquecido, arguyen todavía. Y bien, ¿no asombra esto más? ¿No maravilla que á pesar de la experiencia constante que atestigua que todos los productos del juego se los lleva la trampa y que ningún beneficio sacan de él los individuos, veamos, sin embargo, al ambicioso continuar engolfado en un vicio que no distrae, que no recrea, que más bien cansa y aburre y que no deja, después de haber perdido, ni aun el consuelo de haber pasado un buen rato, como con los demás vicios ocurre? Por mi parte, aunque profano á los azares del tapete verde, cada vez que reflexiono sobre su significación, más admiro la nobleza, la fría sublimidad, la enormidad de espíritu de esos hombres obcecados que persiguen un fantasma, que juegan y juegan sin interrupción sabiendo el desgraciado fin que les espera, no ignorando que en el juego no hay gananciosos perpétuos, que el Dios Azar iguala y equilibra todos los valores arriesgados por los individuos en la indeterminada repartición de las ganancias. Admirable *mehrwert* capitalista que no explicaría el mismo Marx.

Y bien miradas las cosas, ¿no es la idea del juego la que late implícita en el fondo de todos los medios de vivir y de todas las formas de ganar, según las concibe la civilización influyente de los tiempos modernos? Fuera de los empleados, de los aristócratas vetustos, de los amantes del reposo, fuera de esas prolongaciones de la inercia medioeval, ¿quién hay que no se muestre jugador, y hasta tramposo, en la gran timba social de las acciones, de los empréstitos, del papel del Estado, de las especulaciones de la Bolsa? ¿Es esto algún *dolce far niente* acaso? ¿No parece más bien un baile de locos en un manicomio? El bolsista, juega; el banquero, juega; el industrial, reducido á sostenerse tan sólo por sus propios arriesgos, juega; y hasta el humilde comerciante, al resolver en una exposición de productos que acaso á nadie llamen la atención su pobre capital, juega y se pone en mano de los albuces del destino. Y si esto es así, si lo estamos viendo, si se

nos entra por los ojos, ¿hemos de negarlo por moralidad? Que el sistema de Epicuro que explica el mundo por el acaso sea absurdo, ¿es una razón para dejar de considerarlo como una concepción grandiosa? Renuncien á los vaivenes de la suerte los que encuentren demasiado inciertos sus frutos: nosotros, al ver las huellas del azar impresas por doquier, al reconocer la vida como una lucha desigual entre el hombre y los hados, al sentir la influencia de lo imprevisto penetrando todas las cosas, concedemos á los esclavos de la ambición la hegemonía moral y social y se la negamos á los esclavos de la avaricia, de cualquier especie que sean, propietarios, burgueses, nepotistas, cómo á gente estúpida y refractaria á las grandes luchas del corazón.





❖ JUAN R. JIMENEZ ❖

LOS RINCONES PLÁCIDOS

EN el fondo tranquilo de mi corazón, tengo un remanso de sombra y de cristal, una cueva de ensueño, que guarda recuerdos dorados y fantásticos, valles de primavera, paisajes de aldea esfumados en humo azul, campitos de niño, melancólicos camposantos, cielos estrellados... Es el refugio de mi vida, la sombra dulce y amiga de esta inefable nostalgia de mi alma.

Quando mi cuerpo enfermo y pálido va por las ciudades bulliciosas del mundo, lejos de los jardines nunca vistos y de los amores tristes, el alma dormita por dentro, cansada y aterida, soñando con el oro de la infancia, con la sonrisa y los ojos celestes y la bondad infinita que el viejo y buen mundo tiene para los pobres niños.



Hay á la vuelta de los caminos aldeanos, tapias derruídas de ladrillo viejo, en donde brotan higueras de tronco blando y lechoso y grandes hojas oscuras, y ortigas y jaramago. Cuando yo era niño, iba á ver todas las tardes aquella tapia vieja y ruinosa que destacaba sobre el cielo azul sus ladrillos, teñidos por el oro flotante y rosado del sol poniente. Era el rincón lleno de idilio y de luz, donde íbamos los niños á comer el racimo de uvas, á contar cuentos risueños, á gritar en la dulzura de la primavera, con la alegría de nuestros vestidos blancos y del olvido de nuestros corazones. La tapia tenía un hueco de ventana, con un herraje mohoso y torcido. Y por la antigua ventana se veía el valle con su río brillante, y el pueblo blanco, y la silueta lejana del horizonte...



Hubo nubes de bruma y mucha nieve en el paisaje de mi alma. Se mustió en mi corazón la rosa blanca de los niños; pensó la frente; el oído sintió el ritmo de la sangre, y los ojos miraron á todas partes con fijeza y lentitud. Los ríos tienen remansos de agua verde, quieta y profunda, donde hay ramas que hieren el cristal dormido, y muchas hojas secas. Y á esos remansos se llega por orillas abandonadas, llenas de álamos, de hierba alta y de juncos. En vano aguardamos una barca amiga... Cuando el corazón no tiene mucho frío, el cuerpo espera al crepúsculo, y al dormirse en la bruma la arboleda de la otra orilla—quizás ha nacido la luna y ha cantado un ruiseñor,—la mano arranca distraidamente una rama con flo-

res, y el cuerpo se aleja, bajo la tristeza de la frente, hacia la cueva que tiene en la ciudad despierta y ruidosa...



Una tarde hice unos versos. Por la calle de la aldea iban unos pobres músicos; desde el balcón abierto se veía el cielo, y el tejado de la casa vecina, rosa por el último rayo del sol. Yo sentí en mi alma un brotar de mariposas fragantes. Y sobre mi libro de Historia de España, ó sobre mi Gramática latina, dejé unos versos libres y tristes que tenían lágrimas y campanas de muertos. El corazón no sabía decir por qué se marchitaba. Y lo que yo sentía en mi alma era la tristeza de la música errante y antigua...

Nació la primera rima, donde el corazón llora su nostalgia con un ensueño falso de campanas de muertos... Y siempre ya, cuando he sentido la frente florida é inquieta, he buscado el rincón azul de penumbra del cuarto silencioso, aquel rincón donde hay un sofá viejo, en cuya seda pone el sol la dulce nota de oro de un rayo tardo y frío...



Me llenan de una dulce melancolía esos rincones de jardín de hospital, formados por tapias de ladrillo que se derrumban y por las que las enredaderas han colgado sus finos hilos de hojas. En otoño suele haber en ellos algún banco viejo, porque en las tardes de cielo azul y sol amarillo, los enfermos van á sentarse al amor de su placidez. Cuando viene cayendo la tarde, y en la hierba

dorada y transparente tienden los árboles las sombras alargadas de sus troncos, y por todo el jardín flota un recuerdo divino de primavera, una esencia de alegría más triste que la alegría del alma de mayo, una serenidad que nos hace pensar en los muertos y en los cementerios; esos rincones plácidos se inundan de un encanto infinito: el sol tiene para ellos rayos de un oro sonrosado, y las enredaderas se tiñen también de rosa y de oro, y los ladrillos; y algún geranio que ha florecido entre la hierba, enciende con esa lumbre espiritual su flor roja. Mi mirada lánguida se pierde en el ambiente de elegía de estos rincones, y siempre me acuerdo del pobre Werther, que quiso que lo enterraran en el fondo del cementerio, en aquel rincón en que había unos tilos.





❖ ❖ RUBEN DARIO ❖ ❖

UN SONETO A CERVANTES

Á RICARDO CALVO

*Horas de pesadumbre y de tristeza
Paso en mi soledad. Pero Cervantes
Es buen amigo. Endulza mis instantes
Ásperos, y reposa mi cabeza.*

*El es la vida y la naturaleza,
Regala un yelmo de oro y de diamantes
Á mis sueños errantes.*

Es para mí: suspira, ríe y reza.

*Cristiano y amoroso y caballero,
Parla como un arroyo cristalino;
Así le admiro y quiero.*

*Viendo cómo el destino
Hace que regocije al mundo entero
La tristeza inmortal de ser divino.*

París, 1903.

EÇA DE QUEIROZ ❖ DE

LA CORRESPONDENCIA

DE FADRIQUE MENDES

À BENITO DE S...

MI querido Benito: Tu idea de fundar un periódico es dañina y execrable. Lanzando, en lujosa impresión, con telegramas y crónicas, otra «de esas hojas impresas que aparecen todas las mañanas», como dice tan asustado y púdicamente el Arzobispo de París, contribuirás á que en tu tiempo y en tu tierra se multipliquen los juicios ligeros, se exacerbe la vanidad y se endurezca más la intolerancia. Juicios ligeros, vanidad, intolerancia;— ¡he ahí tres negros pecados sociales que, moralmente, matan una sociedad!— ¡Y tú te preparas alegremente para atizarlos, y con una admirable inconsciencia, como una peste, inoculas en las almas la muerte. Ya, de seguro, el diablo está amontonando más brasa bajo la caldera de pez en que, después del Juicio final, te recocerás y aullarás, mi réprobo Benito!

No pienses que, moralista amargo, exagero, como cualquier San Juan Crisóstomo. Considera antes cómo fué la imprenta, indudablemente, la que, con sus maneras superficiales, livianas y exentas de toda afirmación, de todo juicio, más arraigó en nuestra época el funesto hábito de los juicios ligeros. A la verdad, en todos los siglos se improvisaron opiniones frívolamente: los griegos eran inconsiderados y gárrulos; ya Moisés, en el largo destierro, sufría con el veleidoso murmurar de los hebreos; más nunca, como en nuestro siglo, esa improvisación impudente llegó á ser la natural operación del entendimiento. Con excepción de algunos filósofos esclavizados por el método, y de algunos devotos roídos por el escrúpulo, todos nosotros hoy nos deshabitamos ó, mejor dicho,

nos desembarazamos alegremente del penoso trabajo de comprobar. Con impresiones flúidas formamos nuestras robustas conclusiones. Para juzgar en política el hecho más complejo, nos contentamos, á lo sumo, con un relato mal escuchado en una esquina, en una mañana de viento. Para apreciar en literatura el libro más profundo, rebosante de ideas nuevas, que el amor de muchos años fuertemente encadenó, apenas si nos basta con ojear aquí y allá una página, á través del humo borroso del cigarro. Sobre todo para condenar, nuestra ligereza es detonante. Con qué soberana facilidad declaramos: «Este es un bestia». «Aquél es un canalla.» Para proclamar: «Es un genio», ó «es un santo», oponemos una resistencia más considerable. Pero aun así, cuando una buena digestión, ó la clara luz de un cielo de Mayo, nos inclinan á la benevolencia, concedemos ridículamente, y sólo con lanzar una ojeada distraída sobre el libro, la corona ó la aureola, y empujamos hacia la popularidad á un cualquiera, engalanado de laureles ó nimbado de rayos. Así pasamos nuestro bendito día en estampar rótulos definitivos en la espalda de los hombres y de las cosas. No hay acción individual ó colectiva, personalidad ú obra humana, sobre la cual no estemos prontos á promulgar rotundamente una opinión. Y la opinión tiene siempre por base aquel insignificante aspecto del hecho, del hombre, de la obra, que se escapó á nuestra mirada escurridiza y fortuítá. Por un gesto juzgamos un carácter; por un carácter apreciamos el valor de un pueblo. Un inglés, con quien en otros tiempos jornadaé por el Asia, varón docto, colaborador de revistas, socio de Academias, consideraba á los franceses todos, desde los senadores hasta los barrenderos, como «puercos y ladrones»... ¿Por qué, mi Benito? Porque en casa de un su suegro hubiera un criado, vagamente oriundo de Dijón, que no se mudaba el cuello de la camisa y recogía las colillas. Este inglés ilustra magistralmente la formación escandalosa de nuestras generalizaciones.

¿Y quién ha fomentado en nosotros estos hábitos de

desoladora liviandad? El periódico—el periódico, que ofrece cada mañana, desde la crónica hasta los anuncios, una masa espumante de juicios ligeros, improvisados la víspera, á media noche, por excelentes muchachos que penetran en la redacción, cogen una cuartilla y, sin quitarse siquiera el sombrero, entre el flamear del gas, deciden de dos plumazos sobre todas las cosas de la Tierra y del Cielo. Ya se trate de una revolución del Estado, de la solidez de un Banco, de una Magia ó de un descarriamiento, de un plumazo, con un rasgo, se juzga. Ningún estudio, ningún documento, ninguna certeza. Este mismo domingo, Benito mío, un alto periódico de París, afirmaba, con aplomo del que mucho sabe, comentando la situación económica y política de Portugal, que «¡en Lisboa los hijos de las más ilustres familias de la aristocracia se emplean como *cargadores de la aduana*, y al fin de mes mandan á cobrar las soldadas *por sus lacayos!*» ¿Qué dices á esto—los herederos de las casas históricas de Portugal, cargando pipas de aceite en la casilla del fielato, y conservando criados para ir á cobrarles el salario? Estas pipas, estos hidalgos, estos lacayos de los cargadores, forman una deliciosa y quimérica aduana que menos es de las *Mil y Una Noches* que de las *Mil y Una Barbaridades*. ¡Pues así lo enseñó un respetable diario, rico, bien provisto de Enciclopedias, de Mapas, de Estadísticas, de Teléfonos, de Telégrafos, con una redacción muy erudita pingüemente remunerada, que conoce á Europa, pertenece á la Academia de Ciencias Morales y Políticas y legisla en el Senado! Y tú, Benito, en tu periódico, surtido también de Enciclopedias y de Teléfonos, vas, pluma en ristre, á lanzar sobre Francia y sobre China y sobre el desventurado Universo que llegará á ser propiedad tuya, juicios tan sólidos y comprobados como los que aquella bendita gaceta archivó definitivamente acerca de nuestra aduana y de nuestra hidalguía...

Este es el primer pecado, bien negro. Considera ahora otro, más negro. ¡Por el diario, por el reporterismo, que

será su función y su fuerza, tú desenvolverás, en tu tiempo y en tu tierra, todos los males de la Vanidad! El reporterismo—bien lo sé,—es un útil abastecedor de la Historia. Ciertamente fué importantísimo saber si la nariz de Cleopatra era aguileña ó chata, porque de la estructura de esa nariz dependieron, durante algún tiempo, de Filipo á Accio, los destinos del Universo. Y cuantos más detalles revele la honda indagatoria de los *reporters* sobre el Sr. Renan, sus muebles y su ropa blanca, tantos más elementos positivos poseerá el siglo xx para reconstruir con firmeza la personalidad del autor de los *Orígenes del Cristianismo*, y, á través de ella, comprender la obra. ¡Pero, el reporterismo, tal como hoy se ejerce, menos sobre los que influyen en los negocios del Mundo ó en las direcciones del Pensamiento, que, como dice la Biblia, sobre toda «suerte y condición de gente vana», desde los *jockeys* hasta los asesinos, es un afán de reprensible publicidad que concurre poco á la documentación de la historia, y sí mucho, prodigiosamente, escandalosamente, á la propagación de las vanidades!

El periódico es, con efecto, el soplete incansable que aviva la hoguera de la vanidad humana, irritando y esparciendo su llama. ¡Es de todos los tiempos esta triste vanidad humana! Ya sobre ella gimió el gemebundo Salomón, y por ella se perdió Alcibiades, el mayor de los griegos. Indiscutiblemente, Benito mío, nunca fué, sin embargo, la vanidad un motor tan impulsivo del pensamiento y de la conducta como en este condenado siglo xix. En el presente estado de la civilización, ruidosa y vacua, todo deriva de vanidad, todo tiende á vanidad. ¡Y la forma nueva de la vanidad para el civilizado consiste en ver su rico nombre impreso en el periódico, su rica persona comentada en el periódico! ¡Venir en el periódico! ¡He ahí la impaciente aspiración y la recompensa suprema de hoy! En los tiempos aristocráticos el esfuerzo era obtener, sino el favor, al menos la sonrisa del Príncipe. En nuestras democracias, el ansia de la mayoría de los mortales es alcanzar en siete líneas la alabanza del periód-

dico. Para conquistarse esas siete benditas líneas, los hombres practican todas las acciones—hasta las buenas. ¡Hasta las buenas, Benito mío! «Nuestro generoso amigo Z...» sólo manda los cien mil *reis* á Creche para que la gaceta exalte los cien mil *reis* de Z..., nuestro amigo generoso. Ni siquiera es necesario que las siete líneas contengan mucha miel y mucho incienso: basta que pongan el nombre en evidencia, bien resaltante, en esa tinta negra cuyo brillo es más apetecido que el viejo nimbo aureo del tiempo de las Santidades. Y no hay clase que no esté devorada por esta hambre mortal del reclamo. Tan sañudamente roe á los seres amigos de la exterioridad y de lo mundano como á los que parecen amar en la vida, como su forma más acabada, la quietud y el silencio... Entramos en la Cuaresma (entre la ceniza y con ceniza te estoy moralizando). Ahora, en estas semanas de duelo, surgen los Padres de la Orden de Predicadores, del fondo de sus claustros, á predicar en nuestros púlpitos de París. ¿Y por qué esos sermones sensacionales, de un arte profano y teatral, con exhibiciones de psicología amorosa, con afectaciones de anarquismo evangélico, y tan fomentadores de escándalo que París corre más golosamente á Notre-Dame en tarde de Domingo que á la Comedia Francesa en noche de Coquelin? Porque los monjes, hijos de Santo Domingo, quieren setenta líneas en los periódicos del Boulevard, y toda la celebridad de los histriones. El periódico extiende sobre el mundo sus dos hojas, salpicadas de negro, como aquellas dos alas con que los iconografistas del siglo xv representaban la Lujuria y la Gula: y el Mundo todo se reúne junto al periódico, se quiere agachar bajo esas dos alas que le lleven á la gloria y le difundan el nombre por el aire sonoro. Y por esa gloria menguada se pierden los hombres, se envilecen las mujeres, y los políticos desbaratan el orden del Estado, y los artistas incurren en la extravagancia estética, y los sabios alardean de teorías abracadabrantas, y de todas partes, en todos los géneros, surge la horda ululante de los charlatanes... ¡Cómo me voy volviendo altilocuen-

te y soneante!...) ¡Pero es, verdad, mi querido Benito! ¡Mira cuántos prefieren ser injuriados á ser ignorados! (Hombres de letras, poetisas, dentistas, etc.) El propio mal apetece las siete líneas que lo maldicen. Por venir en el periódico, hay asesinos que asesinan. Hasta el viejo instinto de conservación cede al nuevo instinto de notoriedad: y hay quien ante un funeral convertido en apotheosis por la abundancia de las coronas, de los coches y de los lagrimeos oratorios, se muerde los labios pensativo, y desea ser el muerto.

Este verano, una mañana á primera hora entré en una taberna de Montmartre á comprar fósforos. Frente al mostrador, ante dos copas de vino blanco, un bergante que por la chata nariz, el bigote hirsuto y colgante, y el gorrete de piel de nutria, parecía (y era) un Humno, un superviviente de las hordas de Alarico,—gritaba triunfalmente á otro vago imberbe y lívido, á quien arrancaba de las manos un periódico:

—¡Es verdad, con todas sus letras, mi nombre todo! en la segunda columna, en la parte superior, dice: *Ayer, un infame é innoble bandido...* ¡Soy yo! ¡El nombre entero!

Y dirigió lentamente en derredor una mirada triunfadora. He ahí, como ahora se dice tan alambicadamente, un «estado de alma». Tú, Benito, vas á crear de estos estados.

Considera después el último pecado, negrísimo... Tú fundas, con tu nuevo periódico, una nueva escuela de Intolerancia. En torno de ti, de tu partido, de tus amigos, alzas un muro de piedra menuda y bien cimentada; aquende ese muro, donde plantas tu banderola con el lema acostumbrado de *imparcialidad, desinterés*, etc., sólo habrá, según Benito y su periódico, inteligencia, dignidad, saber, energía, civismo; allende ese muro, según el periódico de Benito, sólo habrá necesariamente sandez, vileza, inercia, egoísmo, tráfico vill! La disciplina del partido (y para agradarte, tomo *partido*, en su sentido más amplio, abarcando la Literatura, la Filosofía, etc.), es la

que te impone fatalmente esta divertida separación de las virtudes y de los vicios. Desde el momento que penetras en la batalla, nunca podrás admitir que la Razón, ó la Justicia, ó la Utilidad, se encuentran del lado de aquellos contra quienes descargas por la mañana tu metralla silbante de adjetivos y verbos; porque entonces, la decencia, sino ya la conciencia, te forzarían á saltar el muro y desertar, marchándote al campo de esos justos. Has de sustentar, por el contrario, que son maléficos, irracionales, viejos y que merecen el dardo con que los traspasas. Desde las suelas de los pies hasta tus raros cabellos, Benito mío, te hundes en la intolerancia. Toda idea que se eleve detrás del muro, la considerarás como funesta, sin examen, sólo porque se irguió diez cuartas más del lado de los otros, que son los réprobos, y no del lado de los tuyos, que son los elegidos. ¿Realizan esos otros una obra? Benito no perdonará prosa en sus cuartillas, ni músculo en su cuerpo para que perezca; y si por entre las piedras que tira, casualmente entrevé en ella alguna belleza, alguna utilidad, apresurará más furiosamente su demolición, porque sería mortificante para sus amigos que naciese algo útil ó bello de sus enemigos y que viviese. En los hombres que vagan al otro lado de tu muro, sólo verás pecadores, y aun cuando entre ellos reconocieses á San Francisco de Asís, distribuyendo á los pobres las últimas colectas de la Porciúncula, esconderías el rostro para que no te avergonzase tanta santidad, y gritarías más sañudamente:—«¡Allí anda aquel malandrín repartiendo con los vagabundos el dinero que robó!»

Así serás en tu periódico. Y en torno de ti, los que lo compran y lo adoptan, lenta y moralmente se han formado á tu imagen y semejanza. Todo el periódico destila intolerancia, como un alambique destila alcohol, y cada mañana las multitudes se envenenan hasta el gáznate con ese veneno capcioso. Por la acción del periódico se exacerbaban todos los viejos conflictos del mundo; por la acción del periódico, las almas deseangelizadas se hacen

más rebeldes á la indulgencia, la sociabilidad suaviza y pulimenta todas las divergencias humanas, como el río pulimenta y alisa todos los guijarros que con él ruedan, y la humanidad, hecha dulcemente sociable por la vejez y por una amplia cultura, tendería á una suprema pacificación, si cada mañana el periódico no avivase los odios de principios, de clases, de razas, y, con sus gritos, los azuzase como se azuza á los mastines para que se enfurezcan y muerdan. El periódico ejerce hoy todas las funciones malignas del difunto Satanás, de quien heredó la ubicuidad, y es no sólo padre de la mentira, sino también el padre de la discordia. Es él quien, por un lado, inflama las exigencias más voraces, y por otro suministra piedra y cal á las resistencias más inícuas. Mira cuando entre dos naciones bruscamente chocan los intereses, ó cuando, en el orden espiritual, dos credos se declaran en hostilidad: el primer instinto de los hombres, á quienes el abuso de la civilización material ha hecho muelles y poco marciales, es murmurar: ¡paz! ¡juicio! y extender las manos unos hacia otros con ese gesto hereditario que da origen á los pactos. Mas surge luego el periódico, irritado como la furia antigua, que los separa y les infunde en el alma la intransigencia y los arrastra á la batalla é hincha el aire de tumulto y de polvo.

El periódico mató la paz en la tierra. Y no sólo atiza las cuestiones yacentes como haces de leña, hasta que de ellas salte nuevamente una llama furiosa, sino que inventa disensiones nuevas, como ese antisemitismo naciente que repetirá, antes que acabe el siglo, las sanas crónicas y brutales persecuciones medioevales. Además, el periódico...

Pero, ¡escucha! ¡Las once! Once horas ligeras están danzando en mi antiguo reloj el minué de Gluck. Y esta carta ya va, como la de Tiberio, muy tremenda y verbosa, *verbosa et tremenda epistola*; y yo tengo prisa de concluirla, para ir, antes del almuerzo, á leer mis periódicos con delicia.—Tuyo, *Fadrique*.

Á M. BERTRAND B., INGENIERO EN PA-
LESTINA

Paris, Abril.

Mi caro Bertrand: Muy irónicamente, hoy, domingo de Resurrección, en que los cielos contentos se visten pascualmente con casulla de oro y azul, y los macizos de lilas nuevas perfuman mi jardín para santificarlo, llégame tu horrenda carta contando que terminaste los planos para el trazado del *Camino de hierro de Jaffa á Jerusalem*. ¡Y triunfas! Seguro estoy de que, con las botas de montar enterradas en el polvo de Josafat, el quitasol descansando sobre la piedra sepulcral de un profeta, el lápiz errante sobre el papel, sonríes, te dilatas, y, á través de los lentes ahumados, contemplas marcada por jalones, la *línea* donde, en breve, humeando y rugiendo, rodará, desde la antigua Jeppo, hasta la antigua Sión, el negro convoy de tu negra obra. En derredor, los accionistas, limpiándose el sudor, descorchan las garrafas de cerveza festiva. Y detrás de vosotros, tieso, arrimado á las murallas de Herodes, el Progreso, cubierto de broncea cota, también triunfa, resfregándose con ásperos estallidos, sus rígidas manos de hierro fundido.

Harto siento llegar á comprender tu escandaloso trazado, ¡oh, hijo predilecto y fatal de la Escuela de caminos, canales y puertos! No necesito ese plano con que me deslumbras, ese plano formado de líneas escarlata, que semejan golpes de una faca vil sobre una carne noble. Y en Jaffa, en la antiquísima Jeppo, ya heroica y santa antes del Diluvio, instalarás tu primera estación, con los talleres, la carbon era, el almacén de equipajes, la campana y el jefe de gorra engalonada; entre naranjos ensalzados en los versículos evangélicos, entre aquellos naranjos por donde San Pedro, llamado por unas mujeres, resucitó á Dorcas, la buena tejedora, ayudándola á salir del sepulcro. Partiendo de ahí, de ese lugar santo, la locomotora, con su primera clase forrada de gutapercha, atraviesa descaradamente la planicie de Saaron, tan amada del cielo

que ni á las brutales pisadas de las hordas filisteas fué dado marchitar las anémonas y rosas que la engalanan. Corre á través de Beth-Dagón, y misturas de carbonilla de Cardiff con el vetusto polvo del Templo de Baal, que Sansón, mudo y angustiado, derrocó moviendo los hombros. Corre sobre Lydda y ensordece con sus bramidos al gran San Jorge que, aun guarnecido de su coraza, empenachado, y con el guante en la espada, duerme allí su sueño terrestre. Toma agua, por un tubo de cuero, en el Pozo Santo donde la Virgen, en su huída á Egipto, reposando bajo la higuera, dió de beber al Niño. Párase en Ramleh, que es la antigua Arimatea (*¡Arimatea, quince minutos de parada!*), la aldea de los huertos dulces y del hombre dulce que enterró al Señor. Horada por túneles humosos, las colinas de Judá, donde lloraron los profetas. Rompe por entre las ruinas que fueron la ciudadela y después la sepultura de los Macabeos. Va dea, por un puente de hierro, el torrente en que David, errante, escogía piedras para su honda, derrumbadora de mónstruos. Da caprichosos rodeos por el valle que habitó Jeremías. Sube á Emaús, salta el Cedrón, y se detiene al fin, sudorosa y oliendo á aceite, manchada de herrumbre, en el valle de Henmom, en el *terminus* de Jerusalem.

Ahora bien, mi buen Bertrand: ¡yo que no soy alumno de la Escuela de Caminos, Canales y Puertos, ni accionista de la *Compañía de los Caminos de Hierro de Palestina*, y apenas si me puedo llamar nostálgico peregrino de esos lugares adorables, considero que tu obra civilizadora es una obra de profanación! ¡Bien lo sé, ingeniero! San Pedro resucitando á la vieja Dorcas; la floescencia milagrosa de los rosales de Saaron; el Niño bebiendo, en la huída á Egipto, á la sombra de los árboles que los ángeles iban sembrando á su paso, son fábulas... Pero son fábulas que há dos mil años dan encanto, esperanza, abrigo consolador y energía para vivir á una tercera parte de la Humanidad. Los lugares donde sucedieron esas historias, á la verdad muy sencillas y muy humanas, que después, por la necesidad de lo Divino que siente

el alma, se transformaran en la tan linda mitología cristiana, son venerables. En ellos vivieron, combatieron, enseñaron, padecieron, desde Jacob hasta San Pablo, todos los seres excepcionales que hoy pueblan el cielo. Jehovah, sólo entre esos montes se mostraba, con terrífico esplendor, cuando visitaba á los hombres. Jesús descendiera á esos valles pensativos para renovar el mundo. Siempre fué la Palestina residencia preferida de la Divinidad. Nada de material debía, por tanto, turbar aquel espiritual recogimiento. Y es sensible que la humareda del Progreso macule una atmósfera que conserva el perfume del vuelo de los ángeles, y que sus pies de hierro revuelvan el polvo donde aún no se borraron las pisadas divinas.

Tu sonríes y acusas precisamente á la vieja Palestina de ser una incorregible fuente de ilusión. Mas la ilusión, Bertrand amigo, es tan útil como la certeza: y en la formación de todo espíritu para que sea completo, deben entrar del mismo modo los Cuentos de Hadas y los Problemas de Euclides. Destruir la influencia religiosa y poética de la Tierra Santa, tanto en los corazones sencillos como en las inteligencias cultivadas, es un retroceso en la Civilización, en la Verdad, en aquella de que tú no eres obrero, que tiene por mejor esfuerzo perfeccionar el alma que reforzar el cuerpo, y, hasta por el lado de la utilidad, considera un sentimiento más útil que una máquina.

Pues bien: las locomotoras maniobrando por la Judea y Galilea, con su materialidad de carbón y hierro, su desenvolvimiento inevitable de hoteles, ómnibus, billares y luz eléctrica, destruyen irremediablemente el poder emotivo de la Tierra de los Milagros, porque la modernizan, la industrializan, la banalizan...

Ese poder, esa influencia espiritual de Palestina, ¿de qué provenía? De haberse conservado, á través de estos cuatro mil años, inmutablemente *bíblica* y *evagénlica*.. Ciertamente que sobrevinieron mudanzas en Israel; la administración turca tiene menos esplendor que la adminis-

tración romana; de los verjeles y jardines que cercaban á Jerusalem sólo quedan peñascos y ortigas; las ciudades perdieron su heroísmo de ciudadelas; el vino es raro; todo el saber se extinguió, y no dudo que, en Sión, en alguna barraca de mercader levantino, se baile, en las noches de luna, el vals de *Madame Angot*.

Pero la vida íntima, en su forma rural, urbana ó nómada, los modales, las costumbres, las ceremonias, los trajes, los utensilios, todo sigue como en los tiempos de Abraham y en los tiempos de Jesús. Entrar en Palestina es penetrar en una Biblia viva. Las tiendas de piel de cabra plantadas á la sombra de los sicomoros, el pastor apoyado en su alta cayada, seguido del rebaño; las mujeres, veladas de amarillo ó blanco, cantando camino de la fuente, con su cántaro al hombro; el montañés apuntando con su honda á las águilas; los viejos sentados á las puertas de las ciudades muradas, gozando la frescura de la tarde; las claras terrazas llenas de palomas; el escriba que pasa con su tintero colgado de una correa; las esclavas moliendo el grano; el hombre de largos cabellos nazarenos que nos saluda con la palabra de *paz* y que conversa por parábolas; la hospedera que nos acoge, trayendo un tapiz para hacernos pasar ante el vestíbulo de la mansión; las procesiones nupciales y las danzas lentas al cascabelear de las panderetas, y las plañideras en torno á los sepulcros callados, todo transporta al peregrino á la vieja Judea de las Escrituras, y de un modo tan presente y real que á cada momento dudamos si aquella grácil y morena mujer (con grandes arracadas de oro y exhalando de sus vestidos aroma de sándalo) es portadora de un corderillo, no será Raquel, ó si, entre los hombres sentados á la sombra de la higuera y de la viña, aquél de corta barba rizada, que alza el brazo, no será Jesús enseñando.

Esta sensación, preciosa para el creyente, es también preciosa para el intelectual, porque lo pone en comunión flagrante con uno de los dos momentos más maravillosos que se sorprenden en la Historia Humana. Verdad es

que nos parecería igualmente interesante (más interesante tal vez) poder sentir esa misma emoción en Grecia, y que encontrásemos allí, en sus trajes, en sus maneras y en su sociabilidad, la gran Atenas de Pericles. Infelizmente, esa Atenas incomparable está muerta, sepultada para siempre, deshecha en polvo, bajo la Atenas romana y la Atenas bizantina, y la Atenas bárbara, y la Atenas musulmana, y la Atenas constitucional y sórdida. Por todas partes está así el viejo escenario de la historia: destrozado y en ruinas. Los mismos montes perdieron á lo que parece su configuración clásica, y nadie puede encontrar en el Lacio el río y el fresco valle que Virgilio habitó y tan virgilianamente cantó. Un solo sitio en la tierra conservaba aún los aspectos, las costumbres con que lo habían visto y de que habían participado los hombres que dieran al mundo una de sus más altas transformaciones, y ese sitio era un pedazo de Judea, de Samaria y de Galilea. Si fuese groseramente modernizado, nivelado, con arreglo al prototipo social, querido del siglo, como lo es el distrito de Liverpool ó el departamento de Marsella, y si de esta suerte desapareciese para siempre la oportunidad educadora de ver una gran imagen del pasado, ¡qué profanación, qué devastación brutal y bárbara! Y perdiendo esa forma superviviente de las civilizaciones antiguas, el tesoro de nuestro saber y de nuestra inspiración queda irreparablemente disminuído.

Nadie seguramente aprecia y venera más que yo un camino de hierro, Bertrand amigo;—y seríame muy penoso tener que viajar de París á Burdeos, como Jesús subía del valle de Jericó á Jerusalem, cabalgando en un asno. Las cosas más útiles, sin embargo, son inoportunas y hasta escandalosas cuando invaden groseramente lugares que no les son congéneres. Nada más necesario á la vida que un *restaurant*: y nadie por más descreído é irreverente que sea, desearía que se instalase un *restaurant* con sus mesillas, su estridor de platos y sus guisados—en las naves de Nôtre Dame ó en la antigua Catedral de Coimbra. Un camino de hierro entre París y Burdeos es

obra laudable. Entre Jericó y Jerusalem basta la yegua ligera que se alquila por dos dragmas y la tienda de lona que se planta, á la tarde, entre los palmares á orillas de un agua clara, y donde tan santamente se duerme bajo la paz radiante de las estrellas de Siria.

Y las cosas que precisamente hacen el encanto de la jornada y atraen al hombre de gusto que ama las emociones delicadas de la Naturaleza, la Historia y el Arte, son esa tienda, el camello grave que acarrea los fardos, la escolta flameante de beduinos, las llanuras del desierto por donde se galopa con el alma saturada de libertad, el lirio de Salomón que se coge en las hendiduras de una ruina sagrada, los frescos parajes junto á los pozos bíblicos y las remembranzas del Pasado, por la noche, en torno á la hoguera del campamento. Cuando se parta de Jerusalem para Galilea en un vagón estridente y lleno de polvo, acaso nadie emprenda la peregrinación magnífica—á no ser el diestro *commisvoyageur* que va á vender por los bazares telas de Manchester ó paños de Sedán.

Tu negro convoy rodará vacío. ¡Qué pura alegría para todos los entendimientos cultos—que no sean accionistas de los *Caminos de hierro de Palestina!*...

Mas sosiégate, Bertrand, ingeniero y accionista. Los hombres, hasta los que mejor sirven al Ideal, nunca resisten á las tentaciones sensualistas del Progreso. Si de un lado, á la salida de Jaffa, la propia caravana de la Reina de Sabá, con sus elefantes y onagros, con sus estandartes y liras y los siervos coronados de anémonas, y todos los equipajes repletos de piedras preciosas y bálsamos, impregnados de poesía y de leyenda, se ofreciese al hombre del siglo XIX para conducirlo lentamente á Jerusalem y dejarlo en el palacio de Salomón—y, de otro lado, un ferrocarril, silbando, con las portezuelas abiertas, le prometiese la misma jornada, sin insolaciones ni barrancos, á 20 kilómetros por hora, con billete de ida y vuelta, ese hombre, prescindiendo de su intelectualidad y de su erudición artística, cogería su sombrerera y se

metería á toda prisa en el vagón, donde pudiese descalzar las botas y dormir panza arriba.

Por eso tu maligna obra ha de prosperar en virtud de su misma malignidad. Y dentro de pocos años, el occidental positivo que, por la mañana, parta de la antigua Jeppo, en su vagón de 1.^a clase, y compre en la estación de Gaza la *Gaceta Liberal del Sinaí* y coma divertidamente en Ramleh, en el *Gran Hotel de los Macabeos*,—irá, por la noche, en Jerusalem, atravesando la *Vía Dolorosa* iluminada por la electricidad, á beber un *bock* y jugar tres carambolas en el *Casino del Santo Sepulcro*.

Esa será tu hazaña—y el fin de la leyenda cristiana.
¡Adiós, monstruo!—*Fadrigue*.





FRANCISCO ACEBAL ❖

❖ ❖ LA GUERRA (1)

LA impresión más horrenda de la guerra yo la experimenté visitando una fábrica de artefactos de guerra. Y, sin embargo, aquello era tranquilo, *pacífico* y sereno. Era una fábrica, como cualquier fábrica; el mismo estrépito, las mismas negruras, los mismos hedores, las mismas lumbradas. De allí salían, después de muchas maniobras y manipuleos, las piezas bellas y relumbrantes, como salen las de todas las industrias; y salidas de los moldes ó de los troqueles se enfilan en ringleras largas, donde un mismo objeto se repite veces y veces con tediosa monotonía. Y después estos objetos que relucen flamantes, recién bruñidos, son trasegados á vagones y los vagones los reparten, los dispersan y los aventan, los llevan hasta los últimos confines del mundo. Contentándose con mirar la costra de las cosas, lo que en aquella fábrica se veía era una nueva edición del moderno poema de la industria, del trabajo, del comercio humano. Todo aquello parecía puesto bajo la protección de Mercurio más que de Marte.

(1) Prólogo escrito para el drama de Pablo Jacinto Loysón *El evangelio de sangre*, traducido al castellano por los Sres. Ródenas y Abril, y próximo á publicarse.

Los obreros realizaban su faena con la serenidad y el compás del trabajo más inofensivo; los jefes de taller me explicaban, con gravedad pachorruda, las labores, y el director de la manufactura me conducía de sección en sección, con cara bondadosa y risueña, satisfecho, regodeándose en su obra. Todo era plácido, medido y acompasado; pero á mí, desde que traspuse el umbral, toda aquella placidez, medida y mesura me estremecía y me espeluznaba. Cañones grandes, con las paredes recias y el alma en espiral estrecha y retorcida, ó cañoncitos diminutos, bellos, traidorzuelos, laborados con primor y con lindeza, ó proyectiles de formas elegantes, tramposos y arteros. No; no me engañaban las bellas formas, las dulces sonrisas, el compás, la medida, la mesura. Aquella no era una industria de vida, sino de muerte; el *artículo* que vomitaban aquellas maquinarias eran instrumentos de exterminio que ponían en mi ánimo pavor y miedo.

Yo no vi nunca aquellos artefactos en actividad; jamás los vi vomitando fuego, cumpliendo su mortífera misión; yo, el ser menos guerrero, el que no siente en su sangre esos bélicos impulsos que arrebatan y enardecen, yo creo que en el fragor de una batalla, cuando los cañones de paredes recias se recalientan, también las almas de los hombres se recalientan y la violencia cegadora quitará de delante lo hórrido, lo cruento, lo inhumano. Nubes de humo celarán lo sangriento y carnicero á los ojos de la cara; nubes de obcecación celarán la vileza y la crueldad á los ojos del alma. Sobre el campo de batalla sacudirán á los hombres pasiones acidonadas, pujantes y arrebatadoras; le impulsarán fuerzas ignoradas; pero el horror, el espanto, los movimientos humanos, no serán sentidos en aquellos momentos. Entonces hasta el cañón tendrá arrogancia, poder y belleza.

Yo veía en frío los aparatos de la guerra; veía en paz el *instrumental* horrendo sin ofuscaciones que me cegaran. La misma mansedumbre de aquellas filas de cañones me dejaba ver claro, patente, el cruento fin que los echó al mundo. Al visitar una casa de fieras vemos al

tigre mansote ó la puma acorralada, en forzosa inofensión tras los barrotes de hierro, y aun así sentimos un instante el estremecimiento, el escalofrío, y sin haberla visitado nunca nos viene á la mente visión de llanura africana. Las armas que yo vi limpias, vírgenes, recién forjadas, evocaron escenas de sangre y de horror tan crueles como nunca en los pacíficos días de mi vida las había presentado. No atronaban el espacio con sus rumbos; hablaban quedo, pero hablaban claro.

Desde aquella visita tengo formado un concepto de la guerra que no varía; pero perfecciona mucho el que hasta entonces tuve. Por eso salí de allí con pesadumbre y con el arrepentimiento de haber entrado. Hasta los honrados obreros que iban dando forma entre sus manos á aquellos instrumentos me inspiraron invencible aversión, confundiéndolo todo, personas y cosas, en una misma inconsciente antipatía.

Pero al salir de la fábrica á campo raso, la inconstancia de las cosas humanas trastornó de golpe el curso de mis ideas. En los prados verdes, al frescor de unos árboles viejos y copudos que sombrean el camino, esperaban unas mujeres á sus maridos, á sus padres, á sus hermanos, con la cesta de la comida. Era la hora del medio día. Eran pobres mujeres que aguardaban pacientes para yantar sobre la frescura de la yerba y bajo la frescura del árbol. Yantarían con los suyos; con la alegría en el alma, con la paz en el alma. Pasé lento; las fuí viendo una por una. Eran jóvenes casi todas; algunas eran viejas; vi tres ó cuatro adolescentes. Todas tenían la cesta á su vera. Algunas, además de la cesta, tenían á su vera pequeñuelos regordetes, rebajuelos, montoncitos de carne blanca, blanda, rosada. Pero es el caso, señor, que yo al ver á estas mujeres que apretaban contra el seno á los mamoncillos tiernos, de carnes blancas, blandas y rosadas, pensaba en los cañones grandes, recios, de alma estrecha y retorcida. Algunas madres besuqueaban las cabezas redondas de los rorros. Una mujer tenía á su alrededor poyada de cuatro chicuelos; los cuatro eran rollizos y

eran rubios. En el instante que los vi, dejé de pensar en los cañones y me dí á pensar en los proyectiles primorosos, elegantes y arteros. La madre no debía pensar en estas cosas; la madre al pasar yo acariciaba una de aquellas cabezotas rubias; acariciábala con caricia maternal, con mimo gatuno.

Aceleré el paso, pasé de prisa. Comencé después á relacionar las dos escenas dignas de decorar las dos portecillas de un tríptico; los maridos, los padres, los hermanos que forjan proyectiles y funden cañones; las esposas, las hijas, las hermanas que aguardan serenas, confiadas, tranquilas á los forjadores con la cesta á su lado. Todas tenían la cesta á su lado. La cesta era el nexo de las dos escenas. Una cesta repleta de ricas viandas, de succulentos manjares, explica muchas cosas. Hasta la guerra puede explicarse por una cesta repleta de viandas y manjares.

Aquella visita es el recuerdo más intenso que yo, pacífico ciudadano, tengo de la guerra. Al frente de un libro que habla de la guerra estampo mi recuerdo, porque estampo con él todo el odio que me inspira la guerra.



EMILIO SALA ❖ ❖ ❖

❖ ❖ ❖ ❖ EL COLOR

VI

LA VISION EN EL ARTISTA

EN la visión binocular, el centro del campo visual es más potente que en la monocular. El fondo de visión indirecta aparece más borroso que en aquélla, como si la energía acumulada en la parte central se produjese á expensas de la visión indirecta.

La visión indirecta es la que con más arte ó habilidad debe utilizar el artista, por cuanto le facilita el aspecto general ó conjunto de su obra, alejándola de la enojosa minuciosidad vulgar en que es tan fácil incurrir.

Conociendo esto, suele emplear el recurso de entornar la vista, y este medio, como ya dijimos, si presenta más borrosa y como desenfocada la imagen, tiene el inconveniente de obscurecerla, alterándola como coloración y *transportándola de tono*.

Para conseguir ver con desenfoco sin alteración de color y tono, hay otros medios que cada individuo encontrará en su experiencia personal si observa las relaciones entre el esfuerzo de nuestro organismo y las sensaciones que experimentamos. El que considero más al alcance de todo el mundo, es el de saber remedar la mirada bizca.

Bizquear la mirada es aproximar más de lo ordinario el vértice del ángulo binocular. Cuando con los ojos nos

miramos las narices, quien nos mire dirá que parecemos bizcos. Este modo de mirar hace más hinchado ó esférico el globo del cristalino, y entre él y la visión natural existe una serie de disminuciones de convexidad del ojo, que, utilizadas oportunamente, proporcionan el desenfoque que se desea.

Parecerán, seguramente, muchas las exigencias del modo de ver para el artista; así es la verdad, son muchas, y aún quedan algunas más; pero en gracia de la peor que vamos á decir descuidaremos las otras por el momento. Esta que llamamos peor, es que al poner en práctica cuanto llevamos dicho, ha de hacerse con rapidez y precisión, pues si la mirada insiste por mucho tiempo en sus observaciones, puede dar lugar á fenómenos accidentales y enojosos.

Vaga nuestra mirada, generalmente, sin fijeza, y cuando se da el caso de mirar con insistencia, nos encontramos con que necesitamos poner bastante atención de nuestra parte para conseguirlo, pues para mantener fija la mirada en un punto determinado, hace falta mucho esfuerzo, y aún así, no conseguimos que permanezca inmóvil más de diez á veinte segundos.

Esta fijeza ocasiona perturbaciones visuales, fenómenos insólitos que la acompañan y llenan la visión de imágenes accidentales y negativas de los objetos, perfectamente trazados, si la fijeza empleada erró inconscientemente creyendo mirar fijo.

Cuando de nuevo miramos con atención, cargada la vista con imágenes accidentales, luchan éstas por colocarse en el punto donde libremente se quiere mirar, presentándose la nueva sensación confusa y borrosa, porque la necesidad que sentimos de variar la mirada de sitio, es irresistible en nosotros, y así, disputándose las imágenes sucesivas con la causa que las motiva, se empujan y superponen nuevos contornos sobre ellas, que, claros ú oscuros, á derecha ó izquierda, la confunden de tal modo, que no es posible estudiarla con comodidad.

Si la fijeza puramente fisiológica acarrea sus inconve-

nientes, la atención moral ó psicológica, prolongada más de lo conveniente, acarrea también los suyos.

Desde luego puede asegurarse, que á medida que el artista sabe más, más discute las cosas y más duda, llegando la obsesión á confundir algunas veces la derecha con la izquierda en la posición de una línea ligeramente inclinada, á errar en la interpretación de modulaciones de curvas, de proporciones, etc., etc., y en toda fineza de línea, tono y color el exceso de atención prolongada puede, por obstinación, conducir á aberraciones y errores: por eso debe encarecerse la rapidez en la observación, siempre que ésta lleve en sí los elementos indispensables para saber apreciar con justeza.

El que empieza, como sabe poco todavía, tiene una ventaja sobre el que esté más adelantado: la de que no viendo las cosas más que de un modo, ni discute ni duda.

El que acaba (si es que en arte puede llegarse á la meta), tanto por saber como por necesidad impuesta por el estudio, tiende á sintetizar, y en ambos casos, por vías extremas, se establece una como aproximación aparente.

Mas, no son estos dos casos los que nos interesan, sino el intermedio entre ellos ó sea el largo período de estudio y gestación que casi ocupa la vida entera del artista. En él se empieza á buscar la simplificación ó síntesis por medio de la observación rápida y precisa, y no la que con su obcecada insistencia engendra las dudas problemáticas.

Bien sabemos que la justeza de apreciación visual, se aquilata más en la comparación inmediata que en la observación del caso aislado, y que por muy educada que esté la vista, nunca llega á una precisión tan exacta como la que la comparación ó la medición le suministran.

Si partiendo de cualquiera grado de los noventa que comprende el ángulo recto se traza una línea que lo una al vértice, y esta línea inclinada la juzgamos viéndola aislada y sin precedentes, el ojo humano, por educado que esté, no puede precisar su inclinación.

Hay más: simplifíquese la subdivisión, y adóptese el

ángulo recto del horario, ó sea el cuarto de hora que, como todos sabemos, no tiene más que quince divisiones. Si volviendo á presentar el caso de antes se coloca en el encerado una línea inclinada: sobre haber muchas más probabilidades de acertar entre quince que entre noventa, por experto que sea un ojo, no podrá ser infalible y precisar á cuántos minutos corresponde la inclinación que se trata de juzgar. Acertará muchas veces, pero errará otras.

Lo mismo nos sucede respecto á falta de precisión sin términos comparativos para las inclinaciones de líneas, que para valuar tonos ó coloraciones. La sola atenuación que puede aducirse es que las dudas sólo fluctúan dentro de un espacio reducido, y nunca entre distancias groseras, como fácilmente se comprende.

Dos notas musicales nos parecen lo mismo que otras dos diferentes, con tal que la relación numérica de vibraciones que las separa sea igual como intervalo.

Más claro y más vulgar: por cualquiera nota del piano puede empezarse á tocar la canción conocida y parecernos justa; todo se reducirá para el que tenga oído, á que la hemos trasportado de tono.

Radica por lo tanto la aparente justeza de *entonación*, en los intervalos que median entre tono y tono. Adoptado el primero, como punto de partida, este rige, sirviendo de término comparativo para la continuación, y la pretendida canción será justa, aunque esté transpuesta de tono. Esto que en música es vulgarísimo, en la pintura no está al alcance de muchos, porque, desgraciadamente, pintamos de *oído* casi todos.

Se indicó antes que para que la rapidez de juicio en la mirada sea eficaz, debe acompañarse ésta de términos comparativos que, justos y fijos como elementos indispensables, permanezcan grabados en la imaginación, á fin de precaver todo error.

Citemos de estos nortes y derroteros, que la memoria mantiene constantemente vivos, aquellos más esenciales que basten á deducir por cuenta propia otros anexos.

Son ellos: las intensidades del blanco y del negro para toda sensación de tono; las líneas primarias vertical y horizontal, para la inclinación de toda línea; los colores fijos del espectro y el tono, para la justeza de coloración.

En cuanto estos casos elementales se fijan en la inteligencia, ésta, como de costumbre, va reemplazándolos por otros que paulatinamente se complican á medida que se alejan del punto de partida.

En el comienzo apreciamos las inclinadas por medio de la vertical y horizontal, mas luego, en fuerza de uso y observación, pasan las inclinadas á la categoría de primeras líneas y obran por cuenta propia en el juicio, como si fuesen elementos primarios y no consecuentes. Así, pues, ver rápidamente una inclinada y trazarla en el papel ó lienzo es todo uno, sin que en el instante que media entre la observación y el trazo haya lugar á que la memoria consulte con las líneas fijas la desviación de aquélla.

Sabemos por la geometría que los cuadrados construídos sobre una diagonal determinada, son proporcionales entre sí, y esta verdad incontrastable tiene su validez en el dibujo. Sea más pequeña ó sea mayor que el objeto la copia, las líneas no pueden cambiar su inclinación, sigue siendo la horizontal, horizontal, la vertical, vertical, y la inclinada por su ley geométrica será exacta como grados de inclinación.

Esto no sólo alcanza á líneas realmente geométricas, sino que se extiende á síntesis ó resúmenes de modulaciones, sutiles de forma que descansan ó se apoyan sobre otras que imaginamos y vemos por visión indirecta.

De estas condensaciones de sutiles inflexiones en líneas generales, pasamos á emplear la línea inclinada como imaginaria, que arrancando de un punto del objeto vendría á coincidir en otro distanciado. Como también imaginariamente aseguramos la posición de ciertas líneas dudosas, suponiendo su prolongación tal como si la línea fuese el cañón de una pistola y viésemos el punto donde la bala debe caer.

Muchas veces llegan ciertas nociones á la inteligencia

por tabla, y no por eso tienen menos fuerza inicial, como se ve en el uso de las líneas inclinadas. Otras por retroceso ó inversión de forma, como en el estudio de siluetas.

Todo perfil engendra dos líneas ó contornos: uno externo y otro interno; toda silueta del mismo modo ofrece una complementaria de la otra, es decir, que si sobre una madera se traza un perfil caprichoso y con la sierra se le recorta, el pedazo de madera que cae al suelo como fondo inútil guarda la forma contraria ó complementaria de la que se piensa utilizar.

Siendo así que toda silueta lleva en sí otra complementaria, la vista que sabe apreciarlas ó sea ver una cosa de dos modos contrarios, tendrá más probabilidades de ajustar la deducción que por uno sólo, como pasa en las comprobaciones de aritmética.

Este caso imaginativo de dos siluetas contrarias tiene más ampliación y más dificultad aplicándose el caso conocido de superficies de revolución. Imaginemos una línea accidentada á la cual aproximamos una vertical ú horizontal para conocer la mejor. Supongamos que esta línea es un espejo y que al repetir á derecha cuanto ve á la izquierda nos da un dibujo par ó simétrico análogo á la imagen de una superficie de revolución; pues he aquí otro medio ó comprobante para la exactitud de una silueta.

De este modo va progresivamente la inteligencia ajustando su riqueza de medios de comprobación, cuyo bagaje técnico no la embaraza para nada, y aplica, cuando llega el caso, con rapidez tan instantánea, como tardo y prolijo es para describir ó transmitir á otro su modo de proceder.

Más pudieramos decir sobre cuanto la mirada del artista debè llevar en sí al observar la naturaleza; pero baste por del momento lo poco que acerca el dibujo hemos condensado.

LUIS DE TERÁN ❧ ❧ ❧

❧ TAISÍ SE ENGALANA

LA linda hija de Tutmos se ha despertado más temprano que de costumbre; pero, al abrir los ojos, ve ya en la cámara, apercebidas para el servicio, á su doncella Tebana, á su esclava Etiope y á sus dos siervas de Asia.

Taisí, la linda hija de Tutmos, tiene los cabellos negros, negros igualmente los almendrados ojos, y la tez pálida, con palidez ardiente; Nofré, la doncella Tebana, es rubia, como lo fuera Nitakris, la reina egipcia «rubia de color», que Manetón dijo: Axuma, la esclava Etiope, es negra, con negrura brillante, luminosa; Fedima y Atosa, las cautivas de Asia, son blancas, de griseos ojos y cabellos claros.

Son bellas las cinco hembras; pero Taisí es la más bella de todas, porque es el ama, porque las otras cuidan de embellecerla, porque ella no cuida más que de realzar su belleza propia.

Es un espectáculo deleitable el de contemplar á esas cinco mujeres reunidas en la lujosa estancia. Si se las mira un rato alternativamente, se acaba por confundirlas, se funden los diversos colores y matices, y se forma en la retina la impresión de una sola mujer, una mujer de sueños, extraordinaria, pero la única deseable...

Taisí se ha despertado muy contenta; ha deseado mucho la llegada de este día y ya le ve amaneciente. Es el día seis del segundo mes (1) del año, festividad de la concepción de Isis. Es una hermosa fiesta. Se tributarán solemnes cultos á la diosa, se celebrará el divino misterio y habrá también lugar para regocijos profanos. El equinocio

(1) Septiembre.

de otoño ha templado los ardores estivales; el Nilo ha llegado á su desbordamiento pleno, y las bienhechoras aguas fecundan la tierra y humedecen el ambiente. Se puede pasear en barca al amparo de ligeros toldos, ó acudir á los jardines sombreados por acacias y palmeras... La concepción de Isis, la fecundación del valle, misterio celeste y fenómeno terreno se enlazan, se penetran, se confunden en una sola idea: Amor.

Así, por lo menos, la piensa Taisí, y piensa también que ha de mostrarse en este día con todas sus galas, en la plenitud de sus encantos.

—Nofré, Axuma, Fedima, Atosa—dice incorporándose alegre en su dorado lecho: —Hoy es un gran día, necesito estar muy bella; hoy es la concepción de Isis, la diosa excelsa de la que soy por mi corazón y por mi nombre (1). Habéis de revestirme con mis mejores galas, después de embellecerme el cuerpo.

Nofré sonríe placenteramente; ama á su joven señora y cree en los mismos dogmas de la religión egipcia. Nofré, además, conoce los dulces secretos del corazón tierno de Taisí. Axuma, Fedima y Atosa se inclinan como siervas, pero no sonríen; más bien se diría que fruncen los labios desdeñosamente. Son mujeres de otras razas y de otros pueblos en los que no se adora á Isis.

Taisí ha descendido del lecho. Axuma le calza los diminutos pies con unas sandalias bordadas, Nofré le pone sobre los ambarinos hombros una túnica sin mangas, Fedina y Atosa preparan el baño y el linimento balsámico.

En estos instantes se abre una puerta cuajada de jeroglíficos que hablan de Tutmos ilustres, y penetra en la estancia el padre de la joven. Las siervas se inclinan hasta el suelo. Taisí da un grito de alegría.

—¡Padre!—exclama.—Si hubiese sabido que iba á verte hoy tan pronto, no habría dejado entrar á nadie. Hubieras sido tú la primera persona vista por mis ojos en este hermoso día.

(1) Taisí, nombre simbólico, significa «la que pertenece á Isis.»

Tutmos, el general insigne, el guerrero hazañoso, abraza á su hija con ternura y dice:

—Tengo que revistar las tropas antes de que formen al paso del Faraón. El soberano ha de hacerlas maniobrar después de las ceremonias religiosas.

Y luego añade con sonrisa bondadosamente maliciosa:

—La brillante guardia menfita formará en la gran avenida de las esfinges. El valiente Amasís está muy satisfecho con el lugar que le han designado.

Diciendo esto vuelve á abrazar á su hija y sale de la estancia.

El pálido rostro de Taisí se ha coloreado como la Aurora que avanza enrojecida por los besos del sol. Nofré contempla á su ama y dice:

—¡Que feliz eres, mi señora! No hay ni en el Alto ni en el Bajo Egipto guerrero más arrogante que Amasís.

Taisí no replica; pero sus ojos se entornan amorosamente y se entreabren sus labios. En seguida se despoja de su túnica, y su palpitante cuerpo se entrega con delicia á las abluciones perfumadas. Abandona después el baño con la cabellera suelta y esponjosa, algunas gotas de agua brillan en sus senos que semejan doradas pomas recientemente bañadas por lluvia ténue. Axuma y las dos asiáticas proceden á ungirle el cuerpo con el balsámico linimento. Mientras tanto Nofré le presenta un espejo de cobre de pulimentado disco, al que sirve de mango una figurita de enano Bes, el disforme esposo de Hator.

En seguida las sirvientas ajustan al flexible talle de la joven el tradicional *shentu* (1): el *shentu* de Taisí es de color crema con azuladas franjas. Le ponen después un cendal rosado que se ciñe al cuerpo en varias vueltas, cada una de las cuales se vá aproximando al talle; forma graciosos pliegues á derecha é izquierda y termina en rayas transversales de matices suaves. Esta vestidura deja al descubierto los brazos y la garganta hasta el nacimiento de los senos, cuyos contornos, como las demás líneas

(1) Especie de saya que se cruza por delante en forma triangular.

del cuerpo, al que cubre pero no oculta, se adivinan fácilmente bajo la sutil tela. Las sandalias son reemplazadas por *tatbebs* (1) ornados con mosaicos multicolores.

Ahora Nofré presenta á su señora los artísticos pomitos que contienen afeites diversos.

Taisí se alarga las líneas de los ojos con hábiles pinceladas de *mestem* (2) y los ensueña, acentuando las ojeras con aplicaciones de un colirio verde obscuro. Dáse carmín á los labios algo gruesos, pero deliciosamente dibujados, y se frota el rostro, los brazos y el escote con polvos de cártamo. Por último se pulimenta las uñas y las abrillanta y colorea con alheña. Estos afeites, sábiamente administrados, realzan la voluptuosa belleza de la egipcia.

Procédese después al arreglo de la cabellera y á la selección de joyas. Es peinada con finísimas trenzas que se agrupan junto á las mejillas y caen hasta los hombros. Antes han sido perfumados los cabellos con *abrá*, una pomada exquisita. —Taisí no gusta de los postizos y pelucas de que tanto abusan sus compatriotas.

—¿Vas á ponerte el casco que semeja una pintada?— pregunta Nofré.

Taisí vacila un momento y después dice:

—No, el único adorno que hoy deseo para mi tocado es una hermosa flor de loto.

La doncella tebana trae al punto un loto rojo, humedecido aún por las aguas del Nilo, y Taisí lo coloca graciosamente en su cabeza de manera que la corola penda sobre la frente.

En cuanto á las joyas, la joven elige un vistoso collar compuesto de siete filas de esmaltes multicolores, perlas y granos de cornalina; tres brazaletes, uno de lapislázuli, otro de coral y el tercero de oro con el nombre de Taisí en jeroglíficos azules, y dos sortijas, de ágata la una y de esmeraldas la otra.

Termina el atavío sujetándose por debajo del pecho un ancho cinturón con lambrequines.

(1) Botinas de cuero.

(2) Antimonio.

Taisí se mira al espejo, manejado oportunamente por Nofré, y sonrte complacida.

Después se sienta en un sillón dorado cuyos brazos son garras de león y saborea con gusto los azucarados dátiles recién cogidos en el huerto del palacio y la nutuosa leche acabada de ordeñar en el establo de las cabras. Toma también unas rebanadas de pan con miel, y, terminado el desayuno, se dirige á una habitación inmediata, en la que se encuentra una escultura hierática que representa á Isis amamantando á Horus. El grupo es artístico y gracioso, acusa el cincel de un maestro, y su hieratismo nada tiene de ingrato. Antes bien, produce un indefinible encanto. La pureza y el reposo de sus líneas hablan el lenguaje solemne y misterioso que responde á pensamientos esotéricos.

A los pies de la diosa humea un perfumatorio, cuyas azuladas espirales difunden por la cámara el penetrante aroma del Kyfi.

Taisí, mientras ora ante la imagen, aspira con delicia ese perfume que es el suyo favorito.

Sale después al jardín, se sienta bajo la copa de un tamarindo y piensa con impaciencia en el tiempo, poco ya, que falta para dirigirse á presenciar las ceremonias. Piensa, sobre todo, en la gran avenida de las esfinges, en donde ya centellearán los cascos y las espadas de la guardia menfita, capitaneada por Amasís...



❖ ❖ MAURICIO LOPEZ-
ROBERTS ❖ EL PORVE-
NIR DE PACO TUDELA ❖

VI

IDILIO

Doña Irene fué la primera que entró en el andén. Paco, Castita y la criada Basilia seguían á la ilustre viuda, en unión de varios mozos portadores de sacos, neceseres, líos de mantas, cestas, maletas y otros adminículos precisos y punto menos que indispensables en todo viaje emprendido por la señora de Tudela. En aquél se añadieron á los tales trebejos, dos jaulas con palomas, otra con canariòs y hasta media docena de tiestos conteniendo especies vegetales desconocidas en Robledilla, que así se llamaba el pueblo de la sierra donde los Tudela poseían la Pinada.

—¡Uf, qué sofoco! Yo no valgo para viajes—exclamó la viuda, dejándose caer en un banco.—Qué apuros, qué prisas, que si se olvida esto, que si se olvida lo otro. Oye, Paco, ¿te he dado las llaves del aparador? ¿Sí? ¿Estás

seguro? No vayas á perderlas. Cástita, tú tienes mi llavero pequeño, ¿verdad?

—Yo... no señora—respondió la interpelada, palpándose al propio tiempo los bolsillos.

—El que nunca pecó me valga—gimió doña Irene.—¿No lo tienes? Mira bien... Pero hija, si te le he dado en el ómnibus.

—A mí no me ha dado usted nada—decía la chica de Muchamiel muy afligida, mientras Paco, interviniendo, afirmaba á su madre que el llavero extraviado parecería sin falta. No obstante tal seguridad, doña Irene le lloró como perdido y comunicó tan triste noticia á los expedicionarios que entraban en la estación aisladamente unos, en familiares grupos otros.

Así llegaron las Broqueles, entrada magnífica y poética que, según el inspirado Mosete, semejó el vuelco de un canasto de rosas. Alegres, bullidoras, riendo por todo, las catalanitas esparcieron su júbilo por el ámbito de la estación y las golondrinas que allí anidan no piaron con más regocijo. Tras las de Broquel, llegó la señora viuda de Manterón, á quien acompañaba su hija Virtuditas, doncella no muy joven. El difunto D. Pascual Manterón, cambista de la calle del Arenal, fué muy amigo de D. Francisco Tudela, y por tal causa D.^a Irene convidaba á aquellas señoras, quienes no eran muy á propósito para fiestas, pues siempre se estaban quejando, suspironas y pesadas.

En cambio nadie era más indicado para jiras y diversiones que el comandante Riskey, tan alegre y piropero. Ninguno poníasele enfrente, á no ser Remartínez, el dueño de la peletería de la calle de Carretas, quien también era muy chistoso. A más Remartínez narraba incansablemente cuentos de todos colores, que su esposa doña Amalia, dama muy gorda y de modales finísimos, reía mucho. Aquella aprobación bastaba al peletero, y Riskey pretendía que los tales sucesidos y anécdotas eran siempre inéditos para la buena señora.

Todos, á más de D. Sixto Corduras, de Torresano, Ló-

pez Honesto y Mosete, rodeaban á doña Irene. Del grupo nacían risas, palabras sueltas, estruendoso chasquido de besos.

—Muy buenos. Señores, gran día para viajar.

—Algo de calor; pero en la sierra refrescará.

—¡Ay, doña Irene, cuánto le hemos agradecido su convite! Nadie nos atiende, nadie se ocupa de nosotras. Claro, de las pobres quién se...

—Rica, mona, monísima, otro beso. Pero, mujer, ¿dónde te metes? Esta Castita siempre tan reservada.

—Ya ves, con el luto salgo muy poco. Y vosotras, ¿qué hacéis?—respondía la de Muchamiel á las Broqueles.

—Divertirnos—contestaban ocho ó diez voces á un tiempo.

—Amiga doña Irene, cada día está usted más guapa y más apetitosa.

—Ea, déjeme usted en paz. Eso sé lo dice usted á otras, que á mí me molestan los moscones.

—Este *Risques* es *atros*.

—Calle usted, sal de Cataluña... No se ría, que las tres hermanas parecen nacidas en Cardona. ¡Ay, Dios! ¡Qué racimo!

—A propósito de racimo. Un hombre entró en una viña y cogió unas uvas. Cuando se disponía á comerlas, apareció el guarda y le dijo...

—El clavel, la rosa, el lirio, cuantas flores da la primavera, son de trapo, me parecen mustias y feas si las comparo con ese rostro hechicero—hablaba Mosete á Mercedes, la más pizpireta de las catalanas.

—Já, já, já—reía la niña, con alborozo infantil.—Braulio, es usted más embustero...

—Mentir yo—exclamaba el otro poniendo los ojos en blanco;—antes enmudecer por siempre—concluyó con voz de traidor de tragedia.

—No le creo, no le creo, trapalón.

Las mútuas simpatías agrupaban poco á poco á los expedicionarios. Risquez y Remartínez permanecían entre las damas maduras, entreteniéndolas con sus chistes y pi-

ropos. D. Sixto hablaba con la lencera, á quien se habían adherido las gemebundas señoras de Manterón, las Broquelitas traían al retortero á los jóvenes que revoloteaban á su alrededor, cual alondras fascinadas por el espejuelo, las tres madres de aquel gracioso rebaño lo vigilaban con el rabillo del ojo, y Castita, algo distante del bullicio, hablaba reposadamente con Paco y López Honesto del tiempo, de la sierra, de los exámenes y de otros tópicos por el estilo.

Sonó horrrisonamente un pitido de la máquina. Corrieron todos al vagón, emprendiendo la no fácil tarea de acomodarse. Las señoras mayores subían con trabajo, alzándose del suelo gracias al auxilio de algún varón caritativo, quien las empujaba por la cintura. Las muchachas saltaban ligeras al estribo y de allí al coche, enseñando, al trepar, blancuras y redondeces muy apreciadas por los que aun no habían subido.

Tras las damas ascendieron los caballeros. Cerráronse las puertas, engancháronse con cuidado, atendiendo á doña Irene, las manivelas, ordenóse la impedimenta, y á poco se oyó un silbido, una campanada, resbalaron las ruedas y machaqueando el hierro de las plataformas giratorias, el convoy salió de la estación.

Una vez fuera, el sol le tomó por suyo atravesándole de una parte á otra con sus rayos, que pasaban por las ventanillas, refulgían en el barniz y arrancaban chispas á cuanto dorado caía bajo su luz. Una bocanada de viento entró en el vagón haciendo flamear los veletes y tules de las damas, y trayendo, con el frescor de la mañana, alientos aromosos de mil hierbas y flores campesinas, mientras de las oleadas verdes de la Moncloa surgía un bando de palomas que arremolináronse en espiral, aletearon indecisas un instante y luego bogaron blandamente por el inmenso azul.

Madrid quedóse atrás, y el aire del campo, ensanchando los pulmones de los viajeros, les regocijó y alborotó. De un extremo á otro del coche, por cima de los respaldos de los bancos, se hablaba á voces, se reía á carcaja-

das. Las niñas de Broquel, libres de las tiranías sociales por virtud de esa misteriosa ley que rige en las campiñas, hacían vibrar el aire con sus voces juveniles y frescas. La del comandante sonaba cual clarín de guerra y la de Remartínez, hueca y profunda, formaba con las sofocadas risas de su señora, acompañamiento á aquella sinfonía. Don Sixto hablaba por los codos, friendo la paciencia de las catalanas con maleantes bromas, doña Irene reía con toda su alma, la de Manteron olvidó por un instante sus desgracias, y hasta su hija, la discreta Virtuditas, experimentó momentáneas veleidades amorosas, recreándose en la contemplación del pacífico López Honesto, quien no se percató de nada. Castita, sentada en un ángulo, sonreía, aunque algo inquieta y fastidiada, pues dos de las Broqueles habían logrado pescar á Paco y le tenían sentado entre ambas.

Las catalanitas eran capaces de hacer hablar á una momia egipcia, y así Tudela reía sus gracejos y chistes.

—No sé qué puede encontrarlas—pensaba la Muchamiel.—Son buenas chicas; pero tan vulgarcitas. En fin, peor podía caer —y espantando aquellos pensamientos, se puso á contemplar el paisaje.

Junto al tren corrían montes yermos y grises, manchados de placas de musgo obscuro, casi negro. De vez en cuando un pino esponjaba su copa al borde de una senda, y por el fondo de las cañadas pedregosas corría un hilo de agua entre enormes peñas, desprendidas de los montes vecinos. Nadie pasaba, ningún sér viviente se veía, y á lo lejos los cerros se agrupaban hoscos y pelados, cerrando el horizonte con la aridez de sus cimas redondas. Pero sobre la tristeza de aquel paisaje de Tebaida, el cielo extendía su manto alegre, puro, de un azul intenso, agujereado por el radiante sol. De los matorrales de brezos y tomillos, nacían enjambres de mariposas blanquísimas que revolaban sin gobierno en el torbellino creado por el correr del tren. Una de ellas, aturdida, entró en el coche.

—¡Una mariposa! ¡Cogedla, cogedla! Que se va, que se escapa.

Los jóvenes se pusieron de pie en los bancos, agitando sombreros, abanicos, pañuelos, para ver de apresar al infeliz insecto. Las muchachas chillaban como locas y la intrusa hufa de sus perseguidores, rozando la techumbre, tropezando con el farol, palpitante su cuerpecillo tembloroso. Una vez pasado el primer fuego, la caza siguió con más orden, y al fin la mariposa cayó en manos de Paco. Grandes risas acogieron el triunfo. Entre los dedos del joven que la prendió con cuidado, la prisionera parecía muerta. El sutil pistilo de su trompa se desenrollaba distendido, las facetas esmeraldinas de sus ojos no lucían, cubiertas de polvo, la albura de un ala se deshonró con una mancha de aceite.

—Se ha muerto—dijo Mercedes Broquel.

—*Requiescat*—gruñó Remartínez, jadeante.

—Si me la quiere usted dar, la guardaré como recuerdo de este día—agregó una de las secuestradoras de Paco, lanzándole una mirada incendiaria.

Castita nada habló. Había contemplado con pena la persecución del infeliz animalito y entristecíase viéndole muerto, cuando Paco se le ofreció diciendo á la atrevida Broquel:—Perdone usted. Voy á dar la mariposa á mi prima para que la eche al campo. Tal vez esté solamente atontada. Toma, Castita.

La sensata cogió el regalo, dejó caer el insecto por la ventanilla y dió las gracias á Paco con una mirada, mientras la mariposa muerta flotaba por última vez en el aire, y cayendo luego en el polvo de la cuneta, quedaba allí, plegadas por siempre las alas que no tornarían á blanquear sobre los capullos entreabiertos.

El tren seguía su carrera. Tras él quedaban estaciones, apeaderos, casucas de guarda vías. Se hundió en un túnel, cruzó un puente resonante, pasó entre pinares olorosos y apretados, y siempre subiendo, acercóse más y más á la sierra, entre cuyos repliegues aparecían pueblecillos modestos y blancos, pulmones auxiliares de Madrid, que les envía en el verano enjambres de anémicos chiquillos.

En una de aquellas aldeas serranas se detuvo el tren. Una voz gritó:—Robledilla, dos minutos.—Rechinaron hierros, chocaron topes. El viaje había concluido.

Tal noticia produjo terrible algazara en el vagón. Abriéronse con ímpetu las portezuelas, por su hueco saltaron con bríos juveniles muchachos y muchachas, y mientras éstas sacudían y limpiaban los vestidos algo arrugados por la encerrona, las mamás descendieron con calma, apoyándose en los hombros y manos de algún joven galante. Paco y Mosete descargaron la impedimenta, que se amontonó ingente en el andén, siendo encomendada á Damián, el guardián de la finca de doña Irene. La locomotora silbó después, y arrastrando tras sí el tren, libertó de su masa á la estación, que apareció entonces alegre, soleada, abierta á todos los vientos.

El campo hermoso presentó su panorama á los expedicionarios, á la vez que una cuesta asaz ruda les mostraba el camino de la Pinada. La posesión, detenida en la mitad de la pendiente por donde parece rodar el caserío de Robledilla, avanzaba su jardín ceñido por dos caminos, hasta concluirlo en un balcón abierto en el muro, desde el cual, gracias al rápido desnivel, se oteaba el inmenso horizonte sobre cuyo azul redondeábanse imprecisas, las lejanas cúpulas del Escorial. Un bosquecillo de pinos columpiaba sus copas espesas sobre aquella atalaya, y tras él se extendían las verduras y flores del huerto bajo la clara sombra de los frutales hasta la casa blanquísima, de verdes persianas y rojo tejado que bermejeaba sobre el verdor obscuro del monte.

Las Broquelitas, saltarinas y brincadoras, acometieron la ascensión, seguidas por los jóvenes, también ágiles y resueltos. Las personas graves, en unión de Virtuditas que no se atrevía á retozar y de la niña de Muchamiel en quien se apoyaba doña Irene, emprendieron la subida con más reposo, pues á pesar del aire vivificante, aquellas señoras y señores no podían corretear como lo hacían los muchachos.

Mucho rabiaron las catalanas por tal causa y maldije-

ron el asma y el reuma que les imposibilitaban vigilar de cerca su rebaño, el cual disperso trepaba por aquellos andurriales en unión de los amigos de Paco. Este, conversando con D. Sixto y con Riskey, servía de lazo de unión entre los dos grupos. Castita, aguijoneada por la incansable viuda, no cesó de llevar y traer recados durante todo el trayecto.

—Castita, hija, dile á Damián que no sacuda la jaula de los canarios; parece que va incensando.

En seguida:—Oye, Castita, guárdame la manteleta, que ahora tengo calor.

Un instante de silencio; luego:

—Mira ve y dile á Paco que ya me acuerdo dónde dejé el llavero pequeño. Encima del estuche de mis gafas, que está sobre la cómoda.

La chica cumplía tanta y tan diversa comisión sonriente y tranquila, contenta de ver á Paco y de estar en aquel campo tan bello.

Los ascensionistas llegaron á la Pinada, jadeantes, sudorosos, con las caras enrojecidas por el cansancio. Una vez en la casa cayeron en los sillones de mimbre del portal, abanicándose los rostros lustrosos. Cuando recobraron el aliento, las señoras de Broquel riñeron severa y discretamente á sus retoños haciéndoles comprender lo censurable de su conducta. A no poseer tan ilustres damas la educación que poseían y á no desear tanto como deseaban ser suegras, hubieran fulminado sus iras contra los cómplices de tal fechoría; pero ambas causas les hicieron guardar el rayo para otra ocasión. A más la entrada de doña Irene anunciando que el almuerzo estaba servido y la bulla que se armó por semejante nueva distrajeron á todos. Riskey entonó la Marcha Real, dió el brazo á doña Irene y los demás, coreando el himno, les siguieron en alborozada confusión.

El comedor cubría sus muros con un regocijado papel, donde se perseguían fantásticas aves de ondulantes colas, al través de un enredijo de flores azules y blancas. Tenía cuatro balcones que daban al jardín, y por entre las

persianas colábanse rayos de sol, alientos aromáticos de los pinos, cantos de pájaros, zumbar de insectos. Un gran ramo de rosas amarillas se deshojaba en el centro de la mesa, rodeado de conchas de porcelana que contenían encurtidos rojizos y picantes, aceitunas verdinegras, rugosos pepinillos, rubia manteca y otros aperitivos. Atravesadas por errabundos hilos de sol chispeaban las copas, transparentábase el agua cristalina de las botellas, los vinos enrojecían ó doraban el mantel con su reflejo, y ante doña Irene una cazuela enorme, envuelta en blanca servilleta, contenía pollo con arroz, entre cuyos granos, sueltos y jugosos, vagaban purpúreas tiras de pimientos.

La viuda se colocó entre Risquez y D. Sixto. Paco ocupó la otra cabecera con dos de las Broqueles. La otra se acomodó confundida con sus hijas y sobrinas, y desde allí, descollando como el cedro sobre el hisopo, atendía á los movimientos del enemigo, representado por el elemento joven, que con los otros invitados se sentó donde quiso.

Una vez apaciguado el primer apetito que enmudeció las bocas, se armó una algazara descomunal. El chiste más anodino, el suceso más insignificante, producían risas interminables. El alboroto mató en flor los cuentos de Remartínez. Doña Irene explicaba á gritos las maravillas de la matanza de cerdos que hacía en la Pinada, llegado el otoño, las Broqueles, vecinas de Paco, referían á turno las cualidades de sus niñas, y éstas, aminorada al fin la vigilancia de su Argos, cruzaban miradas, sonrisas y palabras con los adoradores de sus gracias. Como todos, Castita estaba contenta. Su alma serena gozaba, y disfrutando de un día dichoso no amargó la felicidad presente con el pensamiento de aquellos otros, tristes, llenos de sacrificios oscuros, que le seguirían. Contentábase con ver á Paco, con saber que durante muchas horas, tantas, tantas que parecía no habían de concluir, estaría cerca de él, y esto bastaba para alegrar el mundo.

Anunciando el máximo del alboroto y el final de la

comida migas de pan y rosas arrancadas del ramo central, cruzaron la mesa. A Remartínez se le escaparon algunos chistes un tanto verdes, y doña Irene, asiéndose del brazo de Riskey, se levantó anunciando que el café se tomaría bajo el emparrado.

Mientras los viejos se repantigaban á la sombra de la parra, los muchachos, desdeñando la aromática infusión, se dispersaron por los ámbitos del jardín cual bandada de gorriones.

¡Cuánto gozaron aquella tarde las Broqueles! ¡Qué carreras, qué risas, que bullicio encantador! No quedó flor sin oler, ni fruto sin probar, ni insecto sin perseguir. Para mayor dicha un columpio, pendiente de dos añosos perales, brindó sus emociones á la aturdida juventud. Cuando los muchachos se cansaron de alborotar emprendieron una exploración por el huerto. A poco deteníanse pasmados ante unas colmenas donde, en apacible y laborioso retiro, vivían unas abejas. Los curiosos las miraban acudir á aquel rincón desde los cuatro puntos del horizonte, cargadas de poleu, zumbando y pasando rápidas. La excesiva contemplación hízoles perder el respeto con que al principio contemplaban á las trabajadoras, se acercaron más y al fin Merceditas Broquel dijo que ella, la propia Mercedes, cogería con la mano un bicho de aquellos.

Rumor dubitativo acogió aseveración tan osada. La ninfa entonces repitió su afirmación y Mosete recogiendo el reto, apostó unos versos para el abanico de la bella contra el guante que encubría aquella mano heroica. Mercedes aceptó la apuesta y decidida, aunque algo pálida, se acercó de puntillas á la colmena más próxima. La valerosa doncella aproximóse más. Los espectadores retenían la respiración. Las abejas rozaban con sus alas los blondos cabellos de la heroína. Esta entreabrió su mano, rozó el techo de paja y acto continuo dió un grito estridente que erizó de horror el pelo de los circunstantes.

—¡Ay, ay! Me ha picado, me ha picado—decía la triste, agitando convulsa una manita de nácar.

—Pero, ¿dónde? A ver, á ver. Ponerle amoniaco. Lo me-

jor es agua y vinagre. Se le saltan las lágrimas. ¡Ay! mi hermana, mi hermana.

Estas exclamaciones brotaron al mismo tiempo del grupo que rodeó á la herida.

—Aquí, aquí, ¿lo véis?—repetía Merceditas, señalando al pulgar y al índice, donde no se veía nada. Así se lo dijeron á la simpática niña, y ésta, después de muchos extremos, se convenció de que era cierto. Mosete concluyó de consolarla afirmando que nunca una abeja hizo daño á una rosa y prometiéndola los versos ofrecidos. La Broquelita, que siempre le miró con simpatía, sintió crecer é inflamarse este sentimiento y en aquel punto y hora determinó unirse con el joven antedicho, como así ocurrió, andando los años.

Repuestos todos de alarma tan grande volvieron á jugar á la vista de las personas serias, que continuaban su tresillo. Doña Irene viendo á Castita la encargó se pasara por la cocina y diera algunas órdenes referentes á la cena que ofrecía á sus invitados. La chica cumplió la comisión y luego, aprovechándose del tumulto que producía el juego de las cuatro esquinas, abandonó á sus compañeras, internándose en el bosquecillo de pinos.

Se sentía cansada. Ansiando un instante de reposo solitario se dirigió al balcón abierto en el extremo del muro. Pasó entre los altos árboles, dorados por el sol poniente. Grata paz bajaba de sus copas y bajo los pies de Castita crujían las secas ramas caídas y los helechos flexibles se encorvaban, prendiéndose en su falda.

Al llegar al balcón hallóse con Paco, que acodado en el barandal, contemplaba el panorama. Al ruido de los pasos de Castita el joven volvió la cabeza.

—¿También tú te has hartado de alborotar?—dijo.

—Sí, estaba cansada, pero tenía que volverse á la casa para cumplir un encargo de doña Irene.

—Luego lo harás. Quédate aquí un rato. Mira qué hermosa puesta de sol. Nadie la contempla, véamosla nosotros. No desdeñemos también al pobre astro.

Sin decir palabra Castita anduvo algunos pasos, apo-

yóse en el balcón junto á Paco y contempló el desaparecer del sol.

Lentamente, con infinita majestad, el áureo disco se hundía en el cielo, incendiándolo con lenguas de fuego que parecían arder, suspendidas en el vacío. Como mariposas atraídas por la luz, un bando de irisadas nubecillas revoloteaba en torno del sol y por cima de él teñíase el espacio de un rosa fuerte, encendido donde se inmovilizaba un nubarrón anaranjado.

Mientras Castita miraba aquel espectáculo, Paco hablaba. Hablaba de su porvenir rosado y alegre como el cielo, de su porvenir seguro, brillante, feliz.

Castita le escuchaba, y aquellas palabras la traían á la realidad de quien anduvo aquel día algo separada. Oyendo á su primo tornaron las dudas, los temores. Afirmóse una vez más en su resolución de concluir intimidad tan peligrosa, y antes, despidiéndose de sus ilusiones, de sus sueños, de su amor, que como el sol se hundían en la sombra creciente, dijo:

—¡Qué hermoso porvenir!—y suspirando añadió luego:
—¡Qué hermoso día!

—Hermosísimo—repuso Paco;—mas como éste serán todos para mí, si los veo pasar y morir contigo. ¿Quieres que disfrutemos juntos de los que nos esperan?

Abstraída en su pena, Castita oyó confusamente.

—¿Qué dices?

—Digo que te quiero y que te he querido siempre, que te adoro como un loco, que me eres precisa, necesaria. Quiéreme un poco. Anda, dime que me quieres, dímelo—concluyó Paco suplicando mimosamente.

La sensata procurando serlo, reunió á toda prisa argumentos, razones para convencer á Tudela. ¿No comprendía que tales amores eran disparatados? Su porvenir le vedaba casarse con ella. ¿De qué le iba á servir Castita, pobre, tonta, obscura, sin amigos? Había que ser razonables y pensar con juicio. Aquello era imposible.

—Piénsalo, Paco. Yo no he de dar nunca un disgusto á tu madre, á quien tanto debo. Luego, tu porvenir...

Cuanto esperamos de ti caería por tierra. Yo no te sirvo más que de estorbo.

Envalentonado por el amor, Paco se reía de la oposición de doña Irene. Su madre haría cuanto él quisiese. ¿Y en cuanto al porvenir?... Su porvenir se lo labraría él solo; nadie detendría el carro triunfal de su destino y una vez en la cúspide...

—¿Para quién sino para ti han de ser los honores, las riquezas, el poder?—dijo.—Gozaré doblemente viéndote encumbrada, dichosa, gozando gracias á mí de cuanto ofrece el mundo. Otra vez te lo digo, quiéreme Castita, quiéreme mucho, muchísimo, como yo te quiero.

La voluntad de Castita parecía huir de su alma. Un desvanecimiento deleitoso le quitaba toda fuerza. Aquella voz interior que le aconsejaba amar á Paco, gritó potente:—Amale, amale.

—Vencida al fin por la pasión miró al horizonte que se cubría con la noche. A lo lejos un ruiseñor trinaba en rama ignorada.

—Quiéreme, Castita, quiéreme—murmuró suplicante Paco.

Castita volvióse hacia él. En sus pupilas obscuras riaba la luna naciente. La niña de Muchamiel cogió las manos del joven y con voz grave le respondió:

—Te quiero con toda mi alma. Te quise siempre, nunca te olvidaré. Cuanto mal y cuanto bien traiga para tí la vida, los compartiré contigo, y sólo deseo que cuando llegue el último instante se miren como ahora nuestros ojos y como ahora se unan nuestras manos.

Luego calló. Callaba también él, impresionado por el acento de Castita. La tierra dormía en paz bajo la triste mirada de la luna que ascendía lenta, quebrando la plata de sus rayos en las hojas lucientes. A su claridad se miraron los novios con inmensa ternura, y después Paco, inclinándose, besó devoto las manos de Castita, mientras más cerca cantaba el pájaro invisible.

(Se continuará.)



GLOSARIO DEL MES

Yo no conozco á nadie que opine sobre las cosas que caen para siempre, con ese fatalismo cruel que pone el tiempo en su devanar lento de horas viejas á todo lo que algún día fué glorioso; no conozco, digo, quien vierta una lágrima, quien despida amorosamente á lo que se va por decaído, por desamparado, por solo; dando al viento su último canto, trompeteando girones de una marcha que fué triunfal, alardeando de fanfarrona, circunscritamente. Y, como al héroe de Rostand, de lo último que hablan todos ellos, es de *son panache*. Por eso veo con tristeza el desfilar sombrío de gentes á quienes, en ejecutorias y pergaminos, los reyes de otros tiempos enaltecieron. Por eso siento la muerte de la que un día fué duquesa de Denia, y de Medinaceli y de Gandía, descendiente de guerreros, y de santos y de ricas-hembras. Por eso, y nada más que por eso. ¿Qué me importa de la protección que, dicen los periódicos, otorgó á artistas, á pobres, á arruinados, á todo un ejército de logreros, pelafus-

tranes, locos de atar y jugadores? Ello es que esa vanidad es la que menos se cultiva, pero que, en todo caso, no deja de ser tal.

EL ambiente de Segovia ha hecho brillar mi corazón en su temple místico y caballeresco, bajo el sol de la patria, entre hierros nobles y conventos viejos. Soñando en el rincón de pena de mi alma, está—á su luz y á su melancolía—el antiguo claustro del convento de las hijas de Santa Clara, con su filigrana de piedra dorada y su jardín abandonado, su jardín chiquito, como hecho para dos corazones: el corazón de una novicia melancólica y mi corazón de solitario; con cipreses verde-oro, con un pozo sin agua, con la hierba alta y seca y las flores santas del suelo. Después sueña en mi recuerdo el convento de Dominicas, serio y sombrío, con muros sin ventanas, con musgo y humedad... Y callejas retorcidas, y paredes adornadas, y la casa del comunero Don Juan Bravo, con su callejón oscuro y sus miradores calados, frente á otro convento; y mucho sol castellano en escudos de piedra y en rejas enmohecidas...—En el muro de una casa noble: *Se proive berter. Pena de un ducado.*—Y recios aldabones, y portales de sombra y humedad, con columnas en el fondo; y campanas melancólicas en la tarde de España. Una ciudad para Don Francisco de Quevedo ó para Don Francisco de Goya; una ciudad para pintores decadentes, para poetas decadentes, muerta, engolada, con sol triste, con hierba en las gradas de piedra de las iglesias ruinosas.

...Cuando salí de la ciudad volviendo los ojos, ya en el campo alegre y dorado, surgió á lo lejos la mujer muerta, la muerta gigantesca de granito, como la estatua yacente de una tumba, muda, grave y quieta en el poniente del sol, las manos sobre el pecho, muerta hacia el cielo de la patria, azul de nostalgia, azul de España, de un azul heróico y heráldico, azul de raso antiguo, desteñido y joyante.

BEATUS *illi que procul negotiis...*! Y á este propósito; ¿quién no ha lloramiqueado retiros aldeanos, dulce paz, infinita calma, arcádicas felicidades? Porque la Arcadia es, desde la infancia de todas las literaturas, uno de los más socorridos temas, acaso el más ditirambizado por prosistas y poetas de toda laya. ¡Quién no leyó en Teócrito y Virgilio altas loanzas de la vida campesinal Mas, acaso, que el campo, como todos los otros y excelsos sitios donde el hombre puede respirar aquello que Spinosa llamaba «el éter de la substancia única», satisface menguadamente ya nuestras almas de sentimentales entristecidos por el siglo, roídos de vanidad, ansiosos de ahogar el tedio en nuestra ensombrecida existencia, con las ideas escarranchadas por el viento desolador de la civilización. Y he aquí que aquel viejo verso del poeta latino ha perdido todo su melancólico encanto, porque es lo cierto que *huímos del frío*, y á todas partes llevamos el *frío de nuestra vida*; que *huímos de la vida*, y la vida nos sigue. ¡Tristezas de las cosas errantes, sueños de ideal

Mon cœur comme un tambour voilé
va battant des marches funébres!

(h) x **C**UANDO esta tarde lloró por el valle la campana del Ángelus, había una penumbra descolorida y lacrimosa en la profundidad de mi alma! Creí que me ahogaba. Y me eché al suelo llorando, y estuve oprimiendo mi corazón contra la piedra fría y gris, llena de líquenes de cobre. En el ambiente flotaba la tristeza de las horas mustias; el valle hondo y verde se llenaba de humo azul, las montañas quedábanse sin sol, y en el aire tembloroso y cristalino venía un suave olor á heno... Desde el fondo de los pinos, en la quietud de los campos, bajo la estrella del pastor, ¡esquila, esquila dulce y triste, esquila lejana, cómo me has partido el corazón!

...Me he acordado de todos; he llorado por todos sobre mi almohada. La luna está enferma y triste. Una voz lejana canta jotas á la luna. Las montañas recortan sus árboles cercanos sobre el cielo alumbrado. Y es tan

melancólica la voz que canta y la guitarra que llora, que todo el campo nocturno se pone la mano en la mejilla y sueña mirando la luz de los muertos.

Cuando yo vuelva á mi pueblo, mi madre tendrá la cabeza blanca; el nicho de mi padre estará lleno de hierba, y mis hermanos habrán cambiado tanto! y los pobres niños, oh! los niños ya no serán niños... y no me conocerán, porque yo también me he puesto muy viejo... Yo comprendo que no me hace bien el claro de la luna. Esas mujeres... esa mujer que no sabe nada de mi cariño, que estará soñando, blanca y pura, bajo la noche toda llena de estrellas... Esa enferma que se muere y que yo no quiero que se muera, esa enferma que lloró en mi despedida..., todo eso tan lejano, y los campos con luna, y mi corazón tan solo... y mis dos primitos pobres... Ay! ella rezando á la Santa Virgen María; yo con esta pistola en la mano...

LEO: «Los cafeteros de San Sebastián han ofrecido 8.000 pesetas al dueño de una casa, á fin de que retire de sus balcones el alarmante título que en grandes letras dice: *Círculo Republicano*.»

Y medito: ¿Dónde hallará el peregrino ingenio capaz de explicar por metafísica la influencia del café sobre el monarquismo?...

Porque la explicación del tal misterio ha de ser cosa de gusto... y de filosofía.

NADIE después de Ricardo ha mostrado como Villaverde el panorama de su alma financiera. Villaverde, os lo aseguro, y conste que como Tácito prometo escribir la historia *sine ira et studio*, no sabe más hacienda que la que le ha enseñado con su periodiquito Anatolio Leroy-Beaulieu; pero por lo demás es un señor de muy buenas intenciones. Como todos los obesos. Por cierto que con motivo de su exaltación á la Presidencia de Consejo, he tenido el menguado honor de gozarme un articulejo que para fondo del periódico de la localidad

escribió un juez municipal que toca la ocarina de oído y hace juegos de manos en el casino desde el 86, recomendando «ante todo» la disciplina. «Los que obedecen están hechos para los que mandan; los que mandan no están hechos para los que obedecen»; «la responsabilidad individual es la fuerza y la vida de las repúblicas», y consideraciones de esa laya, sin que falte un llamamiento á la «masa neutra», ni tampoco un ruego á los que componen el Gabinete para que, «unidos en apretado haz» puedan realizar cumplidamente su misión. Yo, que no soy tan candoroso como ese juez que toca la ocarina, me permito dudar del apretado haz. Villaverde y sus ministros, individuos aislados que sintieron las mismas afinidades electivas con el presupuesto, harán exactamente lo mismo que sus antecesores. No hay secretos ya en las crisis; sabemos bien que la cuestión es continuar adelante, mintiéndole á la vida, mintiéndonos á nosotros mismos, sacrificando con nuestra mentira á los demás, para seguir esa gran mascarada humana que hacía exclamar al prudente Fontenelle: ¡Si tuviera la mano llena de verdades, me guardaría muy bien de abrirla! La gente los cree unos «identificados en el mismo espíritu», «animados de las mismas intenciones», sin pensar que la unidad no es precisamente la uniformidad... Dan las tres de la mañana. Recuerdo que estoy en un pueblo del Cantábrico. Me asomo al balcón. Se oye el primer gallo. Pasa una sombra, muda, como Alceste escapado del reino de los muertos. Pasa otra, y luego un arriero leonés que canta:

Los dineros de la España
se los han llevao agora,
entre una ~~señora~~ y un ~~señor~~.
un señor y una señora.

Y he aquí el comentario á todas mis elucubraciones políticas.

LA pobre Mercedes ha muerto... Se está poniendo el sol viejo, y los campos mudos tienen para consuelo del alma su dureza de granito y la penumbra humosa y violeta de sus montañas en sombra. Cada montaña guar-

da una nostalgia de cosas tristes y antiguas, hazañas de la patria, melancólicas flautas de pastores de otros tiempos. Y la aldea, que mira al valle, muestra el silencio de las tapias de sus corrales, sus paredes sin ventanas, sus tejados con humo idílico y azul. Las mujeres estarán al otro lado, sentadas en las puertas, á la sombra de las añosas moreras, esperando la vuelta de los rebaños.

El camposanto de la aldea, humilde y lleno de rosas del campo, se hunde, bajo la estrella de la colina, en el misterio alumbrado de oro de la luna nueva. La pobre Mercedes ha muerto... Desde el regazo de la tierra madre, á lo lejos, desde ese cementerio grande y frío y húmedo de la ciudad, ¿ha venido una tristeza en el aire de la tarde? Mi corazón se llenó también de niebla y de espinas cuando aquellos ojos se cerraron para siempre, cuando aquellos ojos se cerraron para siempre. La muerte le quitó la vida en ese lejano campo rosa, y ella, una flor con aroma, una piedad con música, una resignación con santas sonrisas, una ternura con lágrimas, se fué á no sé dónde, á la hora en que viene la sombra, cuando los parques se cierran y se duermen en la bruma... Y en la estancia iluminada con luz amarilla, con luz de estos siglos, en este nocturno de pesadilla, se quedó pensativo y mustio y mudo el hombre, sólo con su gran corazón. Su barba de plata y sus lágrimas daban blancura á la estancia, entre el cortinaje amatista á grandes franjas verdinegras.

Con ella, en el cementerio lejano, están mis pensamientos y mis lágrimas; al lado de él, en la vida, está mi corazón.

LA plaza de España está tan sucia, que cuando brilla una nota blanca y jugosa, sentimos un estremecimiento de gozo los poetas que nos bañamos todas las mañanas en agua clara, fresca y alegre. Un gobernador civil de España, ha tenido la bella ocurrencia de conceder varios premios á las familias pobres que tengan más limpios sus hogares. Y yo he pensado: estos premios debie-

ran concederse en todas las ciudades, y se debieran pregonar en las mañanas puras y llenas de luz, á un son de trompetas, bajo el sol y el cielo azul de las plazas viejas.

SOBRE la tierra cálida de un labradío cercano á la corte, la juventud de un marusiño hambriento dícenme que ha caído para siempre bajo los rayos del sol de Agosto, por la luz artista, por el fuego asesino.

Su alma de diez y ocho años se había forjado, según cuentan, á golpe de lucha sin gloria, de trabajos y de miserias. Era toda un alma de pária, de esas que viven á la sombra de la vida, sin gozar acaso ni la luz mentida de un ensueño; mas no por eso ha dejado de tener—¿quién no lo tiene?—su instante de grandeza, muriendo en medio del furor enemigo de la naturaleza madre, y de la impiedad humana, allí, al pie del tajo abrumador, según dicen, sobre las secas raíces del trigal segado, abrazado con un abrazo, en que Dios sólo sabe qué ternuras recién nacidas y qué viejas rabias habría, al último haz cortado, y que, junto á su cuerpo, chispeó aún durante algunas horas más con luces funerales de oro claro...

Yo que soy poeta, he evocado el último momento del mísero...—El sol iría abrasando su sangre joven, borrando con raudales de luz la vista de sus ojos, en cuyas retinas dormiría aún la imagen amada y cruel del valle natal.

Y cuando cayese sobre el haz en aquel abrazo macabro.. entonces fué cuando debió de aparecer la Muerte y sonreír... sonreír fugazmente en medio del espacio cuajado de luz, con una sonrisa que tendría en su espíritu todo lo gris, desde la esencia de las vidas sin rosas, ni cantares, ni amores, hasta la indiferencia y el egoísmo de una humanidad, en la que, por precepto divino, todos somos hermanos.

¡Pobre marusiño, pobre... aunque al morir haya tenido un instante de esplendor!

CON ocasión de los disturbios en Finlandia, que tanta conmoción causan en Francia, y que valieron á

nuestros apreciables vecinos diatribas de los extranjeros, principalmente de los rusos, una notable revista internacional publica, traducido, el poema que Björnstjerne Björnson ha escrito—¡pásmense, señores!—¡*A la recepción del último correo finlandés!*! El Sr. Björnson, autor de innumerables dramas tendenciosos; el Sr. Björnson, que quiere resolver todas las cuestiones sociales con los desmayos y muertes incruentas de una actriz, perpetrando patrioterías odas,—y á mayor abundamiento, odas de circunstancias, capaces de rivalizar con las de nuestro muy estimado Quintana (q. s. g. h.) ¡Oh, el cosmopolitismo de los escandinavos! ¡Oh, los dramas de tesis! ¡Oh, los noruegos! ¡Ah, el señor es noruego! ¿Cómo se hace para ser noruego?, preguntaría Montesquieu, el divertido satírico de las *Cartas persas*. En cuanto á mí, he comprobado una vez más la verdad de aquel humilde proverbio—y por humilde, sincero—que dice: «En todas partes cuecen habas...»

Y dice Santiago Rusiñol en su admirable *Poble gris*:
«... l'home que pot veure una posta cada día ja no's pot queixar de la vida. N'havia visto moltes y em podia dar por feliç.»

Yo también he visto muchas y maravillosas puestas de sol en un pueblo más *gris* que este que Rusiñol nos pinta. Y estoy de acuerdo: todas las amarguras de la tierra como que se ahogan en la majestad de poesía del sol que se va.

HELIOS

ESTUDIOS SOCIALES

... ARMONÍAS ECONÓMICAS Y LUCHA DE CLASES

LA Economía política había formulado principios que contenían el germen de la protesta revolucionaria, representada hoy por los partidos socialistas y por los agitadores libertarios. La teoría del valor de Smith y de Ricardo, incompatible, como demuestra Cristian Cornelissen (1), con la grande industria moderna, daba un fundamento científico á las pretensiones de los que, apoyándose en la doctrina del derecho al producto íntegro del trabajo, preconizaban un nuevo modo de repartición de la riqueza social. La teoría de la renta, que con Ricardo dió la vuelta al mundo, hería en la misma entraña á la propiedad del suelo. La famosa *Ley de Bronce*, de Lassalle, había sido antes enunciada por Ricardo y mantenida por diferentes economistas. Finalmente, Malthus anunciaba á los desheredados de la fortuna que no había puesto para ellos en el banquete social.

Contra esta triste conclusión, de un pesimismo sin grandeza, debía elevarse y se elevó una voz elocuente; esa voz fué la del ilustre autor de *Armonías económicas*. Creía Bastiat, el gran Bastiat, que todos los intereses legítimos son armónicos. En vez de hallar por todas partes antagonismos «entre el propietario y el proletario, entre el trabajo y el capital, entre el agricultor y el fabricante, entre el pueblo y la burguesía, entre el campesino y el ciudadano, entre el nacional y el extranjero, entre el productor y el consumidor», veía por todas partes armonías maravillosas, resultado del libre juego de las grandes leyes providenciales. Mientras Proudhon se esforzaba en obte-

(1) *Théorie de la valeur*, Paris, 1903.

ner la superior síntesis en que habían de resolverse la tesis y la antítesis hegelianas, exagerando, con persistencia digna de todo un filósofo, como Marx diría, la paradoja irreductible que llevaba en el fondo de su espíritu inquieto, á Bastiat le sugería todo la idea de armonía, idea, según él, conciliadora, consoladora, sencilla, religiosa y practicable. Afirmaba con los economistas, la libertad; con los socialistas, la asociación; con los partidarios de la igualdad, la mutualidad de servicios; con los comunistas, la comunidad de todos los dones de Dios. Se dirigía á los propietarios y pretendía amparar, legitimándolos, sus derechos; se dirigía á los trabajadores y les alentaba con palabras de esperanza y de fe. Diríase que era un poeta que escuchaba la música del mundo; un cantor que ajustaba sus estrofas al ritmo del universo. En párrafos magistrales, dignos de Hugo en la más sublime epopeya de los tiempos modernos, tronaba, tronaba contra la guerra, contra la opresión, contra el despojo. Y repitiendo su afirmación de siempre, monótona, sincera, eterno estribillo de todos los capítulos de su obra maestra—los intereses son armónicos; la solución se halla, pues, en esta palabra: Libertad,—apostrofaba á la juventud francesa, conjurándola á luchar por la democracia y por la civilización.

A muchos pareció un sarcasmo este optimismo generoso de Bastiat. ¿Cómo afirmar la armonía de un mundo que agitan y dividen odios de clase? Si, como el mismo Bastiat declara, para comprender que el mundo social es fecundo en armonías y para tener la percepción completa de éstas es preciso que la inteligencia se haya elevado al conocimiento de las causas y descendido al de sus efectos, ¿cómo pretender que esta ciencia, á que rara vez llegan los escogidos, sea patrimonio de las masas que sufren? Lo que se nota es lo que se tiene delante, el contraste doloroso de que se está siendo término y víctima, la protesta destemplada é inarmónica de la miseria y del dolor. Mal podía ascender á tan armónica y estética, á la vez que religiosa, concepción del mundo, el trabaja-

dor ignorante, cuando acaso el burgués, bien acomodado, sólo vió en Bastiat al defensor del «orden existente», no al que yo me atrevería á llamar gran poeta, dando á esta palabra el sentido profundo que le da Emerson. Las masas no podían seguir á Bastiat; no le siguieron. Necesitaban una teoría del conflicto, una filosofía del contraste, una solución á la vuelta. Esta doctrina existía; era, en el fondo, la del viejo socialismo inglés; Marx y Engels acababan de formularla con una precisión admirable, aspirando á fundar toda una filosofía de la historia. «La historia de todas las sociedades—se decía en el *Manifiesto del partido comunista* de Febrero de 1848,—no es otra cosa que la historia de las luchas de clase. La existencia de una mayoría desheredada en todas las fases de la evolución social, explica el juego y el movimiento de la historia. Las fuerzas productivas de la sociedad, en cierto grado de desarrollo, se hallan en contradicción con las relaciones de producción existentes, y de este modo, en los antagonismos de la sociedad de una época, se dan los gérmenes de la sociedad posterior. El conflicto entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción en la sociedad feudal, dió origen á la sociedad burguesa, en la cual se desarrollan nuevos antagonismos, apareciendo el proletariado moderno. El conflicto de las fuerzas productivas (sociales) con las relaciones de producción (propiedad individual de los medios de trabajo) en la sociedad burguesa, darán lugar á la nueva revolución, que no se hará en provecho de una minoría, como las anteriores, sino que, por el contrario, suprimiendo las clases, concluirá con todos los antagonismos.»

He aquí, frente á las armonías económicas del genial pensador francés, la teoría de la lucha de clases. Bien puede decirse que ambas direcciones del pensamiento, con sus diferentes matices más ó menos pronunciados, comparten hoy el dominio de la economía social. De un lado, la armonía, la cooperación, la libertad; de otro, el conflicto, el antagonismo, la contradicción, la coacción, por fin. que pondrá en movimiento sus férreos agentes cuando al

proletariado le llegue la hora de ejercer su dictadura. Y mientras la propaganda de una y otra doctrina se realiza pacífica ó violentamente, mientras el poeta escucha la música del mundo y el paciente obrero el ruido monótono de la máquina, mientras los caballeros se obstinan en contemplar la medalla de un solo lado, al estudioso, al científico, le toca responder á esta pregunta:—¿Quién tiene razón, el optimismo ó el pesimismo?



«El precio *natural* del trabajo—dice Ricardo—es lo indispensable para que todos los obreros en general *puedan vivir y perpetuar su especie* sin aumento ni disminución. El precio *corriente* es lo que realmente se paga como resultante natural de la relación entre la oferta y la demanda. Cuando el precio corriente del trabajo supera á su precio natural, la condición del obrero es satisfactoria y feliz, puede disponer de mayor cantidad de cosas necesarias y útiles para la vida, alimentar á una familia numerosa y prosperar. Cuando, por el contrario, el impulso á la procreación, que aumenta con los salarios altos, determina el número de trabajadores, los salarios descienden de nuevo hasta su precio natural, y alguna vez, por efecto de reacción, descienden por bajo de dicho nivel. En cuanto el precio corriente del trabajo llega á este punto, la condición del obrero es sumamente mísera. Sólo después que las privaciones han diezmando su clase, la demanda de trabajo vuelve á aumentar, el precio corriente recobra su nivel anterior y el obrero torna á colocarse en aquellas condiciones de bienestar medio que el salario natural consiente.»

Tal es la famosa ley de los salarios á que Cobden dió fórmula pintoresca al decir que los salarios bajan cuando dos obreros corren detrás de un patrono, y que suben cuando dos patronos corren detrás de un obrero. Lo que, andando el tiempo, había de ser un arma en mano de los agitadores socialistas, empezó por ser un dogma de la vieja economía liberal.

Pero la inexactitud de esta ley ha sido cumplidamente demostrada. En primer lugar, como observa un distinguido economista (1), «el primero de los principios en que se apoya Ricardo presupone un hecho que no debe verificarse necesariamente; presupone que, mientras la población crece, la demanda de trabajo permanece la misma, ó al menos, no aumenta en la misma proporción que la población.» De otro lado, se da como cosa segura que el mejoramiento de las condiciones económicas de las clases obreras debe necesariamente determinar mayor procreación, cuando las estadísticas mejor hechas demuestran precisamente lo contrario. La teoría clásica de los salarios incurre, además, en el error de creer que hay en todo momento dado una cantidad fija para invertir en jornales, y que cuanto mayor sea el número de obreros, menor ha de ser su retribución. Alguien ha dicho que pensar de ese modo es dar al numerario, que es puramente un signo, una importancia que no tiene. En todo caso, lo que entre patronos y obreros se reparte, no es otra cosa que el producto del trabajo social, y cuanto mayor ó más productivo sea éste, mayor será la parte que al obrero corresponda en la distribución de la riqueza.

Aparte estas consideraciones, la mejor refutación de la pretendida ley de los salarios nos la suministra el movimiento de estos durante la segunda mitad del pasado siglo, tal como lo expone en su libro *La Question des salaires ou La Question Social*, el profesor de la facultad de Derecho, de Caen, Edmundo Villey. Desde mediados del siglo XIX á estos últimos años, los salarios se elevaron en Inglaterra y en Francia más de un 50 por 100; en los Estados Unidos más de un 68. Y no sólo se elevaron los salarios, disminuyó al mismo tiempo el precio de las subsistencias. En Francia, mientras, como queda dicho, los salarios se elevan en un 50 por 100, el precio de las

(1) *Mithoff*. Veamos la traducción que de su monografía sobre el salario hizo el Sr. Buylla.

subsistencias sólo se elevó un 40 para los dos tercios y un 25 para el tercio restante, de donde se deduce que la situación del obrero ha mejorado notablemente. En los Estados Unidos, el precio de 256 artículos de consumo disminuyó un 90 por 100. M. Villey compara el consumo de los obreros en diferentes épocas, y llega á la conclusión de que hay mucha distancia entre las familias de trabajadores descritas por Le Blay en *Les ouvriers européens*, y los que actualmente puede observar el economista.

—Sea—podrá objetársenos. —La ley de los salarios ha sido mal formulada; pero el patrono procurará siempre pagar el menor salario posible, mientras el obrero aspirará siempre á alcanzar el máximun de retribución. El conflicto continúa—nada menos cierto.—Aun sin haber leído á Nitti, nadie puede hoy dudar de la *economía de los salarios caros*. El trabajo del obrero bien retribuido es más productivo que el del pobre jornalero que se contenta con una remuneración cualquiera; no ignoran ésto los que entienden algo de negocios. En los Estados Unidos, por ejemplo, los salarios son mucho más elevados que en Francia, las asociaciones obreras más exigentes: en 1890, un carpintero ganaba en Nueva York 3,50 dollars al día, y de 3 á 3,25 dollars en Brokling; en Chicago, el salario semanal de los carpinteros era por la misma época de 12 á 20 dollars, el de los albañiles de 21 á 30, el de los cortadores de 9 á 30; el de los ebanistas de 7 á 16 y el de los zapateros de 9 á 12 (1). Pero el obrero americano *produce* también mucho más que el francés, justificando así la mayor remuneración que obtiene. «Aquí es uno bien pagado; pero se trabaja en firme», le decía á Levasseur un obrero alsaciano que había emigrado á los Estados Unidos. A renglón seguido, añade Levasseur: «Un francés antiguo alumno de la Escuela de Artes y Oficios de Aix que ha trabajado durante algunos años en América en calidad de obrero mecánico, me declaraba lo siguiente:

(1) Véase *Levasseur, L'OUVRIER AMERICAIN*, tomo I, pág. 327.

el obrero americano sabe cumplir á conciencia con su deber, no abandona jamás su puesto para ir á charlar con un camarada, es sumamente activo y no pierde un minuto». Lo mismo ocurre en Inglaterra. Los salarios ingleses son mucho más elevados que los del resto de Europa, pero el trabajador inglés produce mucho más que el francés, el alemán ó el belga. Por esta mayor remuneración y productividad del trabajo, los Estados Unidos é Inglaterra triunfan en la concurrencia internacional. Buena prueba de la economía de los salarios caros y de que el *interés bien entendido* del capitalista está en retribuir al obrero *como Dios manda*, determinando así entre los trabajadores una selección que, á la postre, beneficie á todos.



No pocos de los conflictos que á menudo estallan entre obreros y patronos son debidos á las pretensiones encontradas de unos y otros acerca de la jornada de trabajo: los primeros aspiran á reducirla, mientras los segundos se esfuerzan en alargarla todo lo posible. He aquí otro antagonismo que no lo sería si fueran escuchadas con atención las razones que en pro de su tesis aducen los partidarios de la jornada de ocho horas.

En efecto: la jornada de ocho horas ha sido ensayada en Inglaterra, no ya en uno ó en dos, sino en cientos de casos; no en una sola industria, sino en cientos de industrias; no sólo en fábricas y talleres del Estado, sino en infinidad de establecimientos privados; no sólo en el trabajo á jornal, sino también en el trabajo á destajo; lo mismo en las minas, que en las fábricas, que en las imprentas, que en los trabajos que se efectúan al aire libre, y en la mayor parte de los casos, el resultado fué el siguiente: Los obreros se mostraron capaces, perfectamente capaces de producir en ocho horas lo que antes producían en nueve, en diez y en once. No fué preciso emplear ni un obrero más para obtener la misma producción. Los salarios continúan siendo los mismos. El

obrero, en vez de pasar mayor número de horas en la taberna, consagró sus ratos de ocio al *boxeo*, al cultivo de su pequeño jardín, á las escuelas fundadas por las *trade-unions* y á las bibliotecas públicas. A veces, la producción disminuyó un poco, al principio, con la reducción de la jornada, pero se elevó en seguida al antiguo nivel. En algunos casos (no en uno ni en dos, en bastantes), la producción aumentó considerablemente con la jornada de ocho horas. Si en algunas industrias los resultados no fueron satisfactorios, según John Rae (1), es preciso atribuir dichas excepciones á la mala organización del trabajo.

Parecerá á muchos *cosa rara* que un obrero produzca en ocho horas tanto como en diez. Así es, no obstante. Y quien se pare á meditar en lo que el descanso representa en la salud del trabajador, encontrará muy natural lo que á tantos asombra. Lean algún estudio moderno sobre la fatiga (el de Mosso, por ejemplo), los que miden la productividad del trabajo por su duración, y sabrán después á qué atenerse. Se trata, después de todo, de un *hecho* que no es posible negar con ningún género de *filosofía*. Aquellos á quienes no cabe en la cabeza—es su expresión—que una *máquina* produzca tanto en ocho horas como en diez, fijense en que el trabajo de la máquina supone una *dirección* y un *cuidado* que sólo el hombre puede prestar, y en que la mera *atención* es un esfuerzo como cualquier otro.

Se dice que la concurrencia impide al patrono, por muy buena voluntad que tenga, establecer la jornada de ocho horas, mientras los demás productores no se hallen dispuestos á implantar la reforma. Este argumento es de lo más fútil que puede darse. Si la producción no disminuye con la jornada de ocho horas, si los salarios no se alteran y el número de obreros permanece el mismo, ¿qué tiene que ver ese patrono de buena voluntad con lo que hagan sus colegas? Según] Rae, la industria inglesa

(1) *La journée de huit heures.*

nada sufre con las grandes jornadas á que se halla sometido el trabajador del continente. El patrono inglés que, habiendo implantado la jornada de ocho horas, lucha ventajosamente contra las jornadas largas de Inglaterra, puede asimismo luchar con éxito contra las jornadas largas de Europa. Y de hecho—es cuestión de *hecho* que no cabe tergiversar con consideraciones *teóricas*—la industria inglesa, no obstante las cortas jornadas y los altos salarios, triunfa en la competencia internacional.

John Rae estudia los efectos de la reducción de la jornada de trabajo en los diversos países, en Francia, en Alemania, en Bélgica, en Suiza, en Austria, etc., y llega siempre á la misma conclusión: en general, la reducción de la jornada de trabajo, aumentando la productividad de éste, no altera en lo más mínimo las condiciones de la producción en un momento dado. Claro está—y tranquilícense los que se figuran que los obreros, después de obtener la jornada de ocho horas, vendrán pidiendo la de seis, la de cuatro, hasta la de dos,—claro está, repito, que la jornada de trabajo tendrá siempre un límite normal mínimo, á saber: aquel en que la reducción del tiempo de trabajo deje de estar compensada por la mayor productividad de éste.



Como antes había hecho Carlyle, John Ruskin, el gran artista, consagró al estudio de la llamada cuestión social parte de su precioso tiempo, y hasta organizó sociedades para preparar la vuelta de «los siglos sin humo». Más que el vivo sentimiento de la injusticia social, era una santa indignación estética lo que le llevaba á abominar del maquinismo, causa, según él, de todas las miserias. Encarándose con los industriales y especuladores del Reino Unido, les decía: «El país entero es un jardincillo, no más que suficiente para que vuestros hijos corran por el césped, si los dejáis correr por él. Y este jardincillo lo convertiréis en un alto horno, y lo llenaréis de montones de

cenizas, si es posible, y no vosotros, pero vuestros hijos sufrirán por ello, pues no irán al destierro todas las hadas. Hay hadas de los altos hornos, como las hay de los bosques, y sus primeros dones parecen «agudas saetas de valiente», y los últimos semejan «brasas de enebro» (1).

Por diferentes motivos y por distinto camino que Ruskin, el pobre Juan obrero había llegado mucho antes que el eminente crítico á la misma conclusión: la máquina, he ahí el enemigo. Y sin embargo, todo el mundo sabe hoy que si el primer efecto de la introducción de una máquina nueva, es lo que los técnicos llaman contracción de la mano de obra, el efecto contrario, ó sea la extensión de la mano de obra se produce al mismo tiempo. Tomemos como ejemplo un gran país industrial, en que el maquinismo ha hecho maravillas: los Estados Unidos de América. Véase allí claramente que, la máquina, lejos de ser rival del obrero, es su amiga y aliada. Mientras la población de la gran república aumentó un 99,16 por 100 desde 1870 á 1890, el aumento del número de personas empleadas en las diferentes industrias, aun en aquellas en que el maquinismo hizo sentir más sus efectos, fué de 192,27 por 100. Si á esto se añade el gran influjo moral que el maquinismo ejerció sobre el trabajador, aspecto del problema á que ha dado gran relieve un ilustre escritor americano (2), se comprenderá perfectamente cuanto debe nuestra época á ese industrialismo, que tan injustamente se denigra á nombre de un falso espiritualismo. De ello testimonia el movimiento obrero que en todas partes se observa, organización admirable que nos hace entrever vagamente lo que será la cooperación plenamente voluntaria y consciente del porvenir.

Omito otras muchas consideraciones por no hacer este artículo interminable. De las anteriores aparentes digresiones se desprende clara y precisa esta conclusión: *ha habido conflictos que hoy no lo son, teóricamente al menos;*

(1) *Los jardines de las reinas*, traducción de Pedro Corominas.

(2) Carroll D. Wright, *L'évolution industrielle des Etats-Unis*.

donde la ignorancia y el odio creyeron ver antagonismo irreductible, contradicción insoluble, descubrieron la ciencia y el amor positivas y fecundas armonías; puesto que históricamente se han resuelto muchos conflictos que la pasión y el interés mal entendido habían considerado como inevitable secuela de la presente organización social, no es absurdo suponer que muchos antagonismos que hoy tiene por tales la general incultura se resolverán en cooperación y en armonía á medida que el pensamiento vaya descubriendo nuevos horizontes.

Abona esta creencia el hecho importantísimo de que son precisamente discípulos y admiradores de Marx los que, rectificando sus doctrinas, demuestran que el ilustre autor de *El capital* se equivocó no poco al señalar las diversas manifestaciones de la contradicción, según él, con substancial al régimen capitalista. Así Berustein, en su libro famoso *Socialisme théorique et social-democratic pratique*, después de exponer la teoría de Marx, según la cual el número de capitalistas disminuye constantemente, dice: «Es absolutamente errónea la afirmación de que la evolución económica actual tiende á una disminución relativa en absoluto del número de sus poseedores. Absoluta y relativamente, por el contrario, el número de poseedores aumenta.» En efecto, según la *British Review* de 22 de Mayo de 1897, el número de familias en posesión de una renta de 150 á 1.000 libras esterlinas es en Inglaterra, en 1851, de 300.000; en 1881, de 990.000. Mientras que la población, durante esos treinta años, aumentó un 30 por 100, el número de contribuyentes de la expresada categoría aumentó un 233 por 100. Cosa análoga ocurre en Prusia. En 1854 había sólo 44.407 individuos que disfrutasen de una renta superior á 1.000 thalers; en 1894-95, 321.296; en 1897-98, 347.328. Mientras que la población dobló, el número de personas en posesión de una renta superior á 3.600 francos, se elevó al séptuplo. El mismo fenómeno se manifiesta en los demás Estados de la Confederación germánica. En Sajonia, por ejemplo, el número de personas en posesión de una renta superior á 1.920

francos é inferior á 3.960 era en 1879, de 62.140, y en 1890, de 91.124. Y no sólo demuestra Berustein que el número de capitalistas en vez de disminuir aumenta. Prueba que no podía suceder de otro modo. Dado el considerable aumento de la fuerza productiva del trabajo que caracteriza á la producción moderna, la consecuencia inevitable tiene que ser un aumento de la producción, y, por lo tanto, un aumento de los artículos de consumo que, en último término, no puede redundar sino en beneficio del proletariado y de las clases medias.

Claro es que no cabe hoy esperar de la «Libertad» lo que Bastiat de ella se prometía, y que la *intervención* se impone, aun cuando haya mucho que hablar de ese socialismo de Estado, inventado por economistas y sociólogos de cámara para justificar la más absurda y anacrónica de las tiranías. Sin duda que, por grande que sea la fe que en las armonías económicas se tenga, preciso es reconocer que el mundo en que vivimos dista mucho de ser el mejor de los posibles. Ciertamente que la lucha es la ley. Todo lo que existe lucha. Lucha de individuos, lucha de colectividades, lucha de pueblos: esa es la historia. Lo caduco cede, la fuerza triunfa. La vida se nutre de la muerte. Las plantas se disputan el sol, los animales el alimento. Luchan las especies y la selección se produce, asegurando el progreso. Luchan los monstruos y los átomos, los astros y los infusorios. La victoria corresponde á la vida, á la salud, á la alegría, á la fuerza.

Más de esto, á erigir la teoría de la lucha de clases en última y definitiva filosofía de la historia, hay mucha diferencia. Es necesario no olvidar que si la lucha es un lado de la medalla, la cooperación es el otro. Afortunadamente, así se va reconociendo por los propios discípulos de Marx. Ya en el campo mismo del socialismo, frente á la intransigencia de los Kantiky, los Guesde y los Lafargue, álzase la tolerancia, el sentido amplio y humano de los Berustein, los Adler, los Rouanet, los Jaurés y los Rappoport.

ALVARO DE ALBORNOZ

PARIS

❖ LAS MODERNAS DANZAS VIEJAS ❖ ❖ ❖ ❖ ❖ ❖

PARÍS aplaude al presente á Miss Isadora Duncan, anglo-americana, que danza danzas antiguas y danzas idilios ó idílicas.

El baile, como los versos, como la música, externa el alma y el temperamento de un pueblo. En este sentido, la última Exposición Universal fué un curso de psicología. Como cada país tiene su poesía peculiar y su música, tiene también su baile. Los Estados Unidos, que aún carecen de poesía y de música nacionales, tampoco poseen un baile típico. (El cake-walk no es yanqui; es negro).

La Duncan, admirable Miss, empapada de literatura, visionaria y reformadora de arte, que baila cuadros de Boticelli y *Nocturnos* de Chopín—música, pintura y danza que no comprende la mayoría de los yanquis,—representa, sin embargo, el alma de su país. Su arte, bueno ó malo, es original. De esa obra que interesa, de ese esfuerzo que rompe con los tradicionales lugares comunes del baile, se desprende esta cosa magnífica: la voluntad—la gran virtud del pueblo yanqui. Por donde la fina bailadora, toda gracia, viene á coincidir con la burda y fuerte Porcópolis. Así, esta bailarina *griega* es, en última análisis, yanqui genuina como un jamón de Chicago. Otra cosa refirma en ella su nacionalidad: el amor de la *reclame*. Sólo que la *reclame* de la Duncan consiste en hacer gala de no tener ninguna. La frialdad, el silencio, la indiferencia casi hostil de la prensa parisiense, depende de que Miss Duncan no se ha dignado, como es aquí de estilo, pagar elogios. Esta *reclame* al revés, me parece una de las mayores originalidades de Miss Duncan.

¿Pero son antiguas sus danzas? ¿Bailaban así los griegos? ¿No será más difícil descubrir y descifrar la perdida clave de las danzas frigias, por ejemplo, que averiguar cómo pintaron Apeles y Timantes, cuyas obras no existen? El gesto, el ritmo, el carácter de una danza antigua, ¿podrán reconstituirse con la sola y vana ayuda de alguna vana página de historia,— ó de algún bajo-relieve? ¿No entrañan, por el contrario, estas danzas de Miss Duncan un exasperado modernismo?

Miss Isadora baila en el propileo de un templo griego, al son de un clavecino y de una viola, sin corsé, casi desnuda, pies, piernas y muslos al aire. Las otras partes del cuerpo se transparentan bajo la clara tela, sobre todo cuando Miss Duncan explica, interpreta ó traduce en danza cuadros de asunto griego, vestida con aquella enagua corta que escultores y pintores prestan á Diana, como puede mirarse, por ejemplo, en *La Caza de Diana*, por el Dominiquino, ó en un mármol cualquiera.

Un cuadro representá la fijación de una actitud; para obtener esa actitud, el modelo tuvo antes otras actitudes, más ó menos fugaces, y otras tendrá después de esa que el artista fijó en la tela. Bailar un cuadro, pues, consiste en adivinar esas actitudes pretéritas y futuras—adivinarlas y danzarlas. Y yo pregunto: ¿por qué danzarlas? ¿No sería más noble, más conforme con el arte y la vida representar esas actitudes sucesivas en reposo y no en el torbellino y en el convencionalismo del baile? ¿El baile no contribuye á que uno reste cuanto no se puede ó no se debe traducir en danzas? ¿No entra en el baile, además, mucho de fantasía, mucho de relleno, algo que equivale al ripio de los versos?

La osadía de bailar *Nocturnos* de Chopín me parece mayor que la de bailar pinturas de Ticiano. No se trata de mover el cuerpo más ó menos elegantemente á un son de música, sino de concretar lo inconcreto, de expresar lo inexprimible, de traducir en la plasticidad del movimiento corpóreo una cosa de ilusión, una cosa vaga, aérea, ideal: la música, el alma de Chopín.

Miss Isadora Duncan logra efectos de idealidad merced á sus brazos finos, blancos y curvos; á sus índices afilados, que ella tiende hacia el cielo; á su cuerpo que se estira y se estira, adelgazándose, inmaterializándose—ó como si se hubiese roto en un vuelo. Sino que al fin, en alguna voltereta, descubrimos la pulpa rósea de sus nalgas. Es como si al volver la página de un álbum, después de una lectura de Lamartine, nos tropezamos con un dibujo *cochon*. Bailando francamente desnuda sería mejor, á los ojos de la moral, que en *deshabillé*, ya que por *deshabillé* traduce nuestro gusto moderno el traje griego.

Miss Duncan explica su revolución ó renovación de la danza en un folleto. El opúsculo, muestrario de ideas danzantes de Miss Isadora Duncan, escaparate de caprichos y opiniones, se llama *The dance of the future*. El solo título es una profesión de fe, por cuanto Miss Duncan muestra una confianza wagneriana en el porvenir de su arte.

A las pocas líneas, la Duncan se proclama discípula de Darwin y de Haekel; de suerte que, osada en todo, la pitagórica Miss, de un sólo rasgo de pluma, consagra maestros de baile á Haekel y á Darwin.

La feliz confianza en sí propio, sin la cual no es posible el reformador, surge de todo el folleto.

«Yo puedo no tener genio, ni talento, ni temperamento...», escribe la Duncan. A mí no me gusta contradecir á nadie, y menos á una dama; pero de esta vez estoy en desacuerdo con Miss Isadora, aunque si bien se examina no resulta desacuerdo alguno. Miss Duncan—que apenas duda, no ya de que tiene genio, sino de que es un genio—usa aquí de aquella graciosa retórica por donde se afirma lo que se niega. Esta griega de Nueva York ó de Philadelphia, en cuya alma existe un vago y noble anhelo de paganismo, piensa que su arte es una oración (*It is a prayer this dance*); y que «el arte no religioso no es arte, sino objeto de mercancía.» No obstante, ella cobra un luis por butaca. Y todos salimos encantados de tan caras y gentiles cabriolas.

Aparte el pedantismo de esta señorita, que habla de

evolución y menciona á Schopenhauer, á propósito de piruetas y pasos de baile, su teoría de la danza es muy personal y muy interesante, máxime porque ella tiene el talento y el valor de poner por obra sus doctrinas, y no resulta inofensiva y estéril teorizante.

Su biblia se reduce á cortos evangelios.

1.º La Naturaleza es la fuente del baile, porque de ella proviene todo movimiento.

2.º Los *ballets* de hoy están en desacuerdo con la Naturaleza; son antinaturales.

3.º Como cada quien gesticula y se mueve á su modo, cada quien debe ser original en el baile, sin sometimiento á un patrón, á un convencionalismo, á una pragmática de coreografía. *The dance of not two persons should be alike.*

Alrededor de estas ideas primordiales, y de alguna otra un poco revesada y metafísica, teje Miss Duncan sus danzas y la teoría de sus danzas, no sin incurrir en alguna contradicción como allí donde asienta: *we are not Greeks and cannot therefore dance Greeks dances*—después de haber afirmado que el arte de los griegos, la danza inclusive,—*is not a national or characteristic art but has been and will be the art of all humanity for all times.*

Como Miss Duncan primero, yo pienso que no debemos danzar (¡Dios me libre! ni escribir, ni esculpir) como los griegos, porque no somos griegos. Así, aunque fervoroso admirador del arte helénico—resultante maravillosa del más maravilloso pueblo que ha vivido sobre la tierra,—no comparto la opinión contradictoria, antihistórica y anticientífica de Miss Duncan, por donde el arte griego ha sido, es y será el de la humanidad entera. Yo no sé que la novela rusa, la poesía escandinava, la arquitectura germánica ó las danzas españolas tengan nada de griegas. Los mismos bellos bailes de Miss Duncan son originales y modernos y no griegos, aunque Miss Duncan, á poder de estudio y de adivinación, haya podido presentir, comprender y aun imitar actitudes y pasos de bailadoras helenas.

Cuanto al hecho de bailar pinturas de Boticelli y Noc-

turnos de Chopín, es resolver un viejo problema de arte. Miss Duncan, gracias al mucho talento y voluntad que es necesario reconocerle, ha respondido brillantemente á los que niegan el derecho de un arte de inspirarse en otro. Ella ha creado una hermosura nueva y ha reformado la coreografía, inspirándose en la escultura, en la pintura y en la música.

R. BLANCO FOMBONA.

Paris, Junio de 1903

FÉMINA

LOS ANTIGUOS MORALISTAS Y LA MUJER

UN interesante artículo de la *Revue de Morale Sociale* resume las teorías de los antiguos—relativamente antiguos—moralistas sobre la mujer.

Los educadores, por las mismas necesidades de su oficio, son los primeros en concebir á las mujeres como seres menos ideales de como las conciben los demás hombres, que son quienes las idealizan. El *Tratado de la Educación de las Jóvenes*, por Fenelón, contiene una psicología de la mujer muy delicada y muy comprensiva. «Para la educación de una mujer, dice en el capítulo XII, se debe tener en cuenta su conducta, los lugares donde debe pasar su vida y la profesión que ha de seguir.» Esta educación, que el futuro arzobispo de Cambray traza en un plan tan ingenioso, no implica, sin embargo, para la mujer otra vida que la del hogar. «Vengamos ahora, escribe en el capítulo XI, á la enumeración detallada de las cosas en que una mujer debe estar instruída. ¿Cuáles son estos empleos? Está encargada de la educación de sus hijos—de los varones hasta cierta edad y de las muchachas hasta que se casen ó se hagan religiosas—de la conducta de los domésticos, de sus costumbres, de su servicio, del cuidado de la despensa, de los medios de hacerlo todo con economía y rectitud; ordinariamente, lleva la administración de las fincas y el cobro de cuentas. La ciencia de las mujeres, como la de los hombres, debe limitarse á estar suficientemente instruídos en las funciones que les pertenecen; la diferencia de estas funciones debe ser la de sus estudios. Es menester, por consiguiente, limitar la instrucción de las mujeres á lo que acabamos de indicar.»

Y como ejemplo convincente de sus doctrinas aplicadas á la práctica, Fenelón nos presenta á la *femme de qualité*, para lo cual reproduce el canto magnífico en que el sabio de las Escrituras, el poeta de los Proverbios, exalta á la Mujer Fuerte.

Escrito este tratado de educación femenina por el año de 1687, su espíritu cristiano y episcopal encontró un eco en madame de Maintenon, la excelente directora del colegio de Saint-Cyr, destinado á la educación de niñas. Para dar á sus queridas hijas, nobles aristócratas, una regla de conducta, escribe el *Plan de vida de una mujer cristiana*, publicado en 1712 «á ruego de una de las jóvenes que educaba en su recinto.» Estas líneas que vamos á transcribir rebosan todo el abandono de una obra que no se cree llamada á la celebridad, y en la cual están sinceramente expuestos los pensamientos que animaban á la dama que engalanó con sus galanterías los palacios gentilicios de Versalles: «Si estoy casada y mi marido me deja en libertad en una casa de campo, me levantaré á las seis en verano y á las siete en invierno. Haré mis oraciones. Daré una vuelta por la casa para ver si mis servidores se han levantado y si hacen lo que deben hacer. Volveré luego para hacer mi *toilette*, que será modesta, pero limpia. Iré á misa. Veré á mis hijos y me ocuparé de ellos, según lo que convenga á su edad. Trabajaré hasta el medio día. Por la tarde iré á paseo. Volveré á comer á las ocho. Luego tendré alguna recreación. Haré el ejercicio de la noche, á las diez, con mis criados. Por fin, me acostaré. Me informaré si mis servidores frecuentan los sacramentos, si no juran, si no se embriagan, si están bien instruídos. Los domingos, después de vísperas, iré á visitar los pobres del pueblo y les entregaré limosnas. Frecuentaré los sacramentos. No sufriré á mi lado sino á los que vivan como buenos cristianos; pero los aguantaré con paciencia mientras no sean escandalosos.»

Hogar y Religión: esas son las dos columnas en las cuáles Fenelón y Mme. de Maintenon apoyan la vida de la

mujer. Esta les parece un ser esencialmente relativo, destinado al hogar, y que busca en la religión, no un medio de emancipación intelectual y moral, sino un auxilio al buen cumplimiento de todos sus deberes oscuros, abnegados y silenciosos.

Los Enciclopedistas, que vinieron después, no se ocupan del problema femenino. Sólo tratan de crear al ciudadano. El foro les atrae; el hogar les repugna. Bestia de placer, animal de deleite asqueroso y reconfortante, la mujer en el siglo XVIII no es todavía un ser moral. La sensualidad le hace graciosa ó impertinente; pero, bajo su pelo blondo y sus polvos finos de marquesa galante, la bella Cunegunda sigue siendo la hermana de Gargamella; evoca aún para Voltaire como para Rabelais, la Bestia de Dos Lomos.

Rousseau parecía comprender mejor el espíritu femenino. Su obra está más libre de las preocupaciones momentáneas: piensa en la humanidad, al paso que Diderot, D'Alembert, Montesquieu mismo, y Voltaire siempre, combaten por su tiempo y por su país. Juan Jacobo—de quien la Revolución, preparada por el pensamiento frío de Voltaire y de la Enciclopedia, recibe un impulso formidable y definitivo en sentido sentimental—es el Hombre de la Naturaleza, como Voltaire es el Hombre de la Razón y Diderot el Hombre del Sentimiento. Sus discursos á las estrellas, sus paseos bajo las umbrías de Saboya, le dieron aquel deísmo poético y dulzón, su creencia ingénua en la bondad de la naturaleza. Y las teorías de este gran sensitivo respecto á la mujer, son precisas. Al comienzo del libro V del *Emilio*, escribe: «La mujer está formada especialmente para placer del hombre; si el hombre debe agradecerle á su vez, es con una necesidad menos directa; su mérito está en su fortaleza: sagrada solamente porque es fuerte. Esta no es la ley del amor, convengo en ello; pero es la de la naturaleza, anterior al amor mismo.»

Tras este retrógrado concepto de las instituciones fundamentales que mantienen la sociedad, vino el Saint-Simonismo, vino el Fourierismo y vinieron todos esos sis-

temas que sembraron en Francia algo de trigo sano entre mucha cizaña. La Mujer estaba dominada por el Hombre en las Leyes. Quiso reformar las costumbres, rompiendo los lazos más necesarios y más dulces. El falansterio fué la caricatura de este sistema. Utopía siempre, y que, por lo mismo, impide á todos estos reformadores haber dejado una obra, un escrito, un tratado de algún valor sobre la mujer moderna. La psicología de Fourier es pueril, y los ensayos prácticos de sus discípulos prueban la necedad de los ignorantes que pretenden reducir á un estado de comunismo una civilización de tres mil años. La magistratura de Luis-Felipe no anduvo acertada condenando, por ofensa á las buenas costumbres, á la comunidad de Menilmontant. A quien defendían únicamente sus miembros, era al buen sentido.

¿Se instruirá la mujer en las obras más recientes y del más renombrado feminista, Alejandro Dumas hijo? Hábil dramaturgo, vulgar pensador. Perdamos la ilusión de que el teatro es el género que refuerza más la idea. El teatro social es un error casi tan profundo como el de la novela psicológica ó el arte moralizador. «Leed y releed, se me dirá, los libros que precipitaron una reforma, y algunas veces una revolución. *L'Esprit des Lois, Les Paroles d'un Croyant, Les Châtiments*. Bien: pero ¿se puede afirmar que los dramas de Dumas hijo hagan otra cosa que seducir, entretener ó excitar al público?

Asimismo Paul Hervieu, Brioux y demás modernos confeccionadores de dramas con tesis no influirán apenas sobre el feminismo. Todo el Teatro-Libre no vale el proyecto de ley que formula una reforma, el libro, el artículo ó el discurso, que, aplicándole, la han hecho posible.

Ampulosidad oratoria ó efecto escénico: estos dos vicios han caracterizado toda la literatura de la Mujer. Con más precisión que antes, ahora se la presenta lo mismo en el fondo. ¿Imagináis el ridículo que caería sobre el libro que un autor ingénuo ó ambicioso intitulase el *Hombre*? En tiempos atrás, Helvetius y algunos filósofos más—por otra parte, de talento muy mediocre—pudieron

estudiar al Hombre en sí. Pero es que entonces el Hombre todavía no estaba, por las leyes y las costumbres, plenamente poseído de su propia personalidad. Algunos privilegiados tenían sin derechos á millares de seres humanos. La Revolución se dedicó á concedérselos en sus decretos de ideólogos. Mas ¿cuándo han aparecido en realidad las reformas sociales? El día en que se comprendió que siendo el Hombre infinitamente diverso, no sólo de raza, pero en el mismo territorio de ideas, de educación, de condición, era preciso conocerlo, si no individuo por individuo, al menos categoría por categoría. Y aún así, la ley concedida al obrero no se concibió como la destinada expresamente al burgués. Y el estudio social del obrero, si está inspirado en los principios comunes del espíritu moderno, libertad política, igualdad social, fraternidad social, no ha seguido, con todo, los mismos métodos que empleó en el conocimiento de la burguesía.

En una palabra: el Hombre-Entidad ha desaparecido; la Mujer-Entidad subsiste. Leed á Michelet, á Pelletan, á Legouvé, y hasta á Alejandro Dumas, escribiendo en una época que ya se vanagloriaba de ser realista. ¿Qué mujeres presentan? ¿En un sér real, distinto en cultura intelectual y moral según el medio... según el piso en que vive? ¿Conoce la necesidad de vivir, de economizar el peculio doméstico, de ganarlo cuando se ofrezca ocasión? No; para todos nuestros escritores, apenas si Jenny la obrera en su boardilla se distingue de la duquesa en su *boudoir*, ó de la burguesa en su alcoba. De que todas tres posean un corazón nacido para el amor, nuestros novelistas *psicólogos* deducen que son idénticas. Novelistas en el fondo son todos nuestros sociólogos del feminismo. Literatos tan ridículos por su Mujer-Entidad como por su Hombre. Esta infantil psicología era la del filósofo que escribió con gallarda pluma el *Emilio*.

MARGARITA MARÍA DE MONTERREY.

DE ARTE

LA PINTURA EN LA EXPOSICIÓN
UNIVERSAL DE PARÍS, 1900, POR
M. RODRÍGUEZ CODOLÁ

POR las circunstancias en que llega, tanto como por su propio mérito, yo he visto en este libro, de que voy á dar sucinta noticia, reflejos mesiánicos, algo como la encarnación de un vivo deseo, que venía poblando de suspiros los campos de la producción pictórica.

Es el Sr. Rodríguez Codolá crítico culto y artista, á la manera del insigne Rodó, impoluto de prejuicios de escuela, libre y amplio de criterio, dueño, en fin, de todas las cualidades relevantes que se han menester para la lucha contra la ausencia actual de ambiente artístico, y para la empresa de enlazar, mediante el necesario parentesco, á los creadores de bellezas con el alma del público.

De dos partes consta este libro, no por breve (120 páginas), menos admirable; la una consagrada á fijar el aspecto general de la pintura, y á delinear el carácter de la lucha entre las novísimas tendencias que dividen el mundo ideal del arte en los tiempos presentes; la otra, dedicada al estudio parcial de las manifestaciones pictóricas en las diversas naciones que concurrieron al último Certámen Universal de París.

El saber y el buen gusto resplandecen en las páginas en que el Sr. Codolá orienta al lector entre las diversas escuelas y estilos que florecen en el día. Y huelga decir que el autor, desde el primer momento, hace objeto de sus simpatías al afán innovador, al que tiene por ley el desarrollo de la propia individualidad y la salvadora expansión del arte hacia problemas de color ó de ejecución, hasta ahora ni siquiera abordados, y que trabaja por afirmar y ensanchar la conquista del ambiente, del espacio y de la luz en plena naturaleza, convirtiendo el cuadro, que antes era reproductor indiferente de la Creación, en es-

pejo donde se retrata «lo íntimo de ella, el alma múltiple de las cosas, los espectáculos fugaces, que pasan inadvertidos para los espíritus vulgares.»

El carácter anárquico de la producción innovadora no deja, sin embargo, de ser percibido por el Sr. Rodríguez Codolá, que, sin perder la serenidad de su juicio, en medio de tantas seducciones como le asedian, huye de la abundancia abrumadora de medianías, y niega el homenaje de su examen á los incultos, que, por falta de estudios preliminares, ante el temor de caer en los resabios de los maestros antiguos, caminan derechamente hacia el fracaso. *Nihil novum sub sole*, dice á estos; y estudiando en seguida el proceso que ha seguido á través del tiempo el germen de innovaciones contenido en el ovario de lo antiguo, señala las afinidades que encuentra entre los viejos maestros y sus antecesores, y entre aquellos y los actuales, refiriéndose, en páginas brillantes, entre otras peregrinas intuiciones, que tuvieron diversos artistas, á la del principio que informa la escuela impresionista, atenta á dar la sensación de las cosas, visible en las últimas obras de Velázquez, y, sobre todo, en *Las Hilanderas*; á la división del color que emplean los neo-impresionistas, ya iniciada por Rubens; á la teoría científica de los colores, ensayada por Delacroix; á la perspectiva lineal, ejecutada por Millet, y á la mezcla del color, reemplazada en los cuadros de Watz por la yuxtaposición de tintas.

Explicado de esta suerte el enlace de lo antiguo y lo moderno, el autor enumera los resultados conseguidos por los pintores de ogaño. Después entra en otra cuestión interesantísima: el fondo moral de las obras contemporáneas, dividido en dos tendencias principales, que convergen á un solo punto: la tristeza. Los pintores son psicólogos, como Carrière, ó poetas, como Puvis de Chavannes, el otro maestro, aunque ya difunto, de la escuela moderna; pero poetas ó psicólogos, cantores ó inquietos del misterio de la vida, el dolor de vivir pesa ó flota sobre su obra. De los psicólogos dice el autor: «No

es la manzana en sazón y gustosa lo que les agrada; lo que place á su paladar de artistas es la fruta agridulce, que produce estremecimientos nerviosos al hincarle el diente... Bucean en las almas para encontrar entre sus pliegues la inquietud que atenacea aun en las más felices. Los otros, los poetas del pincel, sueñan en la conjunción del hombre y la naturaleza, viviendo la sosegada vida de las pasiones dormidas; pero, á pesar de ello, se desprende de sus obras una sutil melancolía; la melancolía de lo deseado y no conseguido...»

La segunda parte del libro empieza con una noticia acerca de la influencia francesa en el presente movimiento de arte, y un juicio sobre Puvis de Chavannes, el maestro del ideal y de la poesía, y otro sobre Carrière y su arte, arte admirable, sin horizonte ni lejanías, lleno de poderosas visiones, que surgen entre sombras opacas, de figuras que poseen plasticidad escultórica, y que, sin embargo, tienen «inconsistencia de ensueño», con mucha vida y mucha realidad, pero «libres de la pesadez de la materia.» Surgen luego los grandes discípulos de los dos maestros: Aman Jean, el sutil, el de los tonos suaves, que posee de Puvis de Chavannes el sentimiento de la decoración y de Carrière la refinada psicología; Besnard, otro exquisito, apasionado del color, que busca, como todos los cultos, la esencia de la vida en estados fugaces del espíritu; Henry Martín, el de la pintura *literaria*, el poeta que pinta; Poitelin, el sintético, el de los paisajes solitarios...

Y el Sr. Codolá, alma delicada y vibrante, va recogiendo y anotando bellezas, y en su estilo, rápido y cortado, pero flexible, las sensaciones ondulan y las ideas fulgen como piedras preciosas, que estuviesen dotadas de espíritu. Así en la evocación que realiza su pluma, nerviosa al sentir, serena al pensar, del arte y de los autores universales, con que ocupa la tercera parte de su libro.

Como en ideal cinematógrafo van desfilando unos y otros por el ánimo del lector.

Los primeros que llegan son los artistas ingleses, y su arte, sincero é independiente, pero insensible á la armonía del color. Luego Alemania, con su pintura sabia, pero sin emoción, docta, pero fría; autores que no se nutren del natural, sino del estudio de los grandes maestros muertos, que son muy eruditos, pero que no reciben la divina caricia del entusiasmo. Enseguida Austria, con su tendencia al arte decorativo más que al pictórico... Detrás Suiza, donde, entre mucho malo, descuella el célebre Hoder, gran artista y pensador. Después Bélgica, con lienzos, por donde las vidas humildes pasean en silencio un dolor digno ó egoísta, de que los autores no quieren hacer partícipe á nadie—la angustia de las almas fuertes; Holanda, aún más triste y brumosa que Bélgica, sin una pincelada modernista; Dinamarca, con notas íntimas y tranquilas, con sinceridad de sentimiento y ciencia ingenua; Noruega, saturada de poesía natural, sin artificios, con una percepción original del color; Suecia y su tendencia á presentar la naturaleza desde un punto de vista ornamental y á magnificar los espectáculos naturales; Finlandia y sus tonalidades siempre mates; Rusia, y su falta de homogeneidad y de sensibilidad, y su deseo de obtener brillantes coloraciones y amplitud de forma; los Estados Unidos, donde hasta Wistler el sugestivo, el pintor de lo misterioso, el de las opacidades transparentes, oscila entre Velázquez y el impresionismo francés; el Japón, y su arte hábil, de buen gusto; Italia..., y con otros. Boldini, el alma *dandy*, el artista femenino é inquieto de las sedas y las sonrisas; Portugal, y su pintura sorda, opaca de color, sin transparencias ni vibraciones; España, al fin...

Pero, al llegar España el evocador vacila... al cabo da una nota de excusa discreta, y hace punto final.

Y he ahí algo de lo que es la obra del Sr. Codolá. Rayo de sol—luz y calor—extendido sobre el país donde las almas sienten y la línea y el color cantan.

J. RUIZ-CASTILLO.

LOS LIBROS

DR. F. ORESTANO •• •• IDEE FONDAMENTALI DI F. NIETZSCHE NEL LORO PROGRESSIVO SVOLGIMENTO: ESPOSIZIONE E CRITICA •• PALERMO, 1903.

OTRO libro sobre Nietzsche!» dice el autor en su prefacio. Para excusarle, debemos notar que, si es muy fácil escribir páginas interesantes explotando la originalidad genial de Nietzsche, poniendo de relieve su singularidad, sus paradojas, los aspectos exteriores de su pensamiento, bien pocos críticos, en cambio han tratado de penetrar en el fondo mismo de este pensamiento y presentarlo, en cuanto es posible, bajo una exposición sistemática.

Laudabilísimo intento es el de Orestano, que ha expuesto una parte de la doctrina de Nietzsche, por la mayoría de sus comentadores desdeñada ó apenas desflorada. En la quinta y última parte de su obra, ensaya una crítica que resumiremos brevemente.

Vaihinger ha señalado en Nietzsche siete tendencias fundamentales: su filosofía es antimoralista, antisocialista, antidemocrática, antifeminista, antiintelectualista, antipesimista y antireligiosa. Pero se podría añadir—dice Orestano—que es antimetafísica, antiteológica, antiromántica. Por otra parte, Vaihinger lo hace derivar de Schopenhauer y Darwin; tesis poco aceptable, porque Nietzsche no admite la voluntad como cosa en sí, y es notoria su hostilidad contra el darwinismo y la selección natural, hostilidad confesada en *El Crepúsculo de los Idolos*, donde escribe (*Divagaciones intelectuales*, XIV, *Anti-Darwin*): «Por lo que respecta á la famosa *lucha por la existencia*, me parece provisionalmente más afirmada que demostrada. Obsérvase, pero con alguna excepción: el aspecto general de la vida no es la indigencia y el hambre; todo lo contrario, es la riqueza, la opulencia y la prodigalidad hasta el absurdo. Donde hay lucha, es porque hay poder... No conviene confundir á Malthus con la naturaleza... Darwin se ha olvidado del espíritu.» Con su teoría del *devenir* sin ser, y del mundo sin sujeto, Nietzsche parecería más bien un sucesor de Heráclito. «Todo accidente, todo movimiento, todo *devenir* es como una determinación de relaciones de grados y de fuerza, como una lucha.»

En el fondo, y aunque parezca rechazar toda metafísica, Nietzsche profesa una: el fenomenismo absoluto. Más allá del mundo ordenado por nuestra óptica psicológica para nuestras necesidades y nuestra utilidad, el autor de *Also speaks Zarathustra* supone un caos amorfo de multiplicidades confusas. ¿Quién lo sabe? ¿Cómo podría conocerlo? «Una

óptica vale bien otra. ¿Quién establecerá que el *devenir* es una realidad sin existencia, el mundo sin un sujeto? Un acto de fe.» Y su tesis de la Vuelta eterna, fundada en la hipótesis de un tiempo infinito; ¿no es metafísica? «Este axioma tiene sencillamente el valor de un *credo*.»

Orestano aborda, como muchos otros, la crítica de las paradojas morales de Nietzsche, y concluye en estos términos: «La base teórica de su enseñanza es profundamente unilateral.» ¿Por qué esta preferencia exclusiva hacia un solo punto de vista—la voluntad de potencia y sus manifestaciones—habiendo tantos otros igualmente posibles y legítimos? Y más adelante, el sabio crítico italiano escribe: «Entre las enseñanzas de Nietzsche, dos me parece que se impondrán y conservarán una influencia duradera: primero, la vida no puede sufrir obstáculos; toda ética, toda religión que niegue la vida, es falsa; segundo, la sociedad humana debe ser dirigida por los individuos superiores. Estos preceptos no son nuevos, pero Nietzsche les ha dado más valor, imprimiéndoles la huella de su genio.»

WUNDT •• «EINLEITUNG IN DIE PHILOSOPHIE» (INTRODUCCIÓN AL ESTUDIO DE LA FILOSOFÍA) •• LEIPZIG, 1903 ••

DIVIDE la materia el profesor Wundt en tres partes:

1.^a Definición de la filosofía y clasificación de las ciencias. 2.^a Desarrollo histórico de la filosofía, y 3.^a Principales direcciones filosóficas.

¿Cuál es el objeto de la filosofía? Satisfacer las exigencias fundamentales de la razón construyendo un sistema general del Universo; responder á las necesidades de la Sensibilidad y de la actividad práctica y dar una regla de conducta. Una ciencia normativa es ante todo una ciencia explicativa, porque una norma ó regla que no fuese deducida de principios inteligibles sería una verdadera sentencia de oráculo sin valor científico y sin autoridad práctica. Así, pues, la moral debe compendiar los juicios que la conciencia popular enuncia sobre el valor de las cosas y las reglas que actualmente esta misma conciencia tiende á imponer. No hay, pues, filosofía puramente práctica, como pretenden algunos modernos, porque la filosofía es una ciencia principalmente especulativa. Wundt concibe cómo una ciencia universal que, partiendo de las verdades patentizadas por las ciencias particulares, intenta unir estas verdades en un sistema bien ordenado. La filosofía estudia al mismo tiempo los métodos que estas ciencias siguen y las hipótesis generales en que se apoyan, esforzándose en reducirlas á sus primeros principios. Comprenderemos mejor el objeto de esta ciencia universal, cuando, siguiendo al autor, clasifiquemos las ciencias particulares y definamos su objeto.

Clasificándolas objetivamente, obtendremos: Ciencias, matemáticas, ciencias de la Naturaleza y ciencias del Espíritu (*Geisteswissenschaften*). Las ciencias matemáticas son puramente formales; en cambio las de la Naturaleza y el Espíritu son morales. En cada uno de estos últimos grupos se puede distinguir: 1.º las ciencias que tienen por objeto el descubrimiento de las leyes que rigen los fenómenos actualmente comprobados; 2.º las ciencias que estudian las cosas en su génesis; y finalmente las ciencias que, no considerando cambios pasajeros, sino objetos ó al menos resultados durables que por su misma duración pueden llamarse cosas, determinan por comparación las relaciones de estas cosas, forman conceptos distintos y reducen estos conceptos á sistemas.

La Filosofía es, como hemos visto, una doctrina general de las ciencias; pero así comprendida, puede estudiar la formación, el desarrollo de la ciencia ó bien la ciencia completa y definitiva. Considerada desde el primero de estos dos aspectos, es genética y puede llamarse Teoría del Conocimiento. Desde el segundo aspecto es sistemática y se nombra la Ciencia de los Primeros Principios. La Filosofía del Conocimiento puede ser formal ó real: formal se llama á la Lógica, real, Teoría propiamente dicha del Conocimiento. La Filosofía de los Principios puede ser general y entonces es la Metafísica, ó bien especial. Esta última ramificación comprende: la Filosofía de la Naturaleza y la Filosofía del Espíritu. A la Filosofía de la Naturaleza se reducen la Cosmología, la Biología y la Antropología; á la Filosofía del Espíritu, la Ética, la Estética y la Filosofía de la Religión.

Esta acertada clasificación de las ciencias es digna de la celebridad que tan gloriosamente ha conquistado el profesor de Leipzig.

A. CASTELEIN, S. J. ... «LOGIQUE» ...

BRUXELLES 1903

EL autor declara en el prefacio de su obra que se ha inspirado especialmente en los principios de la filosofía escolástica, «porque ni en Descartes, ni en Kant, ni en los filósofos del siglo XIX toman origen las sanas doctrinas de la filosofía». El método seguido por el Padre Castelein, presenta, en efecto, un marcadísimo carácter escolástico; procede por definiciones, tesis y proposiciones; los argumentos están puestos en forma silogística. En cuanto á la doctrina misma, no es puramente escolástica, pero bien se advierte la inspiración peripatética.

He aquí el plan general del libro:

Primera parte. Lógica formal (de la idea, del juicio, del raciocinio inductivo y deductivo, del error.)

Segunda parte. Criteriología. Teoría de la certeza.

Tercera parte. Metodología. Teoría de los métodos en las ciencias de la naturaleza y en las ciencias morales.

Donde menos inspirado está el Padre Jesuíta es en la crítica de ciertos métodos falsos, según él, que, á partir de Descartes han acaparado el cetro de la Criteriología. Kant, por ejemplo, no fué, como cree el Padre Castelein, un simple amalgamador de las Categorías, del Entendimiento y del Principio de Contradicción. Precisamente su originalidad estriba en eso: en haber distinguido radicalmente del Principio de contradicción todas las formas instintivas y en haber fundado sobre esas formas y categorías el valor objetivo de las verdades científicas. El autor añade: «Su sistema es una contradicción perpétua, porque Kant, aun cuando reduce á un puro *subjetivismo* todos los principios de lógica, no hace más que servirse de ellos en sus extensos razonamientos: Pues bien: Kant ha querido, por el contrario, establecer el valor objetivo de los principios de las ciencias distintos del principio lógico de Contradicción, y nunca le cupo duda alguna sobre el valor del principio de Contradicción, como principio que pone de acuerdo las ideas entre sí. Lo que no parece comprender el sabio Jesuíta es este mundo objetivo de los fenómenos interpuestos entre el mundo de estados objetivos y el mundo de las cosas en sí.

Es, en suma, esta *Lógica* una obra interesante y curiosa, donde se combinan el espíritu de las ciencias modernas y la inspiración escolástica. La tercera parte, sobre todo, acredita al autor de historiógrafo y economista competente.

H. LAGRESILLE •• «LE FONTIONNIS-
ME UNIVERSEL»: ESSAI DE SYNTHÈ-
SE PHILOSOPHIQUE •• PARÍS, 1903 ••

ESTA obra, que parece comienzo de una serie sobre el mismo tema presenta una suma de conocimientos más extensos que sólidos. Se puede alegar en disculpa que un ensayo de síntesis filosóficas en el estado actual de las ciencias, es empresa que abate las fuerzas humanas más robustas. Aun los espíritus más comprensivos, han desconfiado, después de Kant (salvo Hegel), de las vastas construcciones sistemáticas y Kant mismo nunca trató de darnos una síntesis universal. Fundar algún principio, proceder á crítica general de los conocimientos establecidos, traer una piedra al monumento magnífico ó dar una dirección; he ahí á lo que se han limitado los más eminentes pensadores del siglo XIX.

Tarea, pues, en que tantos altos ingenios fracasaron, requeriría una amplia capacidad intelectual de que, por desgracia, el autor carece. Generalizar es la obra más difícil que se puede proponer al espíritu humano. La mucha generalización fácilmente degenera en abstracción insoportable. Es-

to le ha sucedido á Lagresille. En su obra tropiézase con muchas páginas de obscuridad perfecta y de inteligibilidad reprensible. Hay muchas clases de obscuridad: algunos filósofos, mejor dicho, todos los que se dedican á la alta especulación son ininteligibles para el vulgo profano; pero el espíritu que ha entrado en los misterios de la *Sophia* comprende sus silogismos. No sucede así con el que es obscuro por instinto de afectación. Su obscuridad, más que obscuridad, es rebuscamiento de palabras é ideas.

Esta obra nos enseña lo que se debe hacer y de lo que se debe huir en materias filosóficas. Aumenta considerablemente el número de defectos peculiares á estas vastas síntesis donde lo vago de las fórmulas tiende á encubrir la pobreza é inconsistencia del fondo.

... «CLAUDINA EN LA ESCUELA»,
 POR WILLY ... TRADUCCIÓN DE LUIS
 RUIZ CONTRERAS ... 1903 ...

Es encantadoramente precoz esta Claudina, de diez y seis años, virgencilla loca que escribe maravillosamente su diario. El estilo es incisivo, cortante, ingenioso, con algunas expresiones de *argot*, pero lleno de frases exactas y límpidas. Observa esta muchachuela viciosa con una sagacidad característica y clarividente. También es precoz en otro sentido—en mal sentido—... tan precoz, que su diario debe ser incomprendible ó demasiado instructivo para sus diminutas compañeras de colegio—si en este colegio se dejan leer libros como el de Claudina. ¡Ah, es un colegio singular el de Montigny-en-Fresnois, donde Claudina recibe educación! Tan precoz, tan precoz es la amable niña, que está á punto de ser escandalosa en sus revelaciones.

Nuestra juventud se queja amargamente de los internados, lóbregos, tristes, llenos de sombra... Yo os aseguro ¡oh, mis queridos escolares, que teméis la férula disciplinadora del preceptor!, que en el internado de Montigny-en-Fresnois encontraréis campo donde realizar vuestros ensueños y todo lo que da á la vida cotidiana apetitoso saborcillo.

Me encantan sobremanera, en el diario de Claudina, las semblanzas de sus compañeras, de la directora, de todo ese mundo escolar, pequeño y reducido, un poco viciosillo... pero con gracia. Figuraos que las educadoras (¿cómo diré yo esto?) necesitan de los educadores ¡sus muy queridos colegas! para que la sentimentalidad infantil se desarrolle... En fin; no quiero seguir con Claudina, que, dicho sea de paso, sabe bastante historia de Francia, como tiene ocasión de demostrar en unos lucidos exámenes. No todo son escabrosidades en los internados. Véase el de Montigny-en-Fresnois, que vuelvo á recomendar á los escolares que deprimen «el actual estado de cosas»...

PEDRO GONZÁLEZ-BLANCO

«DE MI PAÍS», DESCRIPCIONES, RELATOS Y ARTÍCULOS DE COSTUMBRES, POR MIGUEL DE UNAMUNO. — MADRID, 1903

No se por qué se me figura que, aun cuando en las notas rectifique con severidad de padre ciertas ideas juveniles, el Sr. Unamuno ha de tener especial cariño á los trabajos de su juventud, que, coleccionados bajo el título común «De mi país» acaba de publicar. En todos ellos hay espontaneidad, ternura, visión intensa, artística, y llena de color, de la tierra vasca. Mucho ha evolucionado el personalísimo y sutil talento del autor desde los tiempos en que escribiera los trabajos coleccionados, hasta los actuales, pero si ha reforzado su cultura y afinado su criterio, si su ingenio se ha hecho más zahorí y más complejo su sentimiento, las admirables facultades artísticas que en sus cuadros de costumbres revela, nada han mejorado. En ellos se muestra un Teniers pensador y algo nostálgico, pintor de una realidad burguesa y gris, á ratos enamorado de añejas glorias y viejas añoranzas, á ratos irónico y burlón. Los cantos al futuro Bilbao, fabril, rico, lleno de humo y de dinero, parecenme menos sinceros que los entonados al Bilbao de su infancia, á la Vizcaya patriarcal, de cielo gris, verdes montañas, blancos caserios, y húmedo ambiente. Yo percibo en sus ironías contra los enamorados de lo antiguo, de la Vizcaya poética y legendaria, más ternura y simpatía que acritud y despego. A pesar de su razón, su sentimiento triunfa, y el moderno bilbaíno, trabajador infatigable, duro luchador, ambicioso de conquistar el nuevo vellocino de oro, desaparece en él para dejar paso al bilbaíno de antaño, fuerte, soñador, sencillo, y tierno.

Y es que el pensador y el artista modernos, por envueltos que se hallen en la atmósfera positivista y metalizada propia de nuestra época, no pueden dejarse entusiasmar ni arrastrar por esa fiebre de una acción sin objeto, que entusiasma y arrastra á casi todos los hombres de hoy. Los que piensan y sienten con intensidad la vida, no pueden conquistarla. Y por eso, en el fondo, unos más, otros menos, todos son nostálgicos y todos inactuales. ¡Acaso los más ilusos sean los que de más realistas se precien!

Por estas y otras razones que no escribo por temor á que resulte demasiado extensa esta ligera nota, juzgo colocado al ilustre rector de Salamanca entre esos modernos pensadores y artistas, complejos, personales, enemigos de todo sistema y de todo dogma, que disimulan hondas nostalgias é íntimas ternuras con los matices diversos de la ironía, sin duda por el fundado temor á que sus almas no encuentren eco ni calor entre las de los otros hombres, agitadas por bien distintos intereses.

Difícil es hacer una selección de los trabajos coleccionados

por el Sr. Unamuno. Cada cual tiene su especial encanto. El titulado «Castilla y Vizcaya» es una bella y vigorosa antítesis entre los paisajes y las almas de ambas regiones. Y por cierto que es el Sr. Unamuno uno de los escritores que mejor comprenden las bellezas de las llanuras castellanas, escuetas y parduzcas, llenas de monótona grandeza. La descripción de un partido de pelota tiene mucha vida y movimiento. Destácanse en ella, vigorosas y claras, las homéricas figuras de los pelotaris, modernos héroes del músculo. En «La Torre de Zurbarán», el escritor, sentado al pie de las históricas ruinas, contemplando un ameno valle, y viendo perderse, á lo lejos, el humo de las fábricas, diserta con honda y serena melancolía sobre el tema eterno, y siempre nuevo, de lo inestable de todas las cosas. Casi todos los demás son cuadros de costumbres llenos de verdad y de color. Los titulados «La Sangre de Aitor» y «Chimbos y chimberos» son, especialmente, deliciosos. Y por último el dedicado á la simpática figura de Autón el del Pueblo, es un modelo de estudio crítico moderno. No pueden darse dos caracteres intelectuales más opuestos que los de Trueba y Unamuno. Sencillo es aquél; este complejo. Sin curiosidades grandes el primero; insaciable desflorador de nuevas ideas el segundo. Limita, el modesto cantor de la vida burguesa y pacífica de Vizcaya, sus vuelos, al hogar campesino, y escribe para todos. El ilustre autor de «Paz en la guerra», remonta los suyos por encima del hogar y de los campos, y como un nuevo Fausto se atreve á visitar en sus escondrijos á las Ideas-madres, disminuyendo, naturalmente, el círculo de sus lectores, á medida que su pensamiento se refina más. Y sin embargo de todo esto, el espíritu del Sr. Unamuno ha penetrado en el alma sencilla é ingénuo de Trueba, que por su misma sencillez resiste el análisis, y la ha hecho brillar con la suave y verdadera luz que le es propia y le acompañó toda su vida. Páginas son estas á que me refiero, escritas más con el corazón que con el cerebro. Por eso, si no son las más hondas, son las más simpáticas de entre todas las del hermoso libro.

MANUEL DE PALACIOS Y OLMEDO

LIBROS RECIBIDOS

ERNESTO RENÁN: *El porvenir de la ciencia*. F. Sampere y Compañía, editores. Valencia, 1903. Dos tomos, 2 pesetas.

P. J. PROUDHON: *¿Qué es la propiedad?* F. Sampere y C.^ª, editores. Valencia, 1903, 1 peseta.

CARLOS OCTAVIO BUNGE: *Evolución de la educación*, 2,50 pesetas.—*La educación contemporánea*, 4 pesetas.—*Educación de los degenerados. Teoría de la educación*, 2,50 pesetas. «Biblioteca científico filosófica», Daniel Jorro, editor. Madrid, 1903.

R. BLANCO FOMBONA: *Más allá de los horizontes*. Casa editorial de la Viuda de Rodríguez Serra, Madrid, 1903.

GABRIEL MIRO: *Hilván de escenas*. Imprenta de L. Esplá, Alicante, 1903, 2 pesetas.

CAMPOAMOR: *Obras poéticas*. Cuadernos 4.^º, 5.^º y 6.^º Luis Tasso, editor. Barcelona, 1903, 0,15 pesetas cada cuaderno.

❖ NOTAS DE ALGUNAS

REVISTAS ❖ ❖ ❖ ❖ ❖

ADOLFO Rettè habla en *La Revue* de la poesía francesa en 1902-1903. En primer término, nos presenta á Roberto Humieres, joven que todavía rima con arreglo á las gastadas leyes de la métrica tradicional, aun cuando en el fondo ó pensamiento de sus poemas vibra un hálito de panteísmo que le identifica con los poetas modernos. A pesar de todo, y oponiéndome á la muy respetable opinión de Rettè, parece-me que un amigo de las musas que comienza un soneto con este verso de tan clara claridad:

Quand vous n'aurez plus froid, quand vous n'aurez plus faim...

no es digno del alto don de ser incluido en una antología como dice el articulista.

Les Heures de la Muse, colección de poesías de Bouchand, se distinguen por su tendencia á filosofar, según el mismo Rettè. Con todo, su sentimiento de la naturaleza y del paisaje es exquisito y fecundo en detalles. El *Poema de Estío* da profunda sensación de panteísmo exaltado:

Sous le voile d'azur de la profonde nuit,
vous dispersez partout les sucs et les arômes
et dans la grande paix ombreuse, loin du bruit
vôtre âme s'évapore en odorants atomes.

Elegies Parisiennes y *Poemes de chevreuse* son nuevas producciones de dos apreciables poetas: Pablo Souchon y Enrique Degrón. De los dos se puede decir, como el más alto elogio, que son *paisajistas sentimentales*. Huyen del bullicio mundanal; siguen el curso de su sueño, como seguirían el curso de un río donde hubiese deslizamientos de flores dehcadas, juegos de onda y estaciones mutables sobre la apacibilidad de las aguas.

También es digna de ser tenida en honra y aprecio la poetisa Lucía Delarue-Mardrus, alma sincera y experta en el oficio de versificar. (Entre paréntesis, Sr. Rettè: antójaseme que usted es un *suave pulsador de cabelleras*—tal nuestro adorable D. Juan Valera—toda vez que cita versitos de la ilustre dama, glosados muy maliciosamente y con bastante detrimento para el honor literario de madame Lucie, «la del pensamiento abstruso y los sueños de mármol»).

La Condesa Mathieu de Noailles, conocida ya por su *Cœur innombrable*, ha publicado en este último año un nuevo volumen: *L'Ombre des jours*, que acusa cualidades poéticas poco vulgares. La rica mies de su ritmo vigoroso y de su pensamiento vivaz ha rendido nuevamente fructífera cosecha. Son estos últimos poemas, luctuosas elegías en que el alma del poeta, cansada, sin duda, de ornamentar sonetos paisajistas y marmóreos, murmurea en la penumbra del crepúsculo con-

fidencias tiernas y entristecidas, que *¡proh dolor!* alguna vez degeneran en melosidad femenina. Para concluir este extracto, haremos sólo mención de un volumen áureo y verdaderamente precioso que ha sacado á luz madame Daudet. Rotúlase *Reflets sur le sable et sur l'eau*, y compónenlo pequeños poemas de dulce y cadenciosa música, tales como el que empieza:

Un seul oiseau chantait, sous le bois solitaire,
rien qu' un seul, invisible, c'était une voix
dans un arbre, aussi loin du ciel que de la terre
modulant des *regrets* avec des *autrefois*.

ROSALI Jacobsen habla en la misma revista del cesarismo y su poeta Enrique Corradini. Cree que, después de Shakespeare, Corradini—dejando atrás á hombres tan eminentes como Alfieri, Conti y Voltaire—es el que mejor ha comprendido la grandiosa figura de *Julio César*, sobre el que ha forjado un drama en cinco actos. El drama de Corradini—este joven nacido en la Toscana, la tierra de los buenos vinos generosos y de las inteligencias escogidas,—es una verdadera obra maestra, en un género á que tan refractaria va siendo la sociedad actual. Porque la tragedia en nuestro siglo—siglo de los globos dirigibles y del futuro pangermanismo ó pananglicanismo—es algo anómalo y hasta repulsivo para los aburguesados y prosáicos espectadores. Así, que esta obra austera y grandiosa grandiosa, por su valor simbólico tanto como por su valor histórico y artístico—es la representación de toda una época muerta y gloriosísima, una idea grande y mayestática—*la idea cesariana*—y de una raza entera, la raza romana. Y esta obra es, ante todo, de una apología del genio individualista en el sentido clásico, puramente pagano. Ibsen hubiera podido hacer un César más íntimo y humano, pero difícilmente lo haría más grande y más *cesariano*.

EN *La Rassegna Internazionale*, de Roma, encontramos un estudio crítico de Julio de Frenzi, sobre el joven escritor Arturo Colautti. Este espíritu seductor que erró, durante mucho tiempo, con gran apetito y poco dinero, por los despachos de los editores y periodistas, supo imprimir una forma muy suya y singularmente fascinadora á la soporífera *platitudo* del artículo de fondo. En Nápoles, sus crónicas, firmadas con el seudónimo de *Claudio Frollo*, eran ávidamente leídas, merced á la galanura de su estilo ligero y grácil. Sus volúmenes de versos, *Canti Virili* y *Dio e la Donna*, alcanzan la más exquisita perfección, cuando desarrollan un motivo ó una sensación musical—porque Colautti es, ante todo, un músico, por afición y por temperamento.—En *Inmortalí* se desenvuelve una teoría de blondas figuras femeninas, donde se enlazan en amistoso vínculo Eva y Eugenia de Montijo, Agar y Carlota de Hapsburgo, Zanze y Sarah Bernhardt. Luego publicó otro poema. *Terzo Peccato*,

poema degli amori, es una moderna *Divina Comedia*, compuesta por un escritor que, como es de suponer, posee menos genio que Dante. Este se había limitado á colocar en el infierno varios papas y cardenales que, según parece, no eran muy de su agrado Colantti es más audaz, como hijo del siglo. En las eternas hogueras del Tártaro se amalgaman deliciosamente D. Juan y Oscar Wilde, Leopardi y Santa Teresa, Lucrecia Borgia y el doctor Fausto, Safo y el general Boulanger, Ninon de Lenclos y Luis de Baviera... y, en último término—como en la *Divina Comedia* Paolo y Francesca,—en el *Terzo Peccato*, Rodolfo de Hapsburgo y la Wetzera con la hermosa frente ensangrentada... No le basta al poeta, naturalmente, el arder eterno, el crujir de dientes: Colantti entabla reñida discusión con Dante Alighieri, refutando, según los principios de la filosofía determinista, las aseveraciones dogmáticas del Maestro. ¡Figúrense ustedes lo que será del pobre Dante en disputa con un hombre atiborrado de sociología spenceriana! ¿Cómo ha de ser esto poesía? ¡Poesía, es decir, palpitación, destello de la belleza eterna!... No pasa de la categoría de aberración, concebida en un cerebro periodístico, aberración sólo explicable en el siglo XX... ¡Un periodista imitador del Dante! ¿Habéis imaginado nunca cosa igual?

LA *Rassegna Nazionale*, revista italiana que se publica en Firenze, nos da un notable y documentado artículo de Giuseppe Bianchini sobre *Il Silenzio nella vita e nell'arte*. Este fenómeno físico y psicológico, acompañado de una austera gravedad, que se llama *el silencio*, tan amado de Rodembach, el poeta de Brujas la muerta y tan cantado por los artistas, es objeto de minucioso estudio por parte del Sr. Bianchini, muerto pocos días después de dar la conferencia que ahora publica *La Rassegna*. «Para percibir el silencio—escribe el difunto profesor de Literatura, es necesario que la conciencia advierta el cese de la sensación auditiva ó, en otros términos, que comprenda que el estímulo externo, el cual obraba primeramente sobre el oído, se repliega ahora sobre el alma.» Penetrando psicológicamente en el fenómeno del silencio, desciende luego al estudio de su oficio en el arte. La misma complexión lingüística de la palabra, silbante y musical en todas las lenguas, da idea de su misteriosa dulzura. *Silentium* decían los latinos en su lengua sonora, madre de las nuestras; y *silence*, *silenzio*, *silencio* decimos, respectivamente, los franceses, italianos y españoles. Para que se comprenda, por otra parte, la veneración que mereció siempre esta palabra mágica, recuérdense los *milites silentiarum* y la *schola silentariorum*. Reforzando sus aseveraciones con argumentos de Carlyle, Leopardi, La Bruyere, Mirabeau, Alfieri, Musset, la Sagrada Escritura—en varios pasajes,—Petrarca, Dante, D'Annunzio y otros muchos que no seguimos enumerando, concluye que el silencio es la más alta expresión artística. «Fabricado si-

lenciosamente por los pensamientos unidos á los pensamientos, el templo de la verdad toca al cielo y, semejante á una ciudadela resguardada de invasiones, el alma se refuerza en él. Hay maíces del sentimiento que sólo el silencio puede expresar; eso que se ha definido, *la vernice de'pazzi e l'astuzia del savio*, conviene á las humildes como á las grandes cosas; late bajo la frente de una criatura afligida, para quien la vida es un fantasma mudo, fugaz, fluctuante y alienta en el cerebro del pensador.»

La Renaissance latine ofrece un curioso é interesante artículo de Julián Luchaire sobre *Los Congresos de Roma*. Entre los celebrados últimamente en la vieja ciudad de los Papas, los más concurridos y animados fueron el Congreso latino y el de la Historia. El primero, «debelador de los derechos de raza, tan briosamente defendidos por un novelista insigne, Gabriel D Anuncio, ha cumplido á maravilla su grave misión de mostrar nuestra superioridad sobre «esos corpulentos bárbaros blancos, de cabellos blondos y lenguaje rudo.» Se trató también de la difusión del latín, medida nunca bien aprendida por todos los que aman la noble alcurnia que distingue á los hijos del Lacio. Allí se representó, por estudiantes de la Universidad de Roma, *Aullularia*, de Plauto, y se organizó una excursión á la abadía de Grottaferrata, antiguo monasterio en donde Oton III soñó en reconstituir un imperio heleno-latino. En una sesión suplementaria, el vigoroso agitador nacional Max-Regis hizo una conmovedora confesión de *latinismo*.

En el Congreso de Historia han hablado hombres tan eminentes como Villari, Monod y monseñor Duchesne, discutiendo varios puntos importantes de la historia de Italia en la Edad Media, para cuyo esclarecimiento preparan los hijos del Dante un *Corpus inscriptionum italicarum mædii ævi*. «No faltó la perfecta organización del consejo el condimento excitante de una prudente querrela: discursos apasionados, apóstrofes, alusiones personales apenas susurradas, asamblea numerosa, vibrantes órdenes del día. Pero, la vasta bóveda del *Aula magna* absorbía todos los ecos. Sobre esto salón sonoro, se erguían las figuras invisibles y presentes de tres grandes hombres: Gastón Paris, cuya muerte reciente suscitaba afectuosas manifestaciones; Josué Carducci, el poeta nacional italiano, y Teodoro Mommsen, á los que el Congreso enviaba su saludo piadoso como á dioses tutelares, antes de comenzar sus trabajos.

LA Princesa de Caraman-Chimay, nos cuenta en la misma Revista sus *Impresiones de Italia*. Florencia, «la ciudad de las almas», descrita en sus paisajes luminosos, en sus monasterios claros y alegres donde los monjes cuidan floridos terrenos, en sus ricos museos, en sus palacios suntuosos y arcáicos; Pisa, con su torre caída como un angel malo; la Ita-

lia de invierno, más triste á la mirada del viajero que la recuerda en su ambiente esplendoroso de estío: tales son las imágenes evocadas por la exquisita mujer que sabe grabar impresiones en su mágico estilo de griega.

EN *La Revue* publica Camilo Mauclair un interesante artículo, en el que examina el puesto que la ciencia—esa intrusa en la casa, según la desgraciada y repetida frase del católico Verlaine, sensitivo de genio é intelectual mediocre,—puede ocupar en la moderna literatura. Basado en una frase no hace mucho pronunciada por Berthodot, con ocasión de su jubileo: «La ciencia está hoy en condiciones de reivindicar la dirección moral y material de las sociedades.» Mauclair opina que el prejuicio universalmente admitido sobre la superioridad de la ciencia, se funda en que hay pocas personas que estén en estado de evaluar el esfuerzo científico moderno. El vulgo siempre se ha formado dos solas ideas del hombre sabio: ó le considera como un monomaniaco despreciable, ó como una especie de taumaturgo. De este último carácter se supone al sabio moderno, viendo las innumerables aplicaciones de las ciencias á la industria, tales como el fonógrafo, el acetileno, el teléfono y los rayos X. Pero para los espíritus mejor informados, la declaración de Berthelot entraña dos términos, de los cuales uno será entre la mayoría inadmisibile, y el otro discutible. Dada la evolución de la ciencia en los últimos siglos, para que los científicos fuesen gratos á los artistas, sería necesario distinguir entre *la ciencia y las ciencias*. Porque la metafísica y la moral, en cuyo estudio se puede desplegar un arte delicioso, si las estudian espíritus poéticos y líricos, siempre serán amadas de los artistas. No así la ciencia industrializada, predilecta de nuestro siglo.

La novela naturalista fué, como todos sabemos, una compilación de lecturas—Claudio Bernard, Taine, Comte, etcétera—mal digeridas y peor comentadas. No se puede, por tanto, llamar literatura científica á ese fárrago de novelones hueros de toda ciencia. En cuanto á la novela psicológica, si bien se pudo decir en su loor que era una tentativa muy superior á los monótonos «casos de conciencia», del deísmo de la Sorbona y á las no menos monótonas «documentaciones» naturalistas, degeneró gradualmente sacando á relucir los muñecos del sentimentalismo movidos por mecanismos naturalistas. Queda, pues, un conato de adaptación científica al espíritu literario; la de vivificar y trasladar al dominio expresivo los nuevos datos del simbolismo científico, cosa que la ciencia no ha hecho ni puede hacer. Estos casos de aplicación de lo maravilloso científico á la novela (porque sólo refiriéndose á la novela se puede hablar de adaptaciones científicas) se van multiplicando ya entre los modernos simbolistas. Prueba de ello son Pöe y Villiers de L'Isle-Adam, que, aun siendo grandes espiritualistas, no desdeñaron los datos de la ciencia. A los que sintiesen repugnancia de

acometer esta tarea, debemos preguntarles por qué la novela psicológica se ha puesto al servicio de hipótesis espiritualistas mucho más vagas y fastidiosas que las aserciones de la ciencia.

UNO de los más reputados críticos franceses, Jorge Pellissier, analiza en la misma Revista las últimas novelas de Anatolio France y de Eduardo Rod. *Histoire comique* del admirado autor de *Thais*, es un simple relato que da ocasión á que el ingenio de Bergeret haga juegos graciosos y atrevidos. No hay argumento ni trama: las escenas se suceden siempre joviales y cómicas—cuando no son trágicas. Como la abeja, el ingenio de France va saltando sobre muchas cosas sin detenerse en ninguna más de lo justo. Ya es la representación de un dramón *ancien regime* lo que da ocasión á que Bergeret nos muestre un aspecto divertido del público que gesticula y grita; ya las relaciones entre esos dos grandes poderes sociales, la Iglesia y el Teatro, representado este último por el viejo rector del Odeón, Pradel, que sólo cree en la inmortalidad del alma «cuando oye tocar el órgano»; bien se trate de las opiniones particulares que parecen profesar los señores Constantín Marc y el doctor Trublet: en todo el gallardo estro—esa palabra tan grata á Barbey D'Aurevilly—Anatolio France luce su vigor.

En la última producción de Eduardo Rod, *L'Inutile effort*, reconoce, á pesar de algunos defectos, que la maculan dotes de claridad, exactitud y precisión significativa ya demostrada ampliamente por el mismo autor. Lo único que Pelliscer parece temer es que Rod haya querido dar á su novela carácter de novela con tendenciosa tesis.

Lo pasado es como lo presente: así se titula un estudio publicado en la **Revista de Aragón** por el eximio arabista don Julián Ribera. Opina que están verdaderamente confundidos muchos hombres, aun sabios, que juzgan los sucesos pasados, por el mero hecho de ser pasados, como de naturaleza distinta á la que poseyeron al tiempo de realizarse. Entre estos vulgares extraviados incluye á Schopenhauer, que, á juzgar por un párrafo de cierta obra suya, incurre en este crasísimo error. El docto profesor de Zaragoza cree que el hecho comprobado de que se perciban mejor y se retengan los grandes acaecimientos, no es un fenómeno peculiar de la historia, sino más bien un detalle psicológico de perspectiva constantemente observado. Para terminar, rebate la proposición de Bourdeau, á saber: que no se deben estudiar los nimios accidentes de la historia, propicios á errores de detalle y completamente inútiles. Así, viene á deducir lo siguiente en su bien pensado artículo: «Sabemos, al presente, de los hombres que vivían sobre la tierra hace cuatro mil años, mucho más que de multitud de cosas existentes.»

Ambrosio Pérez y Compañía, impresores.—Pizarro, 16.—Madrid.